

CCIC

FEVAL

BOGARDASSI

Y

PASSEHOLI

2

PQ2611

.E88

G68

v.2



1020026977



FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas	N
Núm. Autor	F4282c
Núm. Adg.	30112
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	64
Catálogo	



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

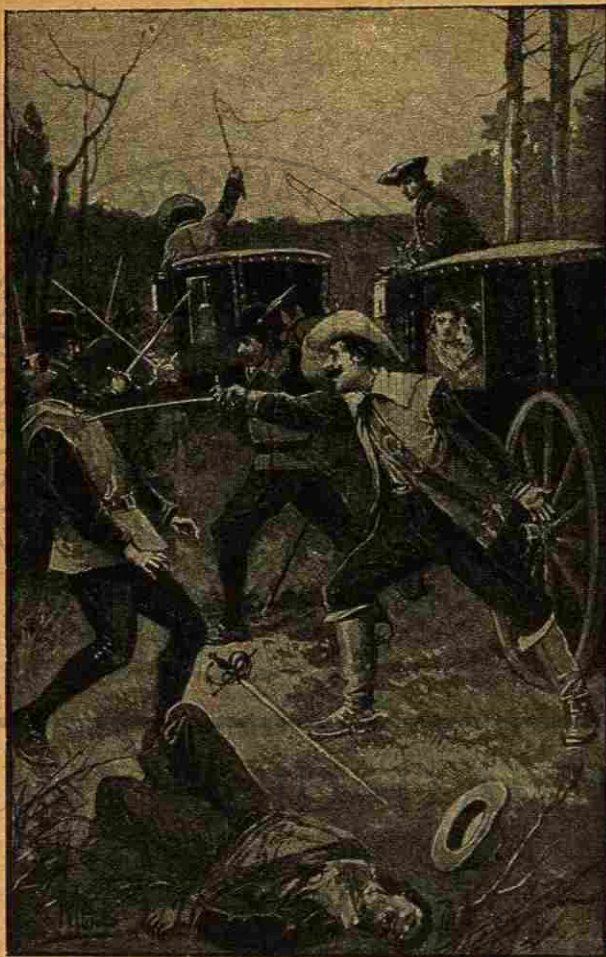
COCARDASSE Y PASSEPOIL

POR

PAUL FÉVAL (HIJO)

TOMO 2º





¡Animo! ¡Aquí estamos, hermosas!

Cocardasse y Passepoil

Tercera parte de "El juramento de Lagardère" y "Aurora de Nevers" ❀ ❀

POR

PAUL FÉVAL, HIJO

≡ ≡ ≡

VERSIÓN ESPAÑOLA

Tomo II



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

30112

***** CASA EDITORIAL *****
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

❀ ❀ ❀ FUNDADA EN EL AÑO 1876 ❀ ❀ ❀

* CALLE DE VALENCIA NÚM. 23 - MADRID *

098888

843
S.



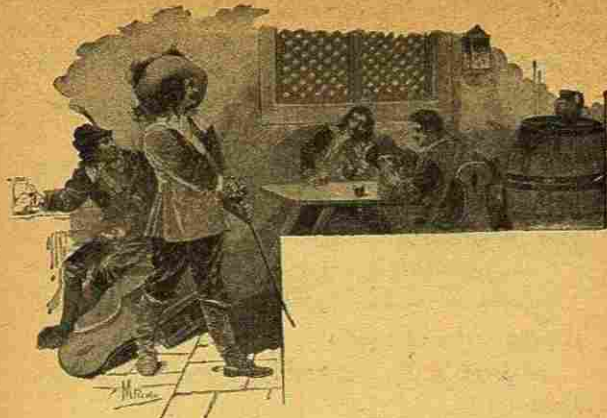
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad.—La presente edición se publica debidamente autorizada.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Centro Gráfico Artístico, Rda. de Conde Duque, 3.



VIII

Después de la fiesta.

Dos días después de la aventura narrada en el precedente capítulo fué cuando los dos inseparables estuvieron en *La Cueva Hedionda*. Inútil es decir que el *Ballena* no había vuelto a reaparecer por los alrededores del palacio de Nevers, y ya sabemos que al siguiente ocurrió su encuentro con las artistas de la Ópera.

Después de aquella noche Cocardasse y Paspoil se dirigieron á su morada, del brazo y

comentando alegremente las peripecias de la lucha, de la cena y del festin con que los obsequiaron por vencedores.

—Un combate en regla. Petronila no se portó del todo mal. En rigor, ¿a cuantos de esos malandrines hicimos morder el polvo?

—Cinco ó seis, creo.

—¡No eran poco presumidos esos belitres! ¡Les gustaba lo bueno!

—Eran unos miserables cobardes. ¡Atacar á señoras!...

—Y se prometían una fiesta...

—Que no ha sido para ellos, mi noble amigo.

—¡Te aseguro que no tengo sed! ¡He bebido bien!

—¡Ay! ¡Ojalá se nos presente nueva ocasión de salvarlas!

—¡Voto á Dios! No tengas cuidado: puede ser que se presente.

—¡Amén!

—¡Vive Dios! Ó es muy tarde, ó muy temprano. No se ven estrellas.

—Se han quedado allá.

Y el normando exhaló un suspiro. Llegaron sin decir más palabra de interés á la puerta del palacio, entonces volvieron en sí.

—¿Qué dirá el Marqués?—insinuó Passepoil.

—¡Mal pecado! ¡Mejor harías en preguntar qué vamos á decirle!

No habían pensado en ponerse de acuerdo, y se hallaban perplejos. Se hacía de día. Por todas partes los tenderos abrían sus establecimientos y los vecinos las ventanas, y ellos estaban ante la puerta firmes é indecisos como escolares que llegan tarde y no se atreven á entrar. En esto abrieron, y Laho asomó la cabeza y los vió:

—¡Calle! ¿De dónde venís á estas horas? Hace mucho rato que M. de Chaverny preguntó por vosotros, y se halla muy inquieto.

—¡Cuernos de Lucifer!

—¡Tripas de ciervo!

—Os aguarda con impaciencia, y me ha dado orden de llevaros á su habitación en cuanto regresarais. ¡Vamos!

Los diestros, rascándose las orejas y sin hallar respuesta satisfactoria á las preguntas que habían de dirigirles, siguieron al vasco. El Marqués estaba aún en la cama y se incorporó al verlos.

—¡Ah, por fin! ¿Sabéis que me habéis hecho pasar una pésima noche, temiendo que os hubiera ocurrido algo desagradable? Deseaba con gran ansiedad que se hiciese de día para averiguar qué era de vosotros. ¿Os ha ocurrido algo malo?

—¡Cuernos de Satanás! ¡Todo lo contrario!

—Bueno. ¿Y qué habéis hecho?

Los dos hombres se miraron sin responder.

—¿Qué hay? ¿Habéis visto al enemigo?

—¡Oh, no!—dijo el sensible normando.

Chaverny los miró con socarronería.

—¡Vosotros me ocultáis algo, buenas piezas!

Si no habéis visto nada, es que no habéis buscado.

—¡Oh, sí!—afirmó Passepoil.

El Marqués perdía la paciencia. Conociendo á los diestros y sabiendo que del normando no sacaría nada en limpio, dirigióse al gascón, que era parlanchín, y en cuya mirada se descubría que no tenía aún la cabeza muy firme por efecto de las libaciones.

—Bueno; quiero hechos. Habla tú, y si no dices la verdad, te juro que no os dejo salir de casa ni de día ni de noche.

—Ya que os empeñáis, vais á saberlo todo, y os reiréis, ¡sangre de Cristo!

Por más que Passepoil le dió con el codo, Cocardasse se había decidido á decir la verdad, y empezó así:

—Bueno; pues íbamos hacia la *Granja Batelera*, y tropezamos con la Ópera.

—¿Qué me dices?

—La verdad; tan cierto como es de día

¡Mal pecado! Aunque estaba cerrada la Ópera como vos decíais, anoche vimos la Ópera.

—¿Acabarás de explicarte de una vez?

El gascón se explicó, y Chaverny concluyó por reirse.

—¡Pardiez! ¡No os aburrís vosotros, no! ¡La habéis corrido en grande! Pero el caso es que habéis hecho cosa muy distinta de la que debíais hacer.

—Es verdad; pero lo que no hicimos anoche podemos hacerlo ésta.

—¡Ah! ¿Creéis que vais á pasar todas las noches fuera de casa?

—No todas, señor Marqués; pero los hombres de espada ya viejos como nosotros acostumbbran no dormir sino una noche de cada cinco. Si el pichón estuviese aquí, os lo diría.

—¿Eso significa que debo dejaros que hagáis lo que se os antoje?

—¡Mal pecado! Esa es mi opinión, y no será éste quien me desmienta. Si pudiéramos disponer de las noches...

—Volveríais á la *Granja Batelera* para buscar en el camino la Ópera.

—¡Oh! ¡Todos los días no son de fiesta!

—¡Oh, no!—murmuró Passepoil alzando la vista al techo.

—Pero decía bien el señor Marqués...

—¿Y qué decía el señor Marqués, Cocardasse?—preguntó Chaverny.

—Decíais que iríamos á la Granja Batelera.

—Á recibir una estocada.

—¡No hay cuidado! Es probable que hablen los aceros; pero daremos más tajos y estocadas que recibamos, y entre los que las reciban figurará algún enemigo de Lagardère.

—Bueno; sea. Id adonde queráis. Pero sobre todo, guardad el pellejo.

—¡Mal pecado! Si el pellejo de los demás no tuviera que temer más que el nuestro, creo firmemente que los cementerios serían inútiles, Dormid á pierna suelta, señor Marqués: Cocardasse y Passepoil no perderán los suyos.

Chaverny volvió á dormirse, y los diestros se retiraron encantados del resultado de aquella visita, que les dejaba ver para lo porvenir tan amplios horizontes.

—¡Vive Dios! ¿No te parece que hemos salido bien librados?

—¡Qué hermosa y grande es la palabra, mi noble amigo!

—¿Á quién se lo cuentas? Si no fuera diestro, hubiera querido ser orador. Lo único malo que tiene ese oficio es que da mucha sed.

Y arrastró á su compañero hacia la cocina, en la cual la señora Francisca los reconfortó con sendas tazas de caldo.

—¿Quedamos en que esta noche vamos?—preguntó Amable.

—¡No hay más que hablar!

Ambos quedaron satisfechos, pero un poco perplejos al pensar en el recibimiento que iban á hacerles. El que más se preocupaba de ello era el normando, acordándose de que había prometido á la hostelera ir el día anterior. Tales fueron sus cavilaciones, que se las comunicó á su colega, cuando éste no pensaba en semejante cosa.

—No tengas miedo. Pon algunos escudos de seis blancas en tu bolsillo, y la verás dulce y amable como un cordero. Me das lástima cuando te veo olvidar que al hombre se le inmortaliza con el acero, y á la mujer con la plata.

—Tienes razón, mi noble amigo. Pero ¿no te parece que debiéramos irnos á dormir una ó dos horas?

—Cómo quieras por tu parte. Por la mía prefiero ir á beberme una botella con el amigo Berrichón á la salud de su respetable y simpática abuela.

—¡No, no!—protestó ésta.—¡Largo de la cocina, maese Cocardasse! ¡Demasiado es ya que enseñéis al pequeño á matar á la gente, á su prójimo! ¡No vayáis á hacerle también borracho!

—¡Mal pecado, señora! El hombre ha naci-

do para manejar los hierros y apurar botellas.

Pero Francisca no se dió á partido, y los echó de la cocina.

Todo el día lo pasaron como almas en pena, esperando con febril impaciencia que se hiciese de noche.

IX

Pesquisa nocturna.

Precedamos un poco á los dos valientes para explicar lo ocurrido la noche anterior en las dos tabernas *La Cueva Hedionda* y el *Mesón de los Sacamantecas*, pues no fué sólo en el primero de esos figurones donde velaron en honor de los diestros.

En cuanto se fueron de la *Cueva* la figonera tuvo como la intuición de que no volverían, y se lamentó por el dinero que hubiera podido sacarles. Se comprende el interés y la ansiedad con que aguardaba á Passepoil.

Ibo de Luján y Rafael Pinto tenían otros motivos de ansiedad. Ya sabemos que se concertaron con Gendry y el *Ballena*.

Este último se había retirado del comercio en vista del mal resultado obtenido vendiendo almendras dulces, y tenía otro resentimiento más contra los dos diestros por haberle impedido castigar al pícaro pillete de Juan Maria, como hubiera deseado.

Así, pues, la hostelera quería la bolsa de los dos diestros, y la banda de Gualter, su vida.

Al anochecer de aquel día las dos parejas de bandidos penetraron en los respectivos figones.

—¡Cómo! ¿No han llegado todavía nuestros camaradas de ayer?—preguntaron.

—Aún no es hora—respondió la tabernera.

—Cierto; pero esperábamos que se adelantarian, y habíamos pensado en convidarlos á cenar con nosotros.

—¡Voto al chápiro!—añadió Pinto.—¡Con tal que no falten! Mi bolsa está vacía, y necesito ganarles algunos escudos.

—¡Eh, poco á poco!—interrumpió ella.—Yo soy la primera en el juego, y si se les gana algo, será para mí.

—¡Ya lo arreglaremos, hermosa! Mientras tanto servidnos de cenar, y sacad abundante vino, pues Cocardasse al llegar tendrá mucha sed.

Pasó una hora larga, durante la cual los jóvenes menearon las mandíbulas con la supe-

rioridad que da un apetito de veinte años. Los diestros no llegaban. La figonera hacia centinela perpetua, yendo de su silla á la puerta. Los jóvenes, aunque jugaban á los dados, parecían igualmente inquietos y no muy atentos á la partida. Al cabo de un rato Ibo salió un momento, y acercándose al figón vecino dió un silbido. Salió Gualter:

—¿Llegaron?—preguntó.

—Ya no deben de tardar.

—¿Quedó bien decidido que volverían esta noche?

—Sin duda alguna.

—No te olvides de emborrachar á Cocardasse, y si puede ser, á los dos. Y, ya lo sabes, cuando salgáis haz la señal. Aguardamos.

—¡No vendrán!—decía la figonera.—¡Pues que tenga cuidado ese Passepoil si ha querido burlarse de mí!

—Cierto—dijo irónicamente Pinto.—¡Sería imperdonable! Cuando cualquier mortal ha conquistado los favores de Venus, es un crimen despreciarlos.

—¡Cállate, mocosol! ¡Mis favores los conquistará alguien que valga más que tú!

Abrióse la puerta en aquel momento, y entró un hombre envainando la espada; su aspecto y su cara no eran nada tranquilizadores. Pinto le preguntó qué le sucedía.

—Nada—repuso el recién llegado, mirándole de alto á bajo.—Ó por lo menos, á ti no te importa.

Se sentó en un rincón y gritó:

—¡Dadme de beber! ¡Pronto!

—¡Oh, oh! ¿Qué tono es ése, amigo? Hay que pedir con más cortesía en mi casa. Ante todo, ¿tienes dinero?

—Dinero, no; pero tengo oro que no ha pasado por la Casa de la Moneda.

Y sacó del bolsillo una cadena de oro de señora, la hizo saltar en la mano y añadió:

—Mira. Sobra con qué pagar lo que pueda beberme en toda la noche, y mañana podrás lucirla en el cuello.

La figonera quiso examinarla; el hombre dijo con burla:

—¡Fuera las patas! La tendrás cuando haya satisfecho la sed.

—¿Dónde ía has robado?

—¿Y á ti qué te importa?

La tabernera se plantó en jarras ante el desconocido.

—¡Nada de tonterías! Acabas de robar eso, y no lejos de aquí. Quiero saber lo que sucede en los alrededores de mi casa, aunque sólo sea por distraerme, ya que nunca pongo los pies fuera de ella.

—¡Haber ido á verlo!

TOMO II

—¿Para qué? Dime tú lo que has visto.

—Yo no he visto nada.

—¡Á mí con esas! No creo que llevarás desnuda la espada para cascar nueces.

—Te digo que no he visto nada, porque estaba muy oscuro. Dejame en paz, ó me largo á otra parte. Cuando este cura no quiere hablar, no eres tú, comadre, la que ha de desatarle la lengua.

—¡Error profundo!—replicó la figonera; y con un movimiento brusco é imprevisto se apoderó de la espada del malandrín.

Una vez desarmado, le apuntó á la sien con una pistola.

—¡No serás el primero ni el último á quien he desatado la lengua! ¡Tengo muchos medios para hacer hablar á la gente! ¡Así, pues, habla antes de que me vea obligada á recurrir á ellos.

Luján y Pinto asistían impasibles á la escena. Las sirvientas, reunidas en torno de su señora, y aunque acostumbradas á sus maneras expeditivas y guerreras, no pudieron menos de aplaudir.

—¡Míralas!—dijo la capitana mostrando á los viragos!—Son mi cuadrilla, que puede presentarse ante cualquiera otra. ¡Se necesitan muchos hombres, y bravos, para dominarlas! ¡No te queda más recurso que hablar, si no quieres pasar un mal rato entre sus garras!

El bandido quiso esquivarse; una de las mujeres le vió, y cerrándole el paso le dió en el pecho un tremendo topetazo, que le hizo rodar al suelo.

—Me alegro: eso te enseñará á ser dócil.

—No hablaré. No se quiénes son éstos.

Y señalaba á los jóvenes, que se echaron á reir. Pinto repuso:

—¡No tengas cuidado! No somos alguaciles ni sayones. Quizás nos interese lo que cuentas. Pero bebamos primero.

Ante el jarro del vino, y después de apurar dos vasos, el malandrín se decidió á hablar, y contó el golpe preparado contra las actrices de la Ópera y la intervenció de los dos diestros; «dos demonios», decía él, que habían matado á cinco de sus compañeros. Pinto y Luján se miraron.

—¿Cómo eran esos hombres?—preguntaron casi al mismo tiempo.

—Uno de ellos era un jayán que lanzaba terribles juramentos y sólo hería en el corazón ó en la frente.

—¡Cocardasse!—murmuró Pinto al oído de su compañero.

—Y el otro no valía menos. Á pesar de ser una especie de alfenique, se mantenía firme y manejaba los hierros con primor.

—¡Passepoil!—murmuró Luján al oído de Pinto.

—No sé quiénes eran, ni tengo ganas de averiguarlo. Supongo que no volveré á verlos en mi vida, porque...

La figonera le puso una mano en el hombro: también ella adivinó quiénes eran aquellos hombres.

—¿Qué quieres decir?

—¡Cáspita! Ellos han dado buenas estocadas; pero no son de estuco, y han debido de recibir bastantes. No sería extraño que en estos momentos estuvieran entregando su alma al Diablo.

—¡Canalla!—exclamó la tabernera.—¡Si les ha sucedido algo malo, tú pagarás por todos!

—¿Qué? ¿Los conocéis?

—Estamos esperándolos hace más de dos horas. ¡Lástima que no os hayan ensartado á todos, á ti el primero!

—¡Ah; eso no! Al contrario; me felicito por mí y por ti, pues si no hubiese escapado vivo no habría podido contarte lo sucedido, lo que no les impediría haber sido heridos ó muertos, si lo están.

—Eso es lo que vamos á ver. Tú vas á guiarnos. ¡Dame la cadena!

—Dispensa. No he bebido bastante.



¡Dame la cadena pronto, ó te salto la tapa de los sesos!

—¡Dame la cadena pronto, ó te salto la tapa de los sesos!

El bandido vió que tenía que obedecer, y la cadena del cuello de Cidalisa pasó á manos de la figonera. Ésta dió un farol á Pinto, y salieron. Luján se esquivó un momento para dar cuenta de lo que sucedía á Gendry, quien decidió reunirse con ellos, acompañado de el *Ballena*, y como por casualidad, en el lugar del suceso.

Antes de salir tras el bandido y Pinto, sin dejar de empuñar la pistola, la tabernera dió órdenes á sus criadas:

—Preparad camas; dos de vosotras seguidme. Si no están más que heridos, los traeremos aquí.

Un cuarto de hora después tropezaron con un cadáver.

—¡Uno!—dijo la figonera después de examinarlo.—Pero no es de los que buscamos.

El suelo estaba resbaladizo con el lodo mezclado de sangre.

—¡Otro! Pero tampoco es.

—No; es un compañero. Debe de estar herido en la frente.

—¡Admirablemente trabajado!—exclamó la mujer.—El que dió esta estocada debe de estar acostumbrado á despachar gentileshombres sin detenerlos sus coletos ni sus *pergamitos*.

Encontraron hasta cinco cadáveres; pero en vano buscaron más cuerpos por los alrededores.

—¡Holal ¿Qué buscáis, camaradas?—preguntó una voz detrás de ellos.

Era Gendry, que llegaba con el *Ballena*. La hostelera los miró desdeñosamente.

—¿Qué queréis vosotros?

—¡No os atuféis, madrecita! ¿Habéis perdido á algún amigo? Si necesitáis nuestros servicios, estamos á vuestra disposición.

—No necesitamos á nadie.

Pero Gualter no la escuchaba, y se hacía narrar por Luján lo ocurrido.

—¿Quiere decir que faltan dos á la lista?

—Sí; Cocardasse y Passepoil.

—¡Cómo! ¡Si son amigos! ¡Poco que nos queremos! ¡Busquemoslos!

Y registraron minuciosamente los alrededores. Hubiera dado algo bueno el ex-sargento por hallarlos en tierra heridos ó moribundos, cuando menos á uno de ellos. Pero nada.

—Se me ocurre una idea—dijo de pronto el bandido.

—¿Y á qué esperas para hablar?—exclamó la mesonera.—Veámosla.

—Si estaban heridos, las damas por las cuales expusieron la vida se los habrán llevado en las carrozas. Es inútil buscarlos.

La mujer reflexionó un momento.

—Tienes razón—dijo al cabo.

Y luego con su tono brusco, casi feroz, murmuró:

—Con todo, yo hubiera querido cuidarlos, por mi misma.

—No añadió que el interes principal que la guiaba era el de la ganancia.

Gualter asentía á la opinión general; pero no pudo resistir á la comezón de poner las cosas en relación con sus puntos de vista.

—Puede ser muy bien lo que dices—murmuró;—pero es lo más fácil que si estaban mal heridos hayan muerto en el camino.

Comentando tal hipótesis volvieron al figon. Por el camino Gendry no dejó de hacer el panegírico de los dos diestros, lamentando la suerte de sus queridísimos amigos. Al despedirse de la mesonera le ofreció enterarse de lo que hubiera acaecido á Cocardasse y Passepoil y darle cuenta de lo que averiguara. Luego se marchó seguido de el *Ballena* y aparentando gran aflicción.

Así tuvieron su elogio fúnebre los dos diestros á la hora en que nuestros amigos cenaban alegremente con Cidalisa, la Nivelles y demás bellas y amables artistas salvadas por ellos de las garras de los malandrines.

X

En el figon

—Va á hacer una noche magnífica—decía Cocardasse á su alter ego al salir de Paris por la puerta de Richelieu.

—La noche es propicia al amor—repuso Passepoil.

—¡Déjame en paz con el amor! ¡Eso no es propio de hombres serios!

—Dispensa, mi noble amigo. No creo que vayas á regatear seriedad á nuestro señor el noble Lagardère, y ya ves que por el amor ha luchado y removería el Cielo y la Tierra. Pues ¿y el marquesito de Chaverny?

—¡Redobla, redobla, dame matraca con la lengua! Eso no impide que sea ridículo cuanto dices. ¿Qué vas á comparar al pichón ó á M. de Chaverny con un viejo mono como tú?

El normando se sintió ofendido; pero se contuvo y dijo simplemente:

—¡Cada cual con su tema! Sobre este punto nunca estaremos acordados.

—Tienes razón, pequeño; cada cual con sus ideas.

La mujer reflexionó un momento.

—Tienes razón—dijo al cabo.

Y luego con su tono brusco, casi feroz, murmuró:

—Con todo, yo hubiera querido cuidarlos, por mi misma.

—No añadió que el interes principal que la guiaba era el de la ganancia.

Gualter asentía á la opinión general; pero no pudo resistir á la comezón de poner las cosas en relación con sus puntos de vista.

—Puede ser muy bien lo que dices—murmuró;—pero es lo más fácil que si estaban mal heridos hayan muerto en el camino.

Comentando tal hipótesis volvieron al figon. Por el camino Gendry no dejó de hacer el panegírico de los dos diestros, lamentando la suerte de sus queridísimos amigos. Al despedirse de la mesonera le ofreció enterarse de lo que hubiera acaecido á Cocardasse y Passepoil y darle cuenta de lo que averiguara. Luego se marchó seguido de el *Ballena* y aparentando gran aflicción.

Así tuvieron su elogio fúnebre los dos diestros á la hora en que nuestros amigos cenaban alegremente con Cidalisa, la Nivelles y demás bellas y amables artistas salvadas por ellos de las garras de los malandrines.

X

En el figon

—Va á hacer una noche magnífica—decía Cocardasse á su alter ego al salir de Paris por la puerta de Richelieu.

—La noche es propicia al amor—repuso Passepoil.

—¡Déjame en paz con el amor! ¡Eso no es propio de hombres serios!

—Dispensa, mi noble amigo. No creo que vayas á regatear seriedad á nuestro señor el noble Lagardère, y ya ves que por el amor ha luchado y removería el Cielo y la Tierra. Pues ¿y el marquesito de Chaverny?

—¡Redobla, redobla, dame matraca con la lengua! Eso no impide que sea ridículo cuanto dices. ¿Qué vas á comparar al pichón ó á M. de Chaverny con un viejo mono como tú?

El normando se sintió ofendido; pero se contuvo y dijo simplemente:

—¡Cada cual con su tema! Sobre este punto nunca estaremos acordados.

—Tienes razón, pequeño; cada cual con sus ideas.

Hablando así los dos compadres habían dejado atrás las fortificaciones y entrado en pleno campo. El Sol declinaba rápidamente; la niebla de los pantanos subía y comenzaba á envolver los objetos.

El gascón metía el pie en baches cada cinco minutos, y lanzaba votos formidables. Passepoil callaba.

—¡Mal pecado! ¿En qué piensas?

—En que no se anda muy bien por aquí en medio de las tinieblas. Si la figonera no nos tiene en su casa hasta mañana, no será muy agradable volver de noche oscura.

—¡Bah! ¡Con que alcancemos á vernos la punta de la nariz!...

—Posible es que ni aun eso veamos después de media noche.

—¡Voto á bríos! ¿Quién piensa en eso? ¡No salimos del figón antes de mañana! ¿Olvidas que la *Bizca* se ha prendado de ti? Y por lo que á mí hace, mientras tenga vino, las noches no han de parecerme largas.

Pronto llegaron ante la taberna, cuyas puertas abiertas de par en par inundaban de luz el camino. Enfrente las dos rejas del figón de los *Sacamantecas* parecían dos ojos enrojecidos y ensangrentados abiertos para escudriñar los misterios de la noche. El gascón pisó los umbrales, y volviéndose á su compañero.

—¡No tengas miedo—dijo con voz tonante:—ya hemos llegado al puerto!

Y dando un paso más y quitándose el sombrero, añadió:

—¡Salud hermosas! ¡Buenas tardes, caballeros!

Fray Passepoil iba tras él, y buscaba con los ojos á la figonera para ver si descubría en su semblante síntomas de tempestad.

—¡Voto á bríos! ¿Qué significa esto? ¡Cocardasse y Passepoil presentan sus homenajes al bello sexo y la compañía, y nadie responde!

La compañía se reducía á Luján y Pinto, que cruzaron una mirada de satisfacción.

—¡Cocardasse! ¡Passepoil! — exclamaron todos.

—¡Al fin!—dijo la tabernera acudiendo á su encuentro.—Y sanos y salvos, por lo que ve!

—¡Tripas de Satanás! ¿Y por qué no?

—¿No estáis heridos ni uno ni otro?

Al oír aquella pregunta que no esperaban ambos diestros se miraron, y el normando declamó:

—¡Herido en el corazón! ¡Oh Venus!

—¡Mal pecado! ¡Qué fogosidad! ¡Este pequeño no sabrá nunca dominar sus pasiones!—y añadió con aires de matamoros:—¿Y quién osaría, hermosa, hacer un ojal en nuestra badana?

—No os defendáis. Sabemos que os habéis batido como héroes, como leones, para salvar á unas bellas, y anoche mismo.

—¡Sangre de Cristo! ¡Este bribón de Passepoil y yo no hemos permitido nunca que en nuestra presencia se falte al respeto á personas del bello sexo! Pero eso no nos dice cómo habéis sabido la cosa.

La *Bizca* atrajo hacia sí al normando, y le dijo con voz que se esforzaba en parecer serena:

—¡Bravo, pichón mío! Te portaste admirablemente; pero no obsta para que me hayas hecho pasar mucho miedo por tí y por tu compañero.

—¿Por qué?—preguntó el diestro, temeroso de que su amada conociese la aventura completa.

—Nos dijeron que estabais heridos, quizás muertos, y fuimos en busca vuestra para socorreros. Menos mal, pues estáis aquí sanos.

—¡Cuernos de Lucifer! ¿Quién es el belitre que os anunció tan estúpida noticia? ¿No sabía que Petronila es un hada?

—¿Habéis hecho pacto con el Diablo?—preguntó Luján, en cuya frente se marcó una arruga de inquietud.

—No le conocemos; pero le hemos servido tan bien enviándole cientos de malandrines

para sus calderas, que el Malo no piensa ni por soñación en privarse de nuestros servicios.

—¿Habéis matado á muchos?—preguntó Pinto.

—No tantos como nos quedan que matar aún, pipiolo.

—No los contamos—añadió Passepoil:—sería muy fatigosa la cuenta.

—Lo gracioso del caso es que los bellacos vienen ellos mismos á buscar la muerte poniendo su cuerpo en contacto con nuestras espadas, como mariposas que acuden á la luz. Y tengo la convicción de que hay algunos que están preparándose á venir, y que van á perder algo más que las alas.

Esta alusión turbó bastante á los dos jóvenes, que cruzaron una mirada en la cual se leía desfallecimiento y angustia.

—¿Y sabéis dónde están?—preguntó Luján con cierta superstición.

—¡Eh, querido! Si lo supiéramos, haría mucho que habrían acabado de reir. Pero el caso es el mismo. Estoy seguro de que vendrán por sí mismos, y no daría media blanca por los días que les quedan de vida.

Tal fanfarronada produjo efecto en los jóvenes, que se apresuraron á cambiar de conversación.

—Bebamos á vuestra salud— se apresuraron á decir.

—Sentaos—dijo la mesonera,—y os contaremos lo que pasó aquí ayer.

—Tiene razón la patrona. Vais á ver, pichones, que nadie se ha permitido agujerear el pescuezo de Cocardasse.

Pronto al choque de cubiletes y vasos se mezcló el rumor del vino que pasaba por las gargantas y los chasquidos de las lenguas que lo saboreaban. Ibo de Luján deseaba contar á los diestros por sí mismo lo sucedido el día anterior, para dar curso á su fantasía y pasar en silencio ciertas cosas. Así, se olvidó de mentar la intervención de los dos presuntos amigos de los maestros de esgrima, ó sea de Gualter y el *Ballena*. La hostelera, muy contenta con la reaparición de aquellos dos pavos que quería desplumar, no se fijó en la omisión. Pero para hacer valer su interés por ellos recordó que les había preparado camas en las cuales los hubiese curado á haberlos hallado heridos, aunque fuese muy levemente.

—¡Cuernos de Lucifer! Por eso que no quede; nada nos impide aprovecharlas. Sólo que en vez de suministrarlos drogas, nos daréis varios jarros de este excelente vino. Yo no soy como mi amigo, y las mujeres...

Passepoil comprendió que su amigo iba á

cometer alguna pifia hablando más de lo que debía, y por debajo de la mesa, le atizó un soberano puntapié en la espinilla. Pero la alusión hizo exclamar á la figonera.

—Y á proposito. No estando heridos, ¿cómo no vinisteis? El combate fué antes de las diez, y aunque durase media hora...

—¡Qué! ¡Mucho menos! El tiempo para matar cinco hombres: á minuto por cabeza. Pero aquellas bellas se empeñaron.

Nuevo puntapié del normando. El gascón se interrumpió, bebió y prosiguió:

—¡Vive Dios! Tenían miedo las pobrecillas, y tuvimos que acompañarlas hasta París. Allí les dimos las buenas noches, y cuando íbamos á salir, ¡pam!, cerraron las puertas en nuestras narices. El teniente de policía había dado orden de que no saliera nadie, aunque si dejaban entrar al que quisiera. No sé qué razón tendría para ello.

En aquella época era uno de los recursos de que se valía la policía para aprehender á algun malandrín: prohibir la salida de París á todos mientras buscaba en la ciudad, segura de que el delincuente no había tomado las de Villadiego.

—Acepto la excusa—dijo la magnánima figonera mirando á Passepoil, que acababa de exhalar un suspiro de alivio.—Pero ya sabes, bo-

rreguito mío, que soy celosa y que quiero reinar sola.

—¡Tu eres mi reina!—suspiró el normando amartelado.

—¡Bueno, caballeros! Puesto que os tengo, os guardo. Vamos á divertirnos y á jugar hasta que tengamos sueño. Cada cual es libre de quedarse ó de irse á dormir: las camas aguardan. Cerrad las puertas y las ventanas—ordenó á sus sirvientes.—Estamos en nuestra casa, y no queremos recibir á nadie.

—¡Un momento!—dijo Luján — Preparad dados y barajas: vuelvo en en seguida.

—¿Adónde vas?— le preguntó la tabenera mirándole con ceño.

—Á desenterrar una botella de vino añejo, que beberemos en honor de nuestros huéspedes. Procede de las bodegas del Regente, y os relameréis.

—¡Vive Dios! ¡Ve pronto á buscarla, pichón! La beberemos á la salud de Su Alteza. ¡Vuelve deprisa!

Al cabo de un cuarto de hora el joven volvió furioso, diciendo que le habían robado y que en vez de la botella halló una piedra.

—Sin embargo—replicó Pinto,—no había nadie cuando la enterramos.

—Nadie. ¡Pardiez, si tropiezo alguna vez con el ladrón, tal agujero le abriré en la tripa,

que por él se le escapará con la vida el vino que me ha bebido!

Inútil es decir que era una farsa. Se había limitado simplemente á ponerse de acuerdo con Gualter Gendry, á quien comunicó la llegada de los diestros.

—¿Dices que no crees que salgan antes del amanecer?

—No; la *Bizca* tiene sus miras sobre Passepoil, y no le soltará en toda la noche.

—¡Tripas de Lucifer! ¡No nos conviene! Es preciso que salgan entre dos y tres de la madrugada. Arréglate como puedas para que los echen.

—No hay modo.

—¡Bueno, pues mucho ojo! Yo me las compondré. Necesitamos matarlos esta noche.

Ibo se apresuró á regresar, y en su precipitación no reparó en que alguien, que sin duda oyó su coloquio con Gendry, le seguía como su sombra.

XI

Maturina

Entre los encargados de toda clase de servicios en la *Cueva Hedionda* había desde poco tiempo antes una joven y robusta hija de la

región de Caux que parecía destacada de un cuadro de Rubens. Alta, bien formada, de facciones regulares, ojos azules, rubia cabellera, opulenta y frescachona, era hermosa, sana y robusta, y parecía bocado de rey. ¿Como una perla tal había caído en aquel fango? Ni ella misma hubiera podido decirlo.

Salió de Normandía sin equipaje ni un céntimo, y tomó el camino de París como único sitio donde podría colocarse de sirviente y ahorrar algunos francos para regresar á su pueblo y hallar esposo. Durante el camino no pudo comer lo suficiente; rendida de hambre y de fatiga llegó al figón de la *Bizca*, del cual salía un apetitoso olor de sopa de coles que no le permitió dar un paso más. La figonera estaba aquel día de buen humor: la vió, se prendó de su aspecto, la interrogó, y le ofreció un puesto en su casa. Justamente necesitaba una sirviente.

—¿Cuantos años tienes?

—Veinte años cumpliré por San Blas.

—¿Te conviene quedarte de criada conmigo, como te he dicho?

—¡Ya lo creo que me conviene!

—Tu salario no será muy grande. Pero no soy una ogresa, y podrás aumentarlo si no eres tonta. Vamos; ven, hija. Voy á darte de comer, que creo que es lo más urgente. Dadle de comer

y de beber hasta que se harte, y luego que se acueste y descanse. Mañana empezará sus faenas, y creo que se portará bien. ¡Has tenido suerte, hija mía, de pararte frente á mi casa! ¡Ah; y á proposito! ¿Cómo te llamas?

—Maturina.

La moza comió y bebió de un modo que dejó admiradas á sus compañeras, las cuales no la miraban con muy buenos ojos al verla tan joven y tan bonita. Temían un tanto su rivalidad; pero la presencia del ama, que no permitía bromas con la disciplina, les impedía manifestar su mal humor. Pero pronto se consolaron al comprobar su honradez y su inocencia. Y lo raro del caso fué que la *Bizca*, lejos de empujarla al vicio, parecía velar por que nadie osara atentar á su virtud hurraña.

Poco á poco se habituó á aquel género de vida, y ya no le chocaba que sus compañeras se emborracharan y se batieran á puñetazos y patadas con los clientes que ponían á la puerta, ni todas las demás cosas que al principio la admiraron. Decíase que quizás la moral en París era distinta que en Caux, y que tal vez no obraban así por malicia. Al fin todos los malandrines, viciosos y pícaros que iban al figón se acostumbraron á respetar y admirar á aquella perla caída en el lodo.

Esto sucedió tres meses antes de la llegada

de Cocardasse y Passepoil á la taberna. ¿Adivinó Maturina que el valiente Amable era paisano suyo, ó bien se prendó de él al verle más dulce y menos arrogante que los otros? La cuestión es que se interesó vagamente por él, y que ella, que nunca había mirado á un hombre á la cara, lanzaba á hurtadillas expresivas miradas al diestro, que no reparaba en ello, absorto en festejar á la figonera. Pero como sabía lo celosa que era su ama, procuraba contenerse, y nadie se percató de su interés. Conocía los usos de la casa, y no dudaba que sería desplumado; pero ese riesgo no era de cuidado.

Sin embargo, con intuición femenil desconfiaba de Luján y de Pinto. Había sorprendido entre ellos miradas siniestras, y la noche anterior las salidas misteriosas del primero, así como la que acababa de hacer en busca de la supuesta botella, habían despertado sus recelos. Así, pues, le siguió, oyó su diálogo con Gualter Gendry, y comenzó á quebrarse la cabeza buscando un medio de deshacer las maquinaciones de los cuatro bandidos.

Desde luego pensó que su socorro personal sería debilísimo, insignificante, si no lograba advertir el peligro á los dos diestros. Sin embargo, no veía el medio de apercibirlos sin que se enterasen los dos jóvenes, que no hacían más que llenar el vaso de Cocardasse, el cual

lo vaciaba inconscientemente. Jugaban. Los dos amigos hacían pasar sus escudos al bolsillo de la figonera, salvo alguno que otro que se quedaba á mitad del camino entre las manos de Luján ó Pinto. Las sirvientes terminaron su servicio. Algunas dormían en los bancos y roncaban.

—¡Á dormir!—ordenó la *Bizca*.— Idos á la cama todas, menos una: tú, Maturina, que parece tener menos sueño.

—Yo—contestó ésta satisfechísima.

La tabernera se la presentó á Amable, diciendo:

—¿Ves esa perla? Es aquí la única formal, La única que no tiene novio.

—¡Bah! ¡No hay mujer sin hombre! ¿De qué pasta está hecha.

—Créelo ó no, te desafío á que te hagas amar por ella.

Aparentando ocuparse en otras cosas había oído Maturina la conversación, y se volvió de espaldas para ocultar su rubor. Lo principal para ella era entonces que se había quedado allí, y podía intervenir en el momento en que sucediera algo. Creía fácil impedir que los diestros se fueran antes de ser de día, y decirles lo que deseaba si Luján y Pinto trataban de sacarlos de allí antes de amanecer.

Tranquila ya con estos pensamientos, fué

á sentarse en un rincón, y se puso á remendar unas medias, no sin mirar de vez en cuando al irresistible Pássepoil.

XII

El lazo.

Era tradicional en la *Cueva Hedionda* que la figonera podía competir bebiendo con cualquiera que fuese, y más de una vez había rendido á bebedores afamados.

Por el momento no se trataba de eso. Cocardasse no la había provocado á una de esas competencias báquicas, como la que conocemos entre el jorobado y Chaverny; y si había vaciado bastantes botellas, no por eso estaba en buen estado de serenidad. Verdad que los dos jóvenes no deseaban sino ver embriagada á la figonera; pero no eran de talla para competir con ella, y no pensaron en comprometer al gascón en aquella empresa, pues su plan era ponerle á medios pelos para poder arrastrarle fuera del figón en tiempo oportuno.

En tal sentido estaban satisfechos: la nariz del diestro coloreábase lindamente, y en cuanto al normando, estaba medio trastornado de

amor. Pero las dos mujeres les estorbaban. Y su perplejidad hubiera aumentado doblemente á poder leer en el pensamiento de Maturina. Á todo esto, la *Bizca* parpadeaba, haciendo sobre-humanos esfuerzos por vencer el sueño que la invadía.

—¡Es singular!—dijo frotándose los ojos.—
¡Tengo la cabeza pesada! ¡Se me cierran los ojos!

En efecto; era extraño que una mujer como ella se sintiera vencer por el sueño. Se levantó, estiró los miembros, y atribuyendo su somnolencia al vino que bebiera, se echó al colete uno tras otro dos vasos de agua. Pero el remedio fué ineficaz, y no tardó mucho en quedarse dormida, descansando la cabeza en los brazos, y éstos en la mesa.

Si hubieran preguntado á Luján la causa de la mirada de triunfo que cambió con su acólito, hubiera podido decirlo. Momentos antes, mientras Maturina bajaba á la bodega, Cocardasse metía las narices en su vaso y Pássepoil y la figonera se arrullaban. Ibo había echado en el vaso de esta última una pildora rosada, como un guisante, que se disolvió en seguida, y que Gualter Gendry le había dado.

En aquella época había muchos boticarios clandestinos que vendían pildoras de esa clase á todos los que necesitaban dormir á otros con

propósitos inconfesables. Damas y galanes, malandrines y pícaros se proveían de ellas á precios distintos, según la calidad y fortuna del cliente.

—Continuemos el juego —dijo Pinto.— No tardará en despertarse la patrona. Y entre tanto, unos cuantos cuartos que no nos ganará.

—Acaso tenga sed la preciosa Maturina— insinuó Luján.—Sería cortés que la invitáramos á beber en nuestra compañía.

—¡Cochina suerte! ¡Amable, esta idea debiera habésete ocurrido á ti! ¡El bello sexo ante todo!

—Cierito—susurró el normando, dirigiendo á la moza una lánguida mirada.—Estamos aquí para divertirnos. ¡Divirtámonos! ¡Acércate, hermosa, que yo prefiero mil veces al rubi del vino el de tus mejillas!

Puesto que la *Bizca* dormía á pierna suelta, el volcánico Amable, que al mirar detenidamente á la moza le pareció en extremo bella, se aventuró á declararle su pasión. La sirvienta por su parte ya no tenía por qué ocultarse para mirar á su simpático paisano. Una misteriosa atracción tendía á enlazar amorosamente á los dos normandos; pero ella supo contenerse, pues sus presentimientos y sus averiguaciones la preocupaban demasiado.

Lo extraño del invencible sueño de su

ama le daba mucho que pensar, y sus vagos recelos se acentuaron muy mucho al ver la insistencia de los jóvenes en invitarla á beber. Rehusó resueltamente.

—No tengo sed; muchas gracias, señores.

—¡Eh! ¡La sed viene bebiendo, como el apetito comiendo! ¡Prueba; y verás!

—No bebo nunca vino.

Cocardasse la contempló como un bicho raro.

—¡Voto á bríos! ¿Qué no bebes vino? ¿Pues qué bebes?

—Sidra casi siempre, y agua.

—¡Mal pecado!—gritó el gascón, compadecido de aquella pobre mujer que sólo bebía los dos líquidos que más aborrecía él.—¡Ve, pues, á buscar de ese zumo insípido, pobrecilla!

—No hay sidra en casa, monseñor, y además, no tengo sed.

—¡Eso me asombra! Eres, la primera mujer de esa clase que he visto! Si yo pensara alguna vez en casarme, me acordaría de ti. ¡Cuernos de Lucifer! ¡En la mesa tendría yo parte doble!

—¡Juega y calla!—gruñó Passepoil, temiendo que su compañero se formalizase hablando de casamiento.

La *Bizca* roncaba, y había probabilidades

30112

de que no despertase en mucho tiempo. Podían ser las dos de la mañana, y por fuera la noche era oscurísima. Los dos jóvenes parecían inquietos, y escuchaban el ruido más insignificante que procedía del exterior. La resistencia de Maturina los desconcertaba: se devanaban los sesos buscando un medio para alejar á aquel testigo molesto. Á haber podido dormirla como á su ama, tendrían el campo libre. Así, todo estaba perdido.

El juego prosiguió, pues, sin entusiasmo. Passepoil cambiaba tiernas miradas con Maturina, los espadachines se miraban inquietos y recelosos, y Cocardasse sólo tenía ojos para la botella. Malas disposiciones para que unos y otros atendieran á sus cartas. Decididamente, la alegría dormitaba sin que hubiera habido necesidad de recurrir á las píldoras.

De repente un grito vibrante que resonó fuera y muy próximo hizo dar un salto á los dos diestros, que se pusieron en pie cual si hubieran estado sentados en sendos barriles de pólvora.

—¡Á mí, Lagardère!—fué el grito lanzado con sonora voz.

—¡Caramba! ¿Has oído, pequeño?

—¡Tripas de ciervo! ¡Corramos!

Ambos tenían las espadas en la mano, y se precipitaron hacia la puerta. Luján y Pinto,

sonriendo malvadamente, derribaron sus taburetes para seguirlos.

—¡Deprisa, caballeros; alguien pide socorro! ¡Tal vez están asesinándole!

Pero Maturina de un brinco se había puesto ante la puerta, y estorbaba el paso. Cogió por un brazo á Passepoil, y le detuvo mientras le decía:

—¡No vayáis! ¡En nombre del Cielo! ¡No salgáis de aquí!

Mas por segunda vez resonó el grito vibrante y sonoro, como un llamamiento desesperado, procedente del fondo de la Granja Batelera.

—¡Á mí, Lagardère!

—¡Seguro que es el pichón!—exclamó Cocardasse echando á un lado á la moza de un violento empujón.

—¡No salgáis! ¡Es un lazo!

Luján y Pinto se apresuraban á descorrer barras y cerrojos con meritorio ardor, mientras los dos diestros parlamentaban á viva fuerza con la normanda. Una vez abierta la puerta se precipitaron fuera internándose en las tinieblas.

—¡Quedaos, quedaos!—gritaba desesperada y retorciéndose las manos frenética.—¡Van á mataros! ¡Es un lazo! ¡Esos dos son unos asesinos!

Era demasiado tarde para que la oyesen los dos amigos: sólo Ibo, que iba el último, la oyó y se volvió furioso, lanzando una mirada feroz á la moza; pero ésta, lejos de intimidarse, se acercó á su ama, sacó una pistola de la cintura de la *Bizca*, apuntó, é hizo fuego. El sombrero de Luján voló atravesado de parte á parte. El espadachín gruñó:

—¡Oh, oh; ya arreglaremos tu cuenta, bribona! ¡Después de los otros, tú!

Después del pistoletazo se oyó por tercera vez el grito, pero al lado opuesto, al lado del albañal de Montmartre. Los cuatro hombres volvieron grupas y reanudaron su carrera. Cocardasse se había lanzado como una bala; su *alter ego* le pisaba los talanes; ambos al volverse pasaron como un rayo por entre los aprendices de asesino.

—¡Cuernos de Belcebú!—rugió el gascón.

—¡Mantente firme, pichón!

—¡Más deprisa, más deprisa! ¡Está solo, y pueden herirle por la espalda!

Los dos bravos no se habían preguntado cómo podía estar allí Lagardère. Oyeron su nombre, su llamamiento, y ni se pararon á reflexionar si era su propia voz. ¿Y por qué no había de ser? ¿No los tenía acostumbrados á aparecer cuándo y dónde menos le esperaban? Corriendo como condenados se comunicaban sus impresiones,

—¡Mal pecado! ¡El pichón está de regreso!

—¡Vamos á divertirnos un poco!

—¡Sí que nos reiremos, pequeño!

—Lo que me asombra es que no hayamos encontrado todavía ningún cadáver.

—¡Eh! No se ve á dos dedos de la nariz; y además, con estas zancadas que damos, saltamos por encima de ellos.

En verdad que volaban, y los dos jóvenes los seguían con gran trabajo.

Á veces uno de los hombres caía por haber metido el pie en un bache profundo; pero se levantaba en seguida echando pestes, y proseguía su carrera. Los dos espadachines llevaban el acero desnudo, dispuestos á herir por la espalda en el momento oportuno. Oyóse otro grito de auxilio, con voz más débil y á unos veinte pasos. Los diestros se estremecieron.

—¡Aquí estamos, pichón!—rugió el gascón,

—¡Aquí estamos tu viejo Cocardasse y el pequeño Amable!

Llegaban al albañal. Temblaban al pensar que pudieran precipitar en él á Lagardère antes de llegar ellos en su socorro. Un mal puente de tablas sin parapeto servía para atravesar el nauseabundo arroyo. Sólo les faltaba á los diestros un paso para llegar al puente. Sus ojos registraban las tinieblas; con el cuello tendido

hacia adelante trataban de distinguir algún bul-
to; pero no veían nada ni oían cosa alguna, á
no ser el vago rumor del agua en el canal in-
fecto.

Á la entrada del puente aflojaron el paso
un segundo; aquello bastó: dos hombres se
precipitaron sobre ellos como un alud. La
hoja de una espada se deslizó bajo el brazo de
Cocardasse, y otra agujereaba el colete de Pas-
sepoil, sin producirle más que un arañazo. Al
mismo tiempo recibían en el pecho dos topeta-
zos que les hicieron perder pie y caer en el al-
bañal. Una lluvia de piedras cayó en el sitio
donde se habian hundido, y luego estallaron en
el puente cuatro carcajadas.

—¡Voto al chápiro! ¡No escapan esta vez!
— decía Gualter Gendry. — ¡Sus esqueletos
se pudrirán con las inmundicias del alba-
ñal!

—¡En buena compañía!—añadió burlona-
mente Luján!

—¿Estás seguro de haber herido al tuyo,
Ballena?

—Mi espada entró en su cuerpo, y he toca-
do sangre en la punta.

—Yo no sé por dónde entró la mía; sé que
se metió como en una vaina, sin tocar hueso.
Fué una de esas estocadas mortales que van
derechas al corazón.

—¡No nos habéis dejado nada que hacer!—
objetó Pinto.

—Es que todavía no tenéis la mano bas-
tante pronta y segura, muchachos. Pero ¿qué
os parece ese caldo negro en que los hemos se-
pultado? ¿Os figurasteis que vendrían tan de-
presa ellos mismos á buscar la muerte?

—Confieso que nosotros no hubiéramos
podido decidirlos á salir del figón. Habéis te-
nido un talento diabólico. Combinar un lazo
así, es soberbio.

El ex-sargento de guardias aceptó el cum-
plido con dignidad, y repuso muy ufano:

—¡Oh; no somos pipiolos! ¡Ya sabía yo que
los borricos se dejarían coger! Lagardère acaso
esté á estas horas á cien leguas de aquí.

—Lo cual es una lástima, porque hubiéramos
podido echarle ahí también—dijo el *Ballena*.

—¡Ya le llegará la vez!—exclamaron viva-
mente los jóvenes.

—¡Eso es otro cuento! Todavía no le te-
néis, y más fácil es que caigáis vosotros en sus
trampas que él en las vuestras. Como quiera
que sea, debe de sentirse herido, pues acaba-
mos de amputarle por lo menos dos dedos de
la mano derecha.

Y después de un minuto de reflexión Gual-
ter añadió:

—Lo mejor de todo es que nadie puede sospechar de nosotros. ¿Dormía la *Bizca*?

—Como un tronco—repuso Pinto.

—Entonces, no tenemos nada que temer.

—¡Poco á poco!—objetó Luján.—La figonera no estaba sola.

—¿Cómo?

—Escuchad, maese Gendry. Nuestra tarea no ha terminado. Necesito decir unas palabras á una moza que ha querido agujerearme el cráneo.

—Explicate, ¡mil rayos!

—¿No habéis oído un pistoletazo?

—Creo que sí; pero no es raro en estos parajes.

—La bala era para mi, y me dejó sin sombrero, chamuscándome el pelo. No fué la *Bizca* la que disparó.

Y en pocas palabras contó á su jefe lo ocurrido. Gendry le escuchó con atención y exclamó:

—¿Habrá sorprendido nuestras conversaciones?

—No me lo explico de otro modo, y estoy seguro de que nos acusará si no ponemos orden.

Gendry marchaba á grandes pasos de una parte á otra, y al fin se detuvo en seco y gruñó sordamente.

—¡Nada de sensiblerías nocivas! Hay un

medio eficaz de que guarde silencio. Todavía tenemos tiempo. Antes de que se despierte la *Bizca* vamos á hablar un poco con esa Maturina.

—¡Lástima!—murmuró Pinto.—¡Es muy hermosa!

—¡Ah, pollitos! Bueno; ya veremos, pero al fin no habrá más remedio que atarla de pies y manos y enviarla á hacer compañía á sus amigos.

Los cuatro se inclinaron otra vez hacia el albañal. Estaba mudo como una tumba.

—Cocardasse ha bebido esta noche por última vez—murmuró con sorna Gendry.—¡Que este líquido sea dulce y grato á su gazonate!

Todos soltaron una carcajada, y tomaron el camino del figón para castigar á Maturina.

XIII

El secreto del albañal.

Los cuatro bribones pudieron penetrar á su guisa en el figón, pues la puerta hallábase aún abierta. Sin embargo, por exceso de precaución, como podían haberse despertado las mozas al

—Lo mejor de todo es que nadie puede sospechar de nosotros. ¿Dormía la *Bizca*?

—Como un tronco—repuso Pinto.

—Entonces, no tenemos nada que temer.

—¡Poco á poco!—objetó Luján.—La figonera no estaba sola.

—¿Cómo?

—Escuchad, maese Gendry. Nuestra tarea no ha terminado. Necesito decir unas palabras á una moza que ha querido agujerearme el cráneo.

—Explicate, ¡mil rayos!

—¿No habéis oído un pistoletazo?

—Creo que sí; pero no es raro en estos parajes.

—La bala era para mi, y me dejó sin sombrero, chamuscándome el pelo. No fué la *Bizca* la que disparó.

Y en pocas palabras contó á su jefe lo ocurrido. Gendry le escuchó con atención y exclamó:

—¿Habrá sorprendido nuestras conversaciones?

—No me lo explico de otro modo, y estoy seguro de que nos acusará si no ponemos orden.

Gendry marchaba á grandes pasos de una parte á otra, y al fin se detuvo en seco y gruñó sordamente.

—¡Nada de sensiblerías nocivas! Hay un

medio eficaz de que guarde silencio. Todavía tenemos tiempo. Antes de que se despierte la *Bizca* vamos á hablar un poco con esa Maturina.

—¡Lástima!—murmuró Pinto.—¡Es muy hermosa!

—¡Ah, pollitos! Bueno; ya veremos, pero al fin no habrá más remedio que atarla de pies y manos y enviarla á hacer compañía á sus amigos.

Los cuatro se inclinaron otra vez hacia el albañal. Estaba mudo como una tumba.

—Cocardasse ha bebido esta noche por última vez—murmuró con sorna Gendry.—¡Que este líquido sea dulce y grato á su gazonate!

Todos soltaron una carcajada, y tomaron el camino del figón para castigar á Maturina.

XIII

El secreto del albañal.

Los cuatro bribones pudieron penetrar á su guisa en el figón, pues la puerta hallábase aún abierta. Sin embargo, por exceso de precaución, como podían haberse despertado las mozas al

oir el pistoletazo, Rafael y Luján se adelantaron y miraron por la puerta entreabierta.

En la sala todo estaba como lo dejaron, salvo la *Bizca*, que á la sazón dormía tendida en el suelo, pero siempre con sueño pesado y tranquilo. Después de algunos instantes de observación los jóvenes hicieron á sus compañeros seña de que los siguiesen, y los cuatro entraron sin que la figonera hiciera el más insignificante movimiento.

Gendry y el *Ballena* se sentaron ante una mesa para beber, mientras los otros, que conocían la casa, pusiéronse á buscar á Maturina, cuya ausencia inquietaba á los cuatro compinches. Registrada la sala y la cocina, volvieron á dar cuenta de lo infructuoso de sus pesquisas.

—Habrá ido á beber á la bodega para mitigar sus emociones—dijo el *Ballena*.

—No lo creo—replicó Pinto,— porque sólo bebe agua ó poco menos. Más fácil es que haya ido á encerrarse en su cuarto.

Luján hizo un gesto negativo mostrando con el índice la puerta abierta, por donde habían entrado. Á su juicio, antes de encerrarse en su cuarto hubiera echado barras y corrido los cerrojos.

Los cuatro se miraron perplejos.

Como querían convencerse, los jóvenes bajaron á la bodega con sendas antorchas; pero

sólo vieron enormes ratas que huían ante ellos. Con infinitas precauciones para no despertar á nadie subieron hasta el cuarto de la moza. Estaba vacío, y la cama intacta: no se había acostado siquiera. Reuniéronse muy alarmados con sus compañeros.

—El pájaro voló—murmuró Ibo de Luján, —llevándose nuestro secreto.

—La bribona ha previsto que volveríamos y que le zurraríamos la badana—agregó Pinto, también á media voz.

Gendry gruñó furioso:

—¡No puede haber ido muy lejos á estas horas! Mi idea es que se habrá guarecido en alguna parte por aquí cerca.

—¿Qué hacer?

Durante buen rato tuvieron consejo. Gualter y el *Ballena* eran de parecer de irse sin continuar más las pesquisas, pues su presencia en el figón podía ser sospechosa, sobre todo si despertaba la *Bizca*.

—¿Y nosotros?—preguntó Pinto.

—Vosotros quedaos. Si la moza reaparece antes de amanecer, ya sabéis lo que tenéis que hacer, y nuestra presencia no es necesaria. Sobre todo, nada de vacilaciones: la justicia expeditiva y sin ruido es la mejor.

—¿Y si no vuelve?

—Si no vuelve, contad á su ama que se ha

ido con los dos diestros y largaos vosotros: ya no os queda nada que hacer aquí. En cuanto á Maturina, ya la buscaremos..., y la hallaremos.

Bebiéronse lo que quedaba en los jarros y se fueron, dejando algo perplejos á sus dos acólitos.

—Gritará, se defenderá—murmuró Pinto, —y apenas si seremos bastantes para acabar con ella; sobre todo si tiene algún arma á mano.

—No hay que dejarle tiempo para que se arme. Tenemos que atravesarla de una estocada antes que pueda gritar.

—Hubiera preferido que ellos se encargaran de esta faena. Yo no he matado nunca mujeres, y Maturina es demasiado hermosa para acortarle así la vida.

—Soy de tu opinión, Rafael; pero el único medio de sustraernos á esa enojosa faena es que no vuelva por aquí.

Gendry hizo mal en considerarlos suficientemente endurecidos en el crimen para encomendarles una acción tan cobarde. Tenían excrúpulos, y hasta Luján sentía que el pistoletazo que le había dirigido no le permitiese perdonarla. La juventud se deja con frecuencia conmover y arrastrar hacia los buenos sentimientos, aun cuando su regla de conducta sea el mal.

Estaban muy predispuestos á una reconciliación, cuando la figonera abrió el ojo. Muy asombrada de verse tendida en el suelo, se incorporó y miró en torno suyo; en seguida, avergonzada y colérica, se puso en pie. No parecía darse cuenta de lo sucedido, y contemplaba con asombro á los dos jóvenes, que fingían dormir con la cabeza apoyada sobre la mesa. Amanecía. Los gallos cantaban. La *Bizca* hizo un esfuerzo para coordinar sus ideas, y sacudió con rudeza á los durmientes.

—¿Qué significa esto? ¿Qué hora es? ¿Dónde están Cocardasse y Passepoil?

Pinto alectó una estupefacción cómica.

—¡Pardiez! ¡Es verdad! ¿Dónde están?

—Tengo la cabeza pesada—dijo á su vez el bretón.—Me parece que hemos bebido demasiado. ¡La culpa es de ese endiablado bebedor! ¡Hola, maese Cocardasse!—Y después de mirar asombrado en torno suyo exclamó:— ¡Calle! ¿Nos han dejado así nuestros amigos? Pero vos debéis de saber, hermosa, dónde está Passepoil.

La comedia tuvo maravilloso éxito. La *Bizca* creyó á salvo su dignidad, y se quedó muy satisfecha de que no la hubieran visto tendida bajo la mesa. Podían acusarla de desvengonzada y de avara: de lo primero ella misma se jactaba, y de lo segundo no hacía caso; pero su

amor propio no podía tolerar que la tildasen de borracha. ¡Y ay de quien osara hacerlo!

Por lo pronto, lo que la enfurecía era la desaparición de los diestros. Y su rabia aumentó al darse cuenta de la ausencia de la moza.

—¿Dónde está Maturina?

—¿Dónde está Maturina? —repitieron á coro los espadachines.

Y luego cada cual, como hablando para sí, murmuró:

—¡Se habrá ido con Cocardasse!

—¿A menos que no se haya ido con Passepoil.

La figonera subió en un brinco al tabuco de la normanda, y le halló vacío. Despertó á todas sus criadas dando puñetazos en las puertas, y la taberna se pobló de clamores, imprecaciones y votos. Luján se golpeó de pronto la frente como el borracho que hace esfuerzos por concertar sus pensamientos y que acaba de recordar algo.

—¡Maturina!—tartamudeó en un momento en que la *Bizca* pasaba por su lado golpeándose las caderas como leona en su jaula.—

¡Maturina!... ¡Aguarda!... Yo sé...

—¡Habla de una vez, idiota! ¿No ves que me requemas la sangre?

—¡Oh, oh! ¡Nada de palabrotas!

Miró á la puerta, vió que podía salir sin

obstáculo, y cogiendo la mano de su compañero para arrastrarle tras sí en cuanto acabase de decir lo que quería, exclamó:

—¡Maturina!... ¡Ya me acuerdo!... ¡Sí; eso es!... ¡Maturina! ¡Se la ha llevado Passepoil!

Sucedió lo que había previsto: la figonera se precipitó contra él dominada por una cólera espantosa, aterradora; pero ya los jóvenes estaban lejos, fuera del alcance de sus pistolas.

Poco les importaba lo que pudiera suceder en la *Cueva Hedionda*, seguros de que Maturina no estaba: lo único que deseaban era no dejarla entrar, y para ello rondaron toda la mañana por los alrededores. No sabían bien lo que harían si regresaba la moza al figón en pleno día, y la mejor solución para ellos del difícil problema fué que no volviese. Hubieran dado cualquier cosa por saber qué había sido de ella.

Volvamos ahora á los diestros, á quienes dejamos en posición tan difícil.

Verdad que si las aguas del albañal de Montmartre eran tan negras como las de la *Estigia*, á lo menos la laguna infernal tenía la ventaja de ser surcada por la barca del viejo avaro Caronte; y es probable que al tropezar con él Cocardasse le hubiese acogotado para apoderarse de su nao y navegar con ella en sentido contrario á la puerta del Infierno. Pero ya que no era posible esto, el gascón tuvo la

suerte de caer de pie, y se libró del desagradable lance de probar una sola gota del infecto líquido. Se había salvado.

El agua no le llegaba más que hasta el pecho. En dos zancadas se acercó al puente y se pegó á uno de sus pilares. Así, bien guarecido y seguro de salir cuando quisiera, escuchó toda la conversación de sus enemigos. Varias veces tuvo que morderse fuertemente los labios para no dejar escapar uno de sus juramentos; y como su querida Petronila se le había escapado de la mano al caer, más le valía enmudecer; tanto más, cuanto que le tenían por difunto. Sus ideas, empero, eran sombrías.

Discurría un número incalculable de venganzas, á cual más terribles y refinadas, al paso que sufría vivamente en su amor propio por haberse dejado engañar por aquellos bribones; y este sentimiento mezclábase á la vergüenza que le causaba la sola idea de mostrarse en el estado lamentable en que saldría de aquella cloaca.

—¡Cuernos de Lucifer!—pensaba mientras Gendry y sus acólitos se congratulaban de su fin.—¡Veréis si Cocardasse ha bebido su último trago! ¡Voto á bríos! ¡Será vuestra propia sangre lo que verteré antes de veinticuatro horas, y opino que no oiréis pronunciar vuestra oración fúnebre!

Sonrióse al oír decir á Gendry que le había matado.

—¡Sangre de Cristo!—se dijo con supremo desdén.—¡El pícaro es tan fanfarrón como torpe! Esa estocada que, según él, me ha atravesado el corazón, apenas si me ha hecho un ojal en mi colete debajo del sobaco.

Cuando se alejaron muy ufanos los mandrines, escuchó hasta que no pudo oírlos, y ejecutando un ejercicio que hubieran aplaudido todos los maestros de gimnasia de Francia y de Navarra, se puso de pie sobre el puente. Debemos advertir que no estaba muy orgulloso de ello y que en aquel momento nadie se hubiera atrevido á tocarle ni con pinzas, empapado de inmundicia como se hallaba.

El hombre lo comprendía así, por más que no tenía espejo alguno á su alcance, y la oscuridad de la noche le impidiera ver su suciedad. Pero lo que le exasperaba en sumo grado era la pérdida de Petronila, su formidable esposa, su inseparable compañera de aventuras. De repente dió una patada en el puente, y exclamó, sin darse cuenta de que podía ser oído.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Qué bestia soy en pensar sólo en mí, cuando no sé lo que ha sido de mi pequeño Amable!

No bien se hubo planteado esta cuestión,

cuando recordó con febril ansiedad lo que oyó decir al *Ballena*. ¿Sería cierto?

—¡Si mi tesoro ha sido de veras herido— pensó Cocardasse, cuya garganta lanzó un prolongado gemido,—ha podido desmayarse y ahogarse! ¡Cochina suerte, mi olvido ha podido matarle!

Se inclinó y escuchó ansiosamente: el agua corría silenciosa. Llamó, primero bajo, luego más fuerte. Pero á medida que redoblaban sus temores se le oprimía la garganta, y en breve no pudo exhalar sino gemidos sordos. ¿Cómo buscar en aquellas espesas tinieblas? Volver á la taberna, era exponerse á dar desarmado con los cuatro bandidos.

En circunstancias difíciles generalmente Cocardasse no tuvo ocasión de grandes esfuerzos intelectuales para solucionar problema alguno: su amigo era el que proveía á ello; y así, aquella vez, que se veía privado de las luces del normando, su cerebro, poco habituado á la labor, se torturaba en vano. No quería alejarse, por temor de que Amable necesitase socorro y lo pidiera en su ausencia, y, por otra parte, se daba cuenta de que si traía auxilios y medios, quizás sería aún tiempo de salvarle.

—¡Mal pecado! —gruñó golpeándose la frente con desesperación.—¡Lléveme el Diablo si sé qué hacer!

Las lágrimas asomaban á sus ojos, creyendo ya inevitable y segura la muerte de su camarada, y pensaba:

—¿Qué voy á decir á Chaverny? ¿Qué dirá Lagardère cuando vuelva? ¿Tendré que confesar que no he sabido defender á su maestro!

No se le ocurría imputar á Passepoil su parte de culpa por haber tenido tanto empeño en ir al figón de la *Bizca*; él sólo se culpaba, reprochándose no haber querido escuchar á Maturina, que les suplicaba que no saliesen.

—Todo esto no conduce á nada—pensó al fin.—Por más que me lamente, el pichoncito no se halla en estado de aconsejarme. Lo mejor es ir en busca de socorro. Ya debiera haberlo hecho hace mucho.

Llamó aún dos ó tres veces. Un buho dejó oír su siniestro graznido, y Cocardasse echó á correr hacia la puerta de Richelieu. El que le hubiera visto infecto y desgrenaado, dando enormes zancadas, con la mirada extraviada y la ansiedad pintada en las facciones, le habría tomado por un personaje macabro de los que admiramos en las fantásticas composiciones de Holbein.

Cuando la guardia de la puerta le vió llegar en aquel estado su primer impulso

fué aprehenderle. Con seguridad no podía ser un hombre honrado: nunca se habían hallado en presencia de un malandrín de tan repugnante aspecto, ni que esparciera en derredor suyo olor más nauseabundo.

—¡Calle!—exclamó el sargento.—¿De dónde saldrá este bicho y qué clase de bribonada acabará de hacer? ¡No le dejéis pasar! ¡Dadle con las picas!

Cocardasse se miró al resplandor del humoso farol de la guardia, y se vió en estado poco conveniente. Sin embargo, era de esos hombres que aun en las circunstancias más difíciles saben evitar el ridículo y atraerse, si no el respeto, á lo menos la atención. Si no temía las estocadas, era sensible al desprecio: se paró en seco, irguióse y replicó:

—Joven, confieso que no es mi aspecto actual el de un gentilhombre; pero el hábito no hace al monje. La culpa es de cuatro bandidos que se prevalieron de la oscuridad para atacarme y me hicieron rodar dentro del albañal de Montmartre.

—¿Y qué quieres que le hagamos? Todos los que se aventuran por ahí á tales horas están expuestos á lances parecidos.

—¡Mal pecado! Lo sé de sobra, y no necesito á nadie para arreglar mis cuentas con ellos. No pido vuestro auxilio para mí.

—¿Pues para quién?

—Para un buen amigo mío, para un compañero de armas que los canallas han herido, quizás gravemente, antes de echarle como á mí al albañal. Coged antorchas, amigos, y seguidme: tengo la esperanza de que hemos de encontrarle vivo.

Parecía tan comovido al pronunciar tales palabras, que los soldados principiaron á interesarse por él.

—¿Quién eres?—preguntó el sargento.

—Cocardasse, maestro de esgrima, y la primera espada de Francia y de Navarra, después de otra que no conocéis. La segunda es la de mi querido camarada Amable Passepoil, á quien vamos á buscar.

—¡Tanto peor para él si quedó en el albañal!—murmuró el sargento.—No podemos hacer nada por él.

—¡Oh, oh!—gruñó el gascón, que perdía la cabeza y la paciencia.—Dadme, pues, luz, y volveré solo. Si no revolviere Cielo y Tierra para encontrar á Passepoil, ¿con qué cara me iba á presentar luego ante Lagardère?

—¡Qué! ¿Qué hablas tú del conde de Lagardère?

—¡Ta, ta, Lagardère es la cabeza, y Cocardasse y Passepoil, los brazos! ¿No habéis oído hablar nunca de sus dos diestros?

—Tienes razón—repuso el sargento golpeándose la frente.—Sí, sí; y sé que son dos valientes. ¿Serías tú uno de ellos, por ventura?

—¡Claro que sí! Tengo ese honor. Pero estamos perdiendo el tiempo, mientras el pequeño agoniza quizás.

Por orden del sargento cuatro hombres se proveyeron de antorchas y siguieron á Cocardasse. Registraron los alrededores del canal. El gascón llegó á meter los pies en el agua, bajó y subió la corriente inclinándose sobre la superficie sucia y mal oliente, y removiéndola con una rama de árbol. Deseaba por lo menos hallar el cadáver de su amigo, cogerlo en sus brazos y llevarselo.

Los que le ayudaban en tan lúgubre faena tuvieron conciencia de lo que importaba aquella busca de un cadáver querido en medio de la noche, á la luz de las antorchas y en un albañal.

El espectáculo era á la vez impresionante y lúgubre. De vez en cuando elevábase desgarradora y balbuciente la voz de Cocardasse, que hacía estremecerse á los soldados, llamando á su camarada con los epítetos más cariñosos.

Llamamientos, investigaciones, votos y la-



Bajó y subió la corriente removiéndola con una rama de árbol..

mentos fueron inútiles. El albañal guardó su secreto.

Con la cabeza baja, húmedos los ojos, caídos los brazos, el pobre diablo llegó á la puerta de Richelieu. Una vez allá dió las gracias al sargento, gratificó con algunos escudos á los soldados que le habían acompañado, y al romper el alba, se dirigió lentamente, por las desiertas calles hacia el palacio de Nevers para comunicar á sus moradores la fatal nueva de la desaparición de Passepoil.

XIV

¡Brava moza!

No se piensa en todo.

Si á Cocardasse ó á cualquiera de los cuatro soldados que le acompañaban se les hubiera ocurrido llevar un poco más lejos su exploración y seguir hasta unos doscientos pasos aguas abajo, acaso hubieran advertido en las orillas del canal huellas de pasos recientes. Y podemos decir que si el gascón no hubiera tenido la idea de ir á buscar socorro tan lejos, el auxilio le había llegado *motu proprio*.

Se recordará que Passepoil no había recibido más que una herida insignificante; pero al contacto del agua sangró en abundancia. Para colmo de desgracia, en vez de caer de pie como su amigo el normando, queriendo agarrarse á los travesaños salientes del puente, cayó hacia atrás y de cabeza en el nauseabundo arroyo.

Por fortuna, el diestro, no era un cualquiera para dejarse ahogar así como así. Sin perder el ánimo luchó contra aquella invasión del infecto líquido por ojos, narices, boca y orejas, y después de silenciosos y desesperados esfuerzos consiguió ponerse en pie. Su situación, sin embargo, no mejoró mucho, pues estaba precisamente en el sitio adonde los mandrines dirigian sus pedradas.

Cierto que las piedras caían al azar; pero la fatalidad quiso que una de ellas bastante gruesa le diera en la cabeza: menos mal que el golpe no fué tan recio que le hiciera caer desvanecido ó muerto. En cambio, le aturdió bastante para trastornar todas sus ideas, lo que le impidió pensar en guarecerse bajo el puente, como había hecho Cocardasse. Tal vez por un instante lamentó no haber nacido en Bretaña, ya que los bretones gozan fama de tener cabezas irrompibles.

Encorvado para no ser visto, apoyándose en las piedras del cauce y con infinitas precau-

mentos fueron inútiles. El albañal guardó su secreto.

Con la cabeza baja, húmedos los ojos, caídos los brazos, el pobre diablo llegó á la puerta de Richelieu. Una vez allá dió las gracias al sargento, gratificó con algunos escudos á los soldados que le habían acompañado, y al romper el alba, se dirigió lentamente, por las desiertas calles hacia el palacio de Nevers para comunicar á sus moradores la fatal nueva de la desaparición de Passepoil.

XIV

¡Brava moza!

No se piensa en todo.

Si á Cocardasse ó á cualquiera de los cuatro soldados que le acompañaban se les hubiera ocurrido llevar un poco más lejos su exploración y seguir hasta unos doscientos pasos aguas abajo, acaso hubieran advertido en las orillas del canal huellas de pasos recientes. Y podemos decir que si el gascón no hubiera tenido la idea de ir á buscar socorro tan lejos, el auxilio le había llegado *motu proprio*.

Se recordará que Passepoil no había recibido más que una herida insignificante; pero al contacto del agua sangró en abundancia. Para colmo de desgracia, en vez de caer de pie como su amigo el normando, queriendo agarrarse á los travesaños salientes del puente, cayó hacia atrás y de cabeza en el nauseabundo arroyo.

Por fortuna, el diestro, no era un cualquiera para dejarse ahogar así como así. Sin perder el ánimo luchó contra aquella invasión del infecto líquido por ojos, narices, boca y orejas, y después de silenciosos y desesperados esfuerzos consiguió ponerse en pie. Su situación, sin embargo, no mejoró mucho, pues estaba precisamente en el sitio adonde los mandrines dirigian sus pedradas.

Cierto que las piedras caían al azar; pero la fatalidad quiso que una de ellas bastante gruesa le diera en la cabeza: menos mal que el golpe no fué tan recio que le hiciera caer desvanecido ó muerto. En cambio, le aturdió bastante para trastornar todas sus ideas, lo que le impidió pensar en guarecerse bajo el puente, como había hecho Cocardasse. Tal vez por un instante lamentó no haber nacido en Bretaña, ya que los bretones gozan fama de tener cabezas irrompibles.

Encorvado para no ser visto, apoyándose en las piedras del cauce y con infinitas precau-

ciones para no llamar la atención de los bandidos, á quienes oía hablar y reir, consiguió distanciarse unos ciento cincuenta pasos del puente, aguas abajo.

La sangre que corría de su frente le cegaba, le zumbaban los oídos, y necesitaba desplegar una energía sobrehumana para mantenerse de pie. Sentíase desfallecer por momentos, y calculaba los minutos que le separaban de la salvación ó de la murete.

—Si caigo— pensaba,— ¡se acabó! Me será imposible levantarme, y quedaré sepultado en este inmundo canal. ¡Ah! ¿Por qué no habré escuchado á Maturina?

El pensamiento de que quizás también Cocardasse había sucumbido acabó de abatirle: en el acabamiento de sus fuerzas, una pesadilla espantosa le mostraba extendido en la cloaca el cadáver del compañero de toda su vida, y el pobre Amable, descorazonado, estuvo á punto de dar un adiós al amor y á todas las dulzuras de la vida.

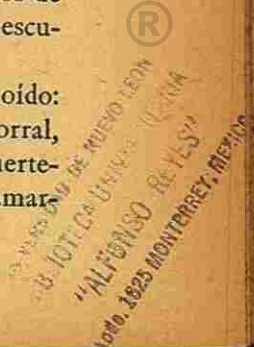
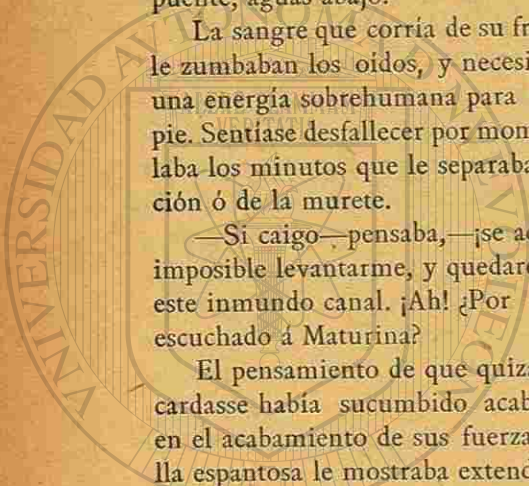
Esto le dió nuevas fuerzas. El enamorado Passepoil no quería morir, porque deseaba hallar por fin su media naranja; casarse, tener hijos... Los bandidos se alejaban; concluyó por no oír sus voces. El cauce de piedra cesaba, y seguía una pared térrea que permitía ser escalada. Era la salvación si tenía fuerza suficiente.

El normando se agarró al césped, hizo incapié, y consiguió sentar las rodillas en aquella tierra húmeda y resbaladiza; pero se deslizó, y á no tener tan fuertemente cogida la yerba, hubiera caído para siempre en la cloaca. Por fin, tras nuevo esfuerzo alcanzó el borde, faltó de aliento hasta para arrastrarse dos pasos más allá. Todo lo que pudo hacer fué echarse de costado, y quedó sin sentido en medio del charco infecto que formó la líquida inmundicia que chorreaba de sus vestidos.

Casi en el mismo instante, poco antes de la llegada de los bandidos á la *Cueva Hedionda*, una sombra salió del figón y tomó el camino que conducía desde la puerta de Richelieu á la *Granja Batelera*. Era una mujer, y bajo la capucha que la cubría le cabeza y ocultaba su cara hubiera podido reconocerse la fisonomía franca y abierta de la normanda Maturina.

Avanzaba con precaución alumbrando su camino con una linterna sorda, cuyos débiles resplandores apenas alcanzaban á dos pasos de distancia. De vez en cuando se detenía y escuchaba.

De pronto un ruido de pasos hirió su oído: ocultó la linterna y se ocultó en un matorral, reteniendo el aliento, pero oprimiendo fuertemente la culata de una pistola cargada y amartillada.



Cuatro hombres, bien conocidos por ella, pasaron muy cerca de donde se escondía, pronunciando su nombre y sin ocultar ni disfrazar sus proyectos para hacerla enmudecer por siempre. Ella sonrió tranquila confiando en su serenidad, que rayaba en heroísmo, aunque no se daba cuenta de ello. Sólo la preocupó pensar que el chapuzón debía de haber ido precedido de algunas estocadas. Aguardó á que los bribones se alejasen bastante, y prosiguió su camino con premura.

Llegado que hubo al puente, se arrodilló, pasó la luz sobre la superficie negra del liquido encauzado, y distinguió, sujeto por una rama, el fieltro de Cocardasse: si estaba allí el gascón, también estaría Passepoil. Fué lo primero que se le ocurrió, y principió sus minuciosas pesquisas por la orilla derecha, sin desanimarse por el mal éxito que obtuvo. Era de Caux, y las de ese país pasan por ser tan testarudas como las bretonas.

Comenzó, pues, á registrar la orilla izquierda, y no tardó en distinguir una masa sombría yacente. Le palpó el corazón con viveza. ¿Sería un cadáver? ¿Era Cocardasse? ¿Era Passepoil? ¿No pudiera ser algún malandrin que no tuviese que ver con los diestros? Era común hallar casi diariamente algún cadáver en las orillas del albañal, sin contar los borrachos

que por aquellos alrededores dormían al raso la mona.

Avanzó de puntillas. El hombre, echado de costado, presentábale la espalda; pero de pronto se estremeció: acababa de reconocer los vestidos de Passepoil. ¿Por qué tal emoción, cuando apenas conocía al normando y no cambió con él diez palabras en toda su vida? ¡Misterios del corazón!

—¡Jesús, Señor!—murmuró, mientras su corazón palpitaba aceleradamente.—¡Es él; es ese pobre señor Passepoil! ¡Con tal que no esté muerto!

Aproximóse más, y dejando la linterna al alcance de sus manos, apoyó una en el corazón del normando, que latía débilmente. Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Vivía! Alzó delicadamente la cabeza del diestro para que pudiese respirar mejor.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó al ver que así lo hacía.—¡Fango y sangre en su frente, en su pecho, y calado hasta los huesos! ¡Si tiritaba de frío y de fiebre! ¡Por fuerza tiene el alma bien agarrada al cuerpo el pobre, si es que escapa de esta!

El desdichado Amable no sospechaba en lo más mínimo que el amor espiaba atentamente en su rostro las señales de su resurrección. Sin embargo, al ser colocado en posición más có-

moda exhaló un suspiro, aunque no levantó los párpados ni movió su inerte cuerpo.

Maturina le limpió la cara de inmundicia y sangre, apoyó la cabeza del herido en su falda, y comenzó á hablarle como una madre á un hijito enfermo:

—¡Despertaos, respondedme, Mr. Amable! ¡Si pudierais aunque sólo fuera decirme dónde estáis herido, para poder aliviaros! ¡Abrid los ojos! ¡Habladme! ¡Soy yo! ¡Es una amiga la que os habla: Maturina, la de la taberna!

El normando suspiró por segunda vez y movió la cabeza á uno y otro lado, como si no estuviera sujeta á sus hombros; pero nada más. Era un espectáculo conmovedor el de aquella moza reacia hasta entonces á todo cariño, como refractaria al amor, concentrando toda su inteligencia, toda su energía, en sustraer á la muerte un pobre diablo al cual había visto dos veces, y que apenas si había hecho caso de ella.

En toda mujer hay un monstruo ó una hermana de la Caridad. Maturina era lo último, y sin móvil preciso, por desinterés y abnegación más que por amor, pues aún no se daba cuenta del sentimiento que experimentaba, lo había abandonado todo y estaba dispuesta á desafiarlo todo por cumplir su misión.

¡Ay! Todos sus esfuerzos para reanimar al herido parecían vanos, y lamentaba amarga-

mente no haber pensado en proveerse de algún cordial. Y el caso era que tal situación no podía prolongarse: su presencia al lado del diestro era inútil, puesto que no le aliviaba lo más mínimo.

Los aldeanos están habituados á calcular la hora por la mayor ó menor transparencia de la noche: la normanda calculó que no tardaría ni una hora en aparecer la luz del crepúsculo. Temió la frescura matinal para aquel hombre que temblaba de fiebre y cuyos vestidos estaban empapados en agua, y temía además que Gendry y su banda volverían con el alba para asegurarse de que el albañal no había dejado escapar su presa.

Apenas pensó esto, cuando distinguió la luz de varias antorchas en lontananza: un grupo de hombres que al parecer llegaban de la ciudad se acercaba al albañal; y aunque Maturina había visto á los bandidos encaminarse en otra dirección, no le cupo duda de que eran ellos. Supuso que habían dado un rodeo y buscado á la policía para apartar de ellos toda sospecha. Lo temía todo de aquellos malandrines, cobardes, astutos y falaces.

La tropa que se acercaba estaba demasiado lejos para que pudiera contar el número de individuos, y menos aún para reconocer entre ellos á Cocardasse. ¿Sería un socorro, tanto

más oportuno cuanto que su linterna estaba apagándose? ¿Serían los bandidos?

En la duda, Maturina creyó prudente y urgente sustraer á Passepoil á las pesquisas de los que llegaban. En cuanto á Cocardasse, se daba cuenta de que no podía intentar nada para salvarle. Quien persigue dos liebres á la vez, se expone á no alcanzar ninguna. La normanda lo sabía, y era demasiado sensata para abandonar lo cierto por lo dudoso.

— ¡Vamos! — dijo. — ¡Ya que el pobre no puede moverse, tengo necesidad de buscar dónde ocultarle, á lo menos hasta que sea de día!

La realización del proyecto era difícil, y para intentarlo se necesitaban las fuerzas de Maturina; tanto más, cuanto que no le quedaba tiempo de madurarlo, pues las antorchas se acercaban más y más, y era tiempo de tomar una decisión rápida.

Deslizó su pistola en la cintura, se sujetó en el mismo sitio la linterna, y haciendo un esfuerzo se cargó á la espalda al diestro, doblemente pesado por su inercia y por el agua infecta que empapaba sus vestidos. Sin embargo, la moza sentía decuplicadas sus fuerzas ante la inminencia del peligro, y se puso penosamente en camino, á la ventura, siguiendo la orilla del albañal hacia abajo, y no dudando que



Cargóse á la espalda al diestro...

encontraría alguna casa donde los cobijaran.

Más de una vez vaciló y se sintió desfallecer; pero sacaba fuerzas de flaqueza con aliento sobrehumano y apresuraba el paso, sin atreverse á mirar hacia atrás por miedo de ver que la perseguían.

Apenas había dado quinientos pasos, cuando Cocardasse llegó al puente; pero como la luz que llevaba Maturina acababa de apagarse, el gascón y los soldados no pudieron verla, ni sospecharon que Passepoil estaba allí un instante antes de llegar ellos.

XV

Amor sincero.

Al alba, Maturina exhaló un suspiro de alivio. Hacia un momento que caminaba á la ventura, é ignoraba por completo dónde estaba, aunque consciente de haberse alejado del peligro. Su júbilo fué indecible al distinguir á corta distancia una choza de aspecto miserable.

Hizo su último esfuerzo y llamó: al prin-

cipio no obtuvo respuesta, como si estuviese deshabitada la cabaña. Después de diez minutos largos de dar rodillazos á la puerta se entreabrió una ventana lo suficiente para poder mirar quién llamaba.

Si en aquellos tiempos la prudencia era una necesidad y no podía abrirse una puerta sin saber á quién, en los alrededores de la *Granja Batelera* las precauciones eran mayores y más indispensables.

—¿Qué queréis?—respondió una voz huana.

—Abrid—suplicó Maturina.—Es un herido que necesita socorro.

—¡Otro bandido! ¡Llévale á la Piedad! Algo lejos está; pero si fuera yo á recoger á todos los que reciben cuchidadas por estos parajes, convertiría diez cabañas como ésta en hospital. ¡Largo pues, y gracias por tu regalo!

Otra que la normanda no hubiera insistido ante la rudeza irónica de aquella negativa; pero la valiente muchacha continuó suplicando: no lo hacía por ella. Quizás hizo bien, pues la dueña de la choza, lejos de cerrar el ventanillo, escuchó.

—Ordinariamente estos malandrines vienen por sus propios pies. ¿Cómo es que traes éste á hombros?

—Abridme primero, y os lo explicaré. Por

encontraría alguna casa donde los cobijaran.

Más de una vez vaciló y se sintió desfallecer; pero sacaba fuerzas de flaqueza con aliento sobrehumano y apresuraba el paso, sin atreverse á mirar hacia atrás por miedo de ver que la perseguían.

Apenas había dado quinientos pasos, cuando Cocardasse llegó al puente; pero como la luz que llevaba Maturina acababa de apagarse, el gascón y los soldados no pudieron verla, ni sospecharon que Passepoil estaba allí un instante antes de llegar ellos.

XV

Amor sincero.

Al alba, Maturina exhaló un suspiro de alivio. Hacia un momento que caminaba á la ventura, é ignoraba por completo dónde estaba, aunque consciente de haberse alejado del peligro. Su júbilo fué indecible al distinguir á corta distancia una choza de aspecto miserable.

Hizo su último esfuerzo y llamó: al prin-

cipio no obtuvo respuesta, como si estuviese deshabitada la cabaña. Después de diez minutos largos de dar rodillazos á la puerta se entreabrió una ventana lo suficiente para poder mirar quién llamaba.

Si en aquellos tiempos la prudencia era una necesidad y no podía abrirse una puerta sin saber á quién, en los alrededores de la *Granja Batelera* las precauciones eran mayores y más indispensables.

—¿Qué queréis?—respondió una voz huana.

—Abrid—suplicó Maturina.—Es un herido que necesita socorro.

—¡Otro bandido! ¡Llévale á la Piedad! Algo lejos está; pero si fuera yo á recoger á todos los que reciben cuchidadas por estos parajes, convertiría diez cabañas como ésta en hospital. ¡Largo pues, y gracias por tu regalo!

Otra que la normanda no hubiera insistido ante la rudeza irónica de aquella negativa; pero la valiente muchacha continuó suplicando: no lo hacía por ella. Quizás hizo bien, pues la dueña de la choza, lejos de cerrar el ventanillo, escuchó.

—Ordinariamente estos malandrines vienen por sus propios pies. ¿Cómo es que traes éste á hombros?

—Abridme primero, y os lo explicaré. Por

lo demás, tranquilizaos buena mujer: os pagaré lo que sea.

Los ojos de la inquilina brillaron de codicia, y dejó ver por entero sus arrugadas facciones. Era una vieja.

—¡Ah! Si tiene dinero, no necesito explicaciones. Pero ante todo enseñame el color de tu dinero, pues desconfío de la gente á quien no conozco.

Maturina tenía efectivamente dinero: no suyo, pues la *Bizca* pagaba á sus criadas más con injurias que en numerario; pero antes de abandonar el figón para siempre, y al apoderarse de las pistolas de su ama, se acordó de los escudos ganados con malas artes por la figonera á los diestros, y se propuso restituirlos á sus legítimos dueños. Como era honrada, caso de hallarlos muertos, se proponía gastarlos en sufragio de las almas del gascón y del normando. Armada, pues, de tan buenas intenciones y con la conciencia tranquila, vació en la mano uno de los bolsillos de su ama.

Fué una buena inspiración. Gracias á ella pudo deslizarse un doble escudo en la mano huesosa, apergaminada y ganchuda de la vieja, y la puerta se abrió de par en par. Maturina entró. La inquilina era una especie de bruja esquelética. Estaba á medio vestir. Según pudo ver al encender la vieja, el antro contenía un

velón antiguo, una mesa coja, dos taburetes y un catre en un rincón. Fuera de la mujercita, no había en la choza otro ser viviente que un gato negro.

Maturina, como todas las aldeanas de su tiempo, tenía un gran fondo de superstición, y no se hallaba muy bien en aquel tabuco, por entre cuyas tablas silbaba el viento.

—No tengas miedo. Tu herido estará aquí mejor que en cualquiera otra parte. Aquí no hay nadie más que yo y mi gato. Échale en la cama. ¿Es grande la herida?

—No sé.

—Ahora lo veremos. Yo entiendo de eso, pequeña. Por esa razón me llaman bruja.

—¿Os comunicáis con el Diablo?—preguntó asustada y retrocediendo un paso.

—Hay imbéciles que así lo dicen, y yo dejo que lo digan. La verdad es que tengo mis remedios, y que he curado á muchos que esos burros de la Facultad daban por muertos ó poco menos. Entre nosotras, mira: esos señores, con su latín y sus sangrias, son unos animales que por casualidad no rebuznan.

La normanda no juzgó oportuno contradecirla, y la supuesta bruja prosiguió:

—Bueno; no charlemos tanto, joven, y veamos qué tiene ése. En primer lugar, un golpe bien dado en la frente. Debe de tener la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1923 MONTEVIDEO

cabeza dura de veras para que no se la hayan abierto. ¡Bah! ¡No le quedará ni la señal! Si no tiene otro agujero en la piel, el mal no es muy grande.

Con precauciones y delicadeza que no se hubieran imaginado en ella, la viejecita quitó al diestro el colete, y descubrió la herida que le hizo el *Ballena*.

—¡Bah! ¡Tampoco esto es gravel!—murmuró.
—Un arañazo, un poco de sangre perdida, y nada más. ¡Pero tu hombre apesta; está in-mundo!

—Tiene fiebre—dijo Maturina tocándole la frente.

—Dentro de un cuarto de hora no la tendrá, merced á una poción que voy á darle.

La anciana atizó el fuego, oculto bajo una capa de ceniza, cogió de un cofre carcomido unas yerbas secas, y las echó en agua hirviendo sin hacer signo alguno ni pronunciar palabras cabalísticas, como estilan las brujas.

Esto tranquilizó un tanto á Maturina. Una vez administrado el remedio á Amable, éste abrió los ojos, y manifestó cierta sorpresa al verse á medio vestir, en una casa desconocida y ante un semblante arrugado y apergaminado que no había visto en su vida. Á buen seguro que hubiera preferido ver el rostro fresco de su gentil paisana; pero

la vieja había ordenado á la joven que se retirase.

—¿Dónde estoy?—preguntó mirando á todos lados.

—¡Cierra el pico! —repuso rudamente la presunta bruja.—Luego te lo dirán, paisano; porque indudablemente eres bretón como yo, á juzgar por lo duro de tu testa. Por lo pronto, no tienes otra cosa mejor que hacer que dormir. Voy á quitarte los vestidos, que necesitan lavarse y secarse.

Así lo hizo. Le desnudó, le lavó y curó sus heridas, y tapándole con cuanto encontró á mano, se alejó de su lado. Fuese por su extremada laxitud, fuese por efecto del brebaje, el normando cerró los ojos y cayó en profundo sueño.

Las dos mujeres procedieron á la limpieza del vestido, que colgaron ante el hogar para que se secara, y fueron á sentarse cerca del herido.

—Ahora cuéntame lo sucedido, y sobre todo no mientas, porque te lo conoceré en la cara, y os planto en la puerta á ti y á tu hombre.

—¿Y por qué había de mentir?—replicó la moza, en quien no hacía mella la amenaza por lo que á ella se refería, pero que deseaba la curación de Passepoil.

—Ante todo, ¿quién eres y quién es él?

La vieja inspiraba á la normanda más temor que confianza; pero como no tenía costumbre de mentir ni le remordía lo más mínimo la conciencia, comenzó sin dificultad alguna á relatar los sucesos desde la primera visita de los dos diestros al figón de la *Bizca*.

—Bueno, joven. Ahora háblame con franqueza. Hay una cosa que no has querido decirme, y que quiero saber. ¿Por qué has hecho eso por él?

La moza enrojeció, y comenzó á rizar con los dedos la punta de su delantal, como quien realiza un trabajo delicado y difícil á conciencia. La vieja se rió y dijo:

—Bueno; ahora ya lo sé, y no pregunto más. No tengas cuidado: eres una brava moza, y dentro de una hora tu amado podrá decírtelo por su propia boca.

—¿Estáis segura de que curará?

—Y no será un milagro. El golpe de la cabeza le ha aturdido, y más su estancia en el agua: la otra herida es un rasguño sin importancia.

—¡Oh, gracias, muchas gracias!—dijo Maturina dando á la vieja otro escudo, argumento que conmovió profundamente á la inquietina.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó maternalmente cogiendo una mano de la moza.—Conozco á la *Bizca*, y creo que te valdría más no volver á su casa.

—¡Ni por pienso!—repuso con vivacidad la normanda.—Tanto más, cuanto que la banda de Gendry trataría de hacerme pagar caro...

—¿Y dónde piensas hallar un asilo? No creo que sea el señor Passepoil el que te lo proporcione.

Maturina se ruborizó de nuevo.

—¡Oh; no!—murmuró.—No podría irme con él á no ser que...

Se interrumpió perpleja sin poder acabar la frase.

—¿Á no ser que fuese tu marido? ¿Por qué no decirlo animosamente? ¡Vaya! Veo que eres honrada y digna. Está bien; pero eso no impide que te halles en una situación algo crítica.

—¡Á la gracia de Dios! No dejaré de encontrar en París una casa donde colocarme de criada.

—Escucha. Aunque para muchos soy una bruja porque conozco el empleo curativo de muchas yerbas y me sirvo de ellas cuando se presenta la ocasión, suelo hacer mucho más bien que mal á mis semejantes, y no

sé por qué razón no he de favorecerte. Si te avienes á estar algún tiempo sin ver á tu amado, prometo sacarte del atolladero.

Tal perspectiva asustó algo á la normanda.

—¿Será por mucho tiempo?—preguntó.

—Dependerá de ti. Desde luego, eres libre de aceptar ó rehusar. Tengo una hermana en las Benedictinas de Nuestra Señora de Leticia, y si quieres servir en el convento, podrás estar allí hasta que quieras. Pero ya comprenderás que allí no entran hombres, y mientras no te cases con él...

—¡Oh! ¡No se trata de eso! Un hombre como el señor Passepoil no va á quererme á mí. Ni me ha hablado siquiera.

—¡Ah, bah! No te quemes la sangre, chiquilla. ¡Ya te hablará! He leído en tu mano que llegarás á ser su esposa.

Maturina casi se desmayó de felicidad.

—¿Pronto?

—¡Oh! Eso sí que no lo sé. Vamos; ¿aceptas?

—Sí; y os lo agradezco muy de veras. Al entrar aquí no creí encontrar tan buena mujer.

—Perfectamente. Déjame arreglar tus cosas, y sobre todo no digas á nadie palabra, y menos á él, de lo que hemos convenido.



Déjame arreglar las cosas, y sobre todo no digas á nadie palabra, y menos á él...

Continuaron charlando durante más de una hora, hasta que el normando entreabrió un ojo, y no tardó en abrir todo lo que podía los dos al distinguir á Maturina, que le contemplaba como en éxtasis. El sueño había reparado sus fuerzas y se sentía completamente bien, aunque con alguna pesadez de cabeza. Se apresuró á incorporarse, y miró en derredor suyo con la boca abierta.

—¡Calle! ¿Continúo en la *Cueva Hedionda*?

—No, señor Passepoil—balbuceó la moza estremeciéndose de emoción;—y no es culpa mía, porque bien os supliqué una y otra vez que no saliérais. Sin embargo, quizás valga más que estéis aquí.

—Seguramente—repuso la vieja:—aquí nadie vendrá á buscaros. Y si estáis en salvo, debéis agradecersele á esta hermosa, sin la cual hubierais entregado el alma á Dios al berde del albañal, y las ratas os habrían devorado.

—¿El albañal?...—preguntó él pasándose la mano por la frente.—¡No me acuerdo! ¡Ah, sí! ¡Gendry, el *Ballena*, esos bandidos!

—Por fortuna, no consiguieron mataros, señor Passepoil.

Éste se incorporó de nuevo y lanzó un grito.

—¡Cocardasse! ¿Qué es de Cocardasse?

Maturina bajó la cabeza y guardó silencio.

—¡Canallas! ¡Miserables!—aulló el diestro. ¡Los bellacos le han matado! ¡Cocardasse! ¡Mi amigo! ¡Mi hermano!

—¡Vaya! ¡Nada de burradas!—interrumpió la vieja con tono áspero y autoritario.—Probablemente, se habrá salvado por sí solo. En vez de lamentaros, más os valdría dar las gracias á esta brava moza, que tantos esfuerzos ha tenido que hacer por salvaros. Que os cuente ella misma el suceso, y ya veréis. Yo os dejo para ir á buscar agua y pan. Soy pobre, y, por lo tanto, no esperéis regalaros con la comida que voy á ofrecer.

Y la inquilina cogió un cántaro desportillado—todos los cacharros y utensilios de aquella casa estaban más ó menos inválidos por vejez vetusta—y se fué, haciendo sonar sus sandalias, y dejando mano á mano á los dos normandos.

En cuanto salió empezó la joven su relato, sentada á medias en el catre y abandonando una mano al galán, que la oía embobado: sus palabras sencillas y sinceras le hacían el efecto de un bálsamo maravilloso. Contemplando á Maturina olvidábase de cuantas mujeres había conocido, y se convencía de que no habla amado de veras hasta entonces. Por más que ella, tan modesta como amante, onitió buena parte

de lo que había hecho, la admiración de Amable era enorme.

—¿Eso habéis hecho por mí, por el pobre Passepoil, á quien no ¿conociáis? ¡Oh Maturina! ¡Mi brazo, mi espada, mi vida os pertenecen! En el mundo entero no hay más que dos seres que compartan eso con vos: Lagardère y Cocar!...

Al acordarse de su compañero de armas se oprimió la garganta y se contrajo su rostro. No acertó á pronunciar entero el nombre. Tras un momento de dolor, en que se le humedecieron los ojos, se dominó en parte y prosiguió:

—Desgraciadamente, no... ¡Mi hermano, mi noble amigo no existe! ¡Ah!... ¡Á vos, Maturina, no os olvidaré nunca! ¡Os amo!

El amor le tornó elocuente, y en breve los corazones de ambos palpitaban dulcemente á impulsos de la felicidad y la esperanza; la vieja volvía, y exclamó desde la puerta:

—¡Hola, corderitos! Es muy hermoso amar se; pero es necesario que nuestro herido piera se en levantarse y en buscar á su amigo. ¡Eal! Cuando le encontréis vendréis juntos á preguntarme noticias de Maturina. Mientras tanto, ahí tenéis vuestros vestidos secos. Ven, muchacha, para que se vista.

Comieron. La normanda quiso devolver á

su amado el dinero que sacó del bolsillo á la *Bizca*, pero el diestro exigió que lo guardara para sí.

Un cuarto de hora después tomaba el camino del palacio de Nevers, y la felicidad que sentía le hacía casi no pensar en su amigo.

El gascón se paseaba precisamente por el patio jurando y maldiciendo, muy enojado consigo mismo por no poder llorar. Cuando los dos antiguos amigos halláronse cara á cara quedaron por un momento estupefactos: por poco caen de espaldas, como si recíprocamente se considerasen espectros. Al fin, con precisión y espontaneidad admirables se acercaron y se abrazaron.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Te había creído muerto, pichón.

—Yo tampoco creí volver á verte. ¿Quién te ha salvado?

—¡Cocardasse se basta para salvar á Cocardasse! ¿Y á ti, pequeño?

—¡Una mujer, mi noble amigo! ¡Un ángel á quien amaré hasta morir!

—¡Tunante de Passepoill! ¡Siempre encuentra alguna mujer!

—¡Siempre, mi noble amigo! ¡Es tan agradable deber la vida á una mujer que le ama á uno!

—¡Bah! ¡Ríete de eso. Después del vino, no hay cosa como la amistad!

No mataron el mejor de los terneros para celebrar la vuelta de Passepoil; pero todos en el palacio se alegraron muchísimo de volver á ver al que por testimonio de Cocardasse consideraban muerto.

Aquella misma tarde, impaciente por echarse á los pies de su adorada, arrastró al gascón á la choza de la vieja, la cual estaba sola en su domicilio. Júzguese del asombro del normando.

—Maturina se ha ido una hora después que vos, sin decirme adónde iba. Quizás la encontréis cualquier día por las calles de París.

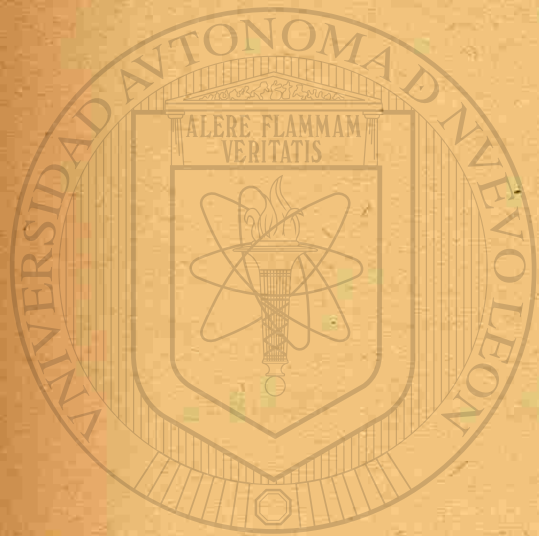
Mucho tiempo había de pasar antes de tal encuentro; pero sólo las montañas no se encuentran.

TERCERA PARTE

EL MIEDO A LAS JOROBAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

I

Proyecto atrevido.

Si consideramos el comportamiento de Inglaterra en todos tiempos, comprenderemos que había de ser hospitalaria con un bandido como Felipe de Mantúa.

Gonzaga se había contentado con asesinar á Felipe de Nevers, y su ilusión más cara hubiérase realizado á haberse apoderado de su fortuna. La Gran Bretaña comenzó con Cromwell la larga serie de atentados, muertes, engaños, fraudes y rapiñas que forman su ley desde entonces: testigos, el Canadá, Malta, las Indias, Gibraltar, Irlanda y demás. Los lobos no se comen entre sí, dice el proverbio: quizás; pero morderse, si se muerden.

La llegada á Londres de aquel Príncipe que tal vez iba á meterse en los bolsillos algunas migajas del oro francés que pasó el Canal de la Mancha, fué muy mal acogida.

Law había ahogado al Banco de Francia en provecho de Inglaterra, que no estaba dispuesta á devolver lo más mínimo. Cuando quiso presentarse en la corte le puso el veto el primer ministro Roberto Walpole, cuya principal preocupación era alejar de Jorge I todas las intrigas, sobre todo las que hubieran podido traer complicaciones con la corte de Francia.

Gonzaga quiso incomodarse, y Walpole le hizo entender que no sólo carecía de derecho para hablar alto sino que si no callaba, le obligarían á dirigir sus pasos á regiones más lejanas. Desde aquel día fué tan vigilado, que pronto cogió horror á las nieblas británicas.

Su estrella paledecía más y más; pero si se lo confesaba á sí mismo dejarlo por nada quería ver á sus enrodados. Sólo Peyrolles lo comprendía pues igualaba á su amo en astucia, mala intención y perfidia. Una noche que aquel parecía más sombrío al factótum le dijo:

—Monseñor, creo que hemos errado el camino. Aquí no hay más que nieblas, y acabaremos por no ver bien ni en nuestro juego.

—Creo lo mismo; pero una vez que hemos realizado el viaje, debemos obligar á la fortuna á que nos busque, pues sería indigno de mí peregrinar tras ella mástiempo. Mi principio es, y también la probabilidad más segura de la victoria, que hay que obligar á los

hombres y las cosas á doblegarse á nuestra voluntad.

—Es algo que no podemos conseguir desde hace bastante tiempo, monseñor.

—¡Peste con tus objeciones! Si para empezar no podemos hacer primeros papeles, contentémonos con los segundos.

—Para eso hacen falta energías, y no somos más que dos. Los demás...

—Los demás están encadenados á mí y no son nada sin mí; adonde yo vaya irán. De otro modo, ¿qué sería de ellos? ¿Qué harían? Son muñecos que dirijo con la mano. Si los dejo ¿qué harían?

El mayordomo movió la cabeza dubitativamente.

—Monseñor podía preguntárselo á ellos. Mi opinión es que ya no están sujetos á Monseñor más que por un hilo, como los *papazis* de que hablabais ahora mismo.

—Pues bueno; que lo rompan.

—Mejor sería doblarlo, reforzarlo...

—Con oro; ¿verdad? ¡No lo han ganado!

—Que lo ganen. Pero no, á la sazón nos hace falta tanto oro como audacia.

—¡Oh, oh maese Peyrolles ¡Páreceme muy atrevido en teoría; en la práctica no suele serlo tanto.

—Uno mismo no puede hacerlo todo, y no

veo inconveniente alguno en dejar que los otros sean los brazos cuando yo tengo empeño en ser la cabeza, después de Monseñor.

—Me parece que en este momento todos querriais serlo antes de mí.

—Una vez no haría regla, y creo que todos quedarían contentos.

—¡Oh!—gruñó el Príncipe picado.—¿Qué significa todo eso, maese Peyrolles?

Y miró á su factótum; pero le vió en actitud tan humilde, que prosiguió más amablemente.

—Bueno; no hacen falta tantos circunloquios para manifestar tu proyecto, si tienes alguno. Habla pronto, y sobre todo habla bien y claro.

—¿Pronto? No tenemos prisa. Bien y claro, sí; necesitamos irnos de aquí...

—Á Italia; ¿verdad? ¡Á otro perro con ese hueso! En ese país no tenemos nada que hacer. Todo está ya hecho.

—¿Quién habló de Italia?

—¿Holanda, entonces? No es tan mala la idea, y merece examen. En esas ciudades burguesas podríamos hacer negocio, quizás.

—Estáis á cien leguas de mi pensamiento, Monseñor.

—¡Que diablos! ¡Di pues, de una vez, adónde quieres que vayamos, y acabemos!

Peyrolles se cruzó de brazos, irguió su gran cuerpo flaco sobre sus piernas, más flacas aún, y mirando audazmente á su amo silbó, más que pronunció, estas palabras:

—Á Francia, sencillamente.

El Príncipe miró asombrado á su mayordomo.

—¡Pardiez!—replicó al cabo de un momento—¡Vaya una idea estúpida! ¿Quieres que antes de ocho días nos viéramos obligados á ir á reflexionar, yo en la Bastilla, tú en el Grand Chalet, acerca de los peligros de dejar las riberas del Támesis para trasladarse á las del Sena?

—La Bastilla no se ha echo para Monseñor ni el Grand Chalet para mí. Sólo los necios se dejan encerrar. Apuesto á que paso durante diez años por las puertas de uno y otro sin que nadie al verme sospeche que mejor estaría dentro que fuera.

—Me gustaría conocer el medio.

—Consiste en pasar inadvertidos, en no ir pregonando á los cuatro vientos nuestro nombre ni nuestra jerarquía.

—Lo que equivale á decir que tendremos que escondernos en cualquier zaquizamí, no salir más que por las noches, y esquivar con cuidado el encuentro con el teniente de policía y sus gentes.

—Nada de eso, Monseñor. Hay en París mul-

titud de buenos burgueses que se pasean al sol, y nadie nos impide ser de ese número. El príncipe de Mantúa puede perfectamente tener sesenta años y vender paño por varas, así como su fiel servidor puede aparentar veinte y ser una especie de sacamuelas, un charlatán callejero vendedor de drogas.

Felipe de Mantúa soltó una carcajada.

—Sería impagable si no te forjaras ilusiones. Tu proyecto es irrealizable. Nunca te oí disparatar así.

—Esta bien—replicó Peyrolles sin poder ocultar del todo su malhumor.—Esperé que mi proyecto sería maduramente estudiado y recibiría mejor acogida. Quedémonos. Cuando no tenga cosa mejor que hacer, Lagardère vendrá á reunirse con nosotros.

—¡Voto á cribas! ¿Qué dices?

—Á menos que vayamos á aguardarle á Holanda—añadió con ironía.

Por una vez que se sentía más fuerte y más audaz que su amo, no tenía intención de retroceder. Mientras elaboraba su plan recurrió á todo su maquiavelismo, á todo su ingenio, pesando el pró y el contra, distribuyendo los papeles, fijando día, y casi hasta las horas y los lugares donde debían operar. Y encariñado con su proyecto se rebelaba ante la idea de haber discurrido en vano, decidido á atreverse á

todo, incluso á provocar la cólera de Gonzaga, para que fuese tomado en consideración su pensamiento.

Con la cabeza baja y la espalda encorvada recorrió varias veces la estancia á grandes pasos, y fué á sentarse en un sillón frente á su amo, cruzando las piernas. Era una insolencia, pues el Príncipe no le había permitido nunca semejante familiaridad. En cualquiera otra ocasión aquel acto de descaro le hubiera valido una áspera amonestación; pero entonces, por el contrario, su aspecto hizo reflexionar á Gonzaga que quizás su tactótum tenía razón.

—¿Crees que Gendry y los otros permanezcan inactivos?

—De nada sirve lanzar la muta si los cazadores no están cerca para alentarla con su halali. Gendry y el *Ballena* son buenos perros para ladrar fuerte y hacerse matar mordiendo las piernas de la fiera; pero nada más.

—Tienen interés en ganar su dinero.

—Sí; pero no desean arriesgar el pellejo. Están dispuestos á herir por la espalda; pero si no tienen ocasión, ¿qué van á hacer? Á lo menos, cuando está uno presente y los azuza... Pero ya sabe Monseñor que no hay nada que se haga bien cuando no lo hace uno por sí mismo.

Peyrolles olvidaba que varias veces habían tenido ocasión de acabar con el Jorobado, y le

dejaron escapar; mas la jactancia es libre, y el mayordomo, que nunca razonaba así ante el peligro, podía enardecer en aquel momento y excitar los ánimos. Lagardère no estaba presente. Para pegar fuego á la mecha se levantó, y plantándose ante su señor en actitud teatral exclamó:

—¿No pensáis que Lagardère puede casarse cuando quiera con Aurora de Nevers?

Felipe de Mantua se sobresaltó.

—¿Y qué nos prueba que no haya sucedido así mientras perdemos el tiempo en querer forzar puertas que se resisten, y tras de las cuales en todo caso sólo encontraríamos malos huesos que roer?

—¿Crees que Lagardère haya vuelto á Paris?

—¿Y que ha de haber hecho, puesto que le hemos dejado el campo libre?

—¡Vive Dios! ¡Tienes razón, Peyrolles, y me asombra que no se me haya ocurrido! Es que apuntaba más alto, y muchas veces al enfrasarse en combinaciones muy delicadas arriesga uno llegar sobrado tarde al fin que se propone. ¿Cómo haremos para no ser reconocidos en Paris?

—Nos disfrazaremos.

—Eso es lo que repugno: tener que ocultarme allí donde siempre fui por doquiera

con la cabeza erguida, y donde todo el mundo al verme pasar decia: «Es Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga, el más poderoso señor de Francia después del Regente...», y tal vez antes que él.»

—No es tiempo de orgullos, Monseñor, sino de acción.

—No, si tu proyecto me place, Peyrolles. Lagardère desconfiará menos de la daga oculta bajo el corpiño de un mercader que de la espada pendiente del cinto de un caballero. ¡Por el Diablo, no por eso la daga hará peor su oficio!

—Vuestra futura fortuna es lo que se juega.

—Y la tuya también, y la de los otros. Ve á buscarlos para comunicarles la buena nueva.

El factótum cumplió celosamente la orden, y los enrodados entraron en el gabinete del Príncipe, adivinando al ver su semblante radiante de jubilo que se preparaba algo bueno de lo cual iban á ser partícipes.

La frente del mayordomo, de ordinario surcada por la arruga de la inquietud y el recelo, iluminábase como la de su amo, pues tenía en aquel momento la conciencia de su valor y de la buena colocación que habia hecho para el día en que sonriera de nuevo la fortuna al que tenía en su mano la de todos ellos.

En cuanto á Gonzaga, prescindiendo del aspecto altanero que no abandonaba nunca, frotábase ufano las manos, y estimulado por su factótum, no comprendía cómo pudo detenerse unos días en proseguir la realización de sus propósitos. Estaba dispuesto á recobrar, con su audacia peculiar, el tiempo perdido.

—Señores—dijo á sus acólitos,—¿no creéis que es muy aburrida la sombra de la torre de Westminster?

—¡Por Judas!—respondió Montaubert.—Puedo vanagloriarme de no haber tenido una idea alegre desde que estoy aquí.

—Si hubiera de durar—añadió Nocé,—creo que sería conveniente pensar en hacernos ermitaños para distraernos algo.

Todos los demás expusieron también sucesivamente su opinión con idéntica unanimidad contra la permanencia en Inglaterra.

—Tranquilizaos, señores. Este país es demasiado húmedo, y las espadas se enmohecen. Adivinad adónde os llevo.

—¿Volvemos á España?—preguntó Nocé.—Echo mucho de menos su hermoso cielo y sus mujeres.

—No; hemos hecho cuánto teníamos que hacer en España.

—¿Á Venecia?—preguntó Oriol, que no co-

noía Italia, y á quien le hubiera agradado dar por allá una vuelta.

—¿Para qué?—contestó el Príncipe con ironía.—¿Quieres buscar á tus antepasados en la galería de los dux?

—¿Á los Países Bajos?—preguntó á su vez Montaubert.

—Ó á Alemania—dijo el Baron, á quien agradaba poco el regreso á su patria, en la cual dejara malos recuerdos.—No me parece diestro.

Todos los países conocidos fueron pronunciados. Gonzaga reía.

—¡Sois pobres adivinos! Preguntad á Peyrolles.

Se sabe que los enrodados detestaban al factótum, y les desagradó que fuese, en cierto modo, árbitro de su destino. Nadie, pues, le interrogó, á no ser con la vista. Peyrolles quiso gozar con la superioridad de su plan, y excitó su curiosidad durante varios minutos.

—¿Os es por ventura indiferente el punto, señores? Porque veo que nadie tiene curiosidad de conocerlo desde que soy yo quien ha de decíroslo.

Un silencio glacial le demostró lo que ya sospechaba, y el rictus sardónico peculiar de su faz se marcó con toda su fealdad. Cruzó las manos por la espalda y dijo friamente:

—Esta noche misma, caballeros, nos vamos á París.

—¡Nos ha insultado el Regente!—no pudo menos de exclamar Oriol.

Gonzaga se encogió de hombros.

—Te aconsejo que en cuanto lleguemos vayas á darle las gracias, si quieres podrirte en un calabozo. Felipe de Orleans continúa queiriéndonos tanto, que está resuelto á indultarnos... en cuanto estemos en el otro mundo.

Todos al pronto participaron de la opinión de Oriol. Los semblantes de los enrodados, que se habían iluminado con una sonrisa, palidieron. Felipe de Mantua los envolvió en una mirada desdeñosa y dijo:

—¿Qué? ¿No os sentís de talla bastante para pasearos en las narices de la policía? El Regente se divierte; Machault nos cree lejos y no se acuerda de nosotros. Cuando los gatos duermen, los ratones se regocijan.

El chistecito no hizo efecto. Felipe continuó tras breve pausa, en la cual gozó con su estu-
por.

—Vamos á regocijarnos, teniendo cuidado de ponernos fuera del alcance de las uñas de nuestros enemigos. ¿Qué? ¿No os agrada la idea, caballeros?

—Arriesgamos la cabeza—murmuró Nocé.

—Cuenta tuya es cuidarla. La mía creo que vale tanto como la tuya, y no temo por ella.

—No habremos pasado las murallas, cuando seremos denunciados y detenidos —dijo Montaubert.—Una banda como la nuestra no puede compararse á las ratas, porque no puede pasar por donde pasan ellas.

—Y, sin embargo, así lo haremos. Hay que jugar á quién es más listo; y cuando nos hayamos reunido, no será para orgias con actrices de la Ópera ni para asistir á los holgorios del Regente. Bajaremos á la bodega, señores, y no para beber.

El gordo Oriol y varios como él estimaban que la vida en un rincón, ocultos como roedores, era una prespectiva exenta de todo agrado. Su cara se alargó una vara, y hubieran preferido que Gonzaga les mandara descolgar la Luna.

—¿No tiene encantos para vosotros la orilla del Sena? ¡Voto á Sanes! No hemos jugado aún sino la mitad de la partida, y Lagardère tenía todos los triunfos. Enseñamos tontamente las cartas. ¡Hay que barajar de nuevo!

—El juego será peligroso —murmuró Nocé.

—Convenido. Quizás quede alguna mano clavada en la mesa. ¿Qué importa? Con tal que quede un jugador para hacer saltar la banca y

el Jorobado sucumba la mañana misma en que se disponga á llevar su novia al altar...

Por broma, Felipe de Mantua los daba por sacrificados: desde luego lo comprendieron así vagamente. Pero no les agradaba lo más mínimo reanudar la lucha con Lagardère en pleno París, donde ellos no podían entrar, y donde Chaverny podía operar á la luz del día. Nadie entonces se quejaba de las nieblas del Támesis.

—Esta noche, señores—acabó Gonzaga, despidiéndolos con gesto soberano,—si tenéis que despediros de alguien, aprovechad el tiempo. Quizás más de uno de vosotros no vuelva á Londres. ¡Ah! ¡Me olvidaba! No admito detecciones. El que no está conmigo está contra mí. Ahora bien; mi opinión firmísima es que para caminar tranquilamente hacia adelante no debe quedarse nada atrás. Un amigo dudoso es peor que un enemigo, y... Ved lo que haré.

Un gesto enérgico acabó su pensamiento.

Los enrodados se retiraron con la cabeza baja, como rebaño de carneros que se conduce al matadero.

—¿Bailan? Luego pagarán—decía Mazarino.

Felipe de Mantua tenía respecto á sus enrodados un razonamiento casi igual. Cuando se fueron dijo:

—No hay más que dos medios de sujetar-

los: el oro y el terror. ¿Tiemblan? Pues se batarán. Mientras la amenaza de Lagardère se alce ante ellos se agruparán á mi lado, y el miedo los hará valientes.

II.

Mascarada.

Una hora después Peyrolles vagaba por los barrios bajos de la ciudad, seguido de un criado que llevaba al hombro un paquete bastante voluminoso. El factótum de Gonzaga se detenía en todas las prenderías y ropavejerías, en las tiendas donde se vendía calzado, sombreros, armas, objetos de tocador y de cocina, alhajas verdaderas y falsas. Los mercaderes eran por lo común viejos judíos, asquerosos, sucios y con manos como garras.

Se detuvo ante un bazar en el cual se veían babuchas argelinas y botas de mosquetero, cotas de malla junto á vestidos de baile, arcabuces y jeringas, balas y vajilla de China, uniformes de guardias francesas, de lansquenets, cascos de ligeros, pelucas, panderetas, castañuelas, mallas noruegas de pescar y trusas

el Jorobado sucumba la mañana misma en que se disponga á llevar su novia al altar...

Por broma, Felipe de Mantua los daba por sacrificados: desde luego lo comprendieron así vagamente. Pero no les agradaba lo más mínimo reanudar la lucha con Lagardère en pleno París, donde ellos no podían entrar, y donde Chaverny podía operar á la luz del día. Nadie entonces se quejaba de las nieblas del Támesis.

—Esta noche, señores—acabó Gonzaga, despidiéndolos con gesto soberano,—si tenéis que despediros de alguien, aprovechad el tiempo. Quizás más de uno de vosotros no vuelva á Londres. ¡Ah! ¡Me olvidaba! No admito detecciones. El que no está conmigo está contra mí. Ahora bien; mi opinión firmísima es que para caminar tranquilamente hacia adelante no debe quedarse nada atrás. Un amigo dudoso es peor que un enemigo, y... Ved lo que haré.

Un gesto enérgico acabó su pensamiento.

Los enrodados se retiraron con la cabeza baja, como rebaño de carneros que se conduce al matadero.

—¿Bailan? Luego pagarán—decía Mazarino.

Felipe de Mantua tenía respecto á sus enrodados un razonamiento casi igual. Cuando se fueron dijo:

—No hay más que dos medios de sujetar-

los: el oro y el terror. ¿Tiemblan? Pues se batarán. Mientras la amenaza de Lagardère se alce ante ellos se agruparán á mi lado, y el miedo los hará valientes.

II.

Mascarada.

Una hora después Peyrolles vagaba por los barrios bajos de la ciudad, seguido de un criado que llevaba al hombro un paquete bastante voluminoso. El factótum de Gonzaga se detenía en todas las prenderías y ropavejerías, en las tiendas donde se vendía calzado, sombreros, armas, objetos de tocador y de cocina, alhajas verdaderas y falsas. Los mercaderes eran por lo común viejos judíos, asquerosos, sucios y con manos como garras.

Se detuvo ante un bazar en el cual se veían babuchas argelinas y botas de mosquetero, cotas de malla junto á vestidos de baile, arcabuces y jeringas, balas y vajilla de China, uniformes de guardias francesas, de lansquenets, cascos de ligeros, pelucas, panderetas, castañuelas, mallas noruegas de pescar y trusas

del siglo anterior; un montón de objetos heterogéneos, de todas clases, de todas las procedencias, de todas las épocas y de todos los países.

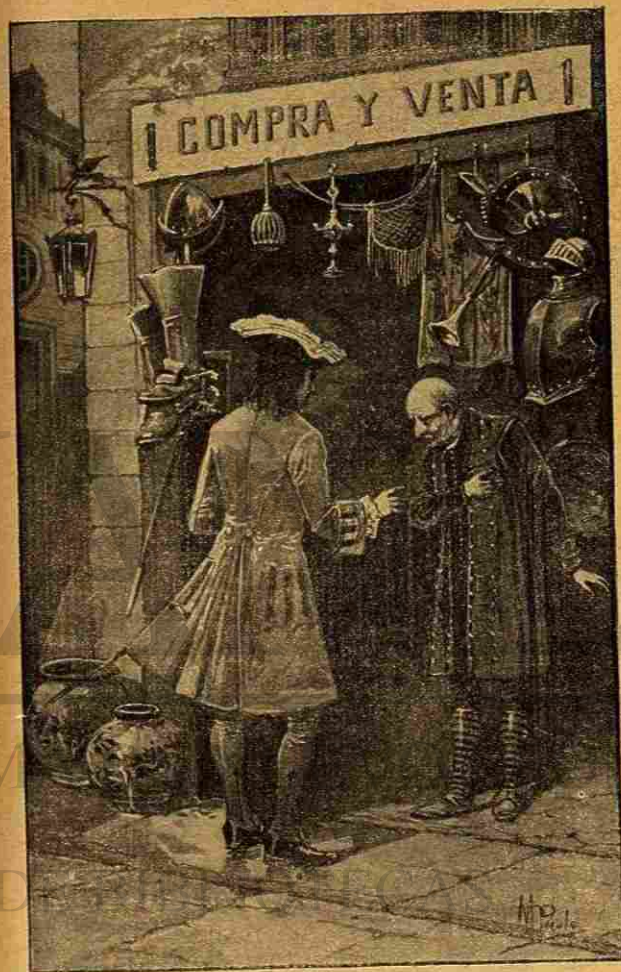
Al verle entrar un judío pequeño, viejo y apergaminado, el dueño de la tienda, acudió obsequioso y se dobló por la cintura para saludarle, enseñándole su cráneo pulido y reluciente, sin un solo cabello, y con su boca desdentada ofreció al *caballero* sus servicios.

—¿Qué necesita monseñor? Tengo coletos, vestidos de baile, armas de precio, alhajas de oro y plata. Todo es nuevo ó casi nuevo, excepto lo antiguo, naturalmente: todo limpio, reluciente y barato; muy barato, casi de balde. Aquí viene á surtirse Su Majestad, que Jehová guarde, cuando desea algo raro y bueno, de verdadero mérito, y también los lores y los embajadores. Vuestra Señoría lo sabe bien, y por eso me honra...

—¿Queréis hacerme el favor de callar?— dijo bruscamente Peyrolles, á quien la locuacidad del mercader excitaba los nervios y le daban ganas de emprenderla á bastonazos.

Pero reflexionó que cada palo que le diese el judío lo cargaría en cuenta, y se contuvo.

—¡Basta de pláticas! Te equivocas acerca de mi calidad. Sólo necesito algunos vestidos



¿Qué necesita, monseñor?

para algunos actores de mi compañía, y quizás los encuentre en tu casa.

A pícaro, pícaro y medio. El factótum lo creyó así á lo menos; pero no contó con la huésped. El israelita no necesitaba mirar dos veces á una persona para conocer su jerarquía. Sin embargo, creyó que la mentira del mayordomo era de buena ley y se calló, fingiendo creerlo.

—¿Tienes hábitos de peregrinos?

—¡Por Moisés! ¡No he de tenerlos! Ved. Éste lo llevó milor el duque de Buckingham, que lo trajo de Francia después de una peregrinación que hizo allá.

—¿Buckingham en peregrinación? ¡Á otro perro con ese hueso!

Sin embargo, os aseguro que es cierto. Fué poco después del famoso suceso de los herretes de la Reina.

—¡Basta de mentiras! Necesito dos hábitos de peregrinos; pero no compro lo que hayan tenido dentro. Poco me importa que los hayan llevado Buckingham ó quien sea, y á los que han de ponérselo les importa menos. ¿Cuánto cuestan?

Si el mercader renunció á discutir la autenticidad de los hábitos, no renunciaba á sacar por ellos el cuádruple de lo que valían. Después de mucho regateo los adquirió, y fueron

á reunirse en el paquete con los demás objetos que llevaba el mozo.

—No es esto todo. Necesito dos vestidos de comerciantes ricos de Amsterdam; pero dudo que puedas proporcionármelos.

—Si no lo halláis en mi casa—insinuó el hebreo con una sonrisa,—sería inútil que los buscáseis en otra parte. No hay cosa alguna que no pueda proporcionaros.

Así diciendo le guió á través de un dedalo de objetos variadísimos hasta el fondo del almacén, y llevando en la mano un quinqué que exhalaba sofocante olor á aceite rancio, abrió un arcón donde había muchos vestidos de paño fino guarnecidos de pieles. Peyrolles se puso sobre sus vestidos un gabán de aquéllos, se encasquetó un gorro forrado de piel, y se miró en un espejo de acero que vió al lado. Estaba desconocido.

Los dos bribones, el judío y Peyrolles, se separaron igualmente satisfechos uno de otro. Sólo el mozo no estaba tan satisfecho, encorvado bajo el peso del paquete, y fué necesario que el mayordomo de Gonzaga le prometiera una buena propina para hacerle llegar hasta su domicilio.

Ya se habrá adivinado á qué objeto destinaba el factótum aquellos disfraces.

Los trajes de mercaderes holandeses eran

para el Príncipe y para él; los demás, para los enrodados. Pero como no se había cuidado de consultarlos, no dejaba de preocuparle el caso de que el papel que quería hacer representar á alguno de ellos no fuera de su agrado.

Queriendo dar ejemplo, se dirigió á su habitación, y una vez que se hubo endosado su disfraz hizo llevar á la de su amo los demás trajes y se presentó á él disfrazado. Gonzaga acogió su presencia con una carcajada homérica.

Con afeites hizo desaparecer las arrugas de su rostro, y en rigor, así parecía tener veinte años menos. Muy ufano con su triunfo, dejó que le admirara su señor, y le invitó á vestirse.

—Ahora os toca á vos. Yo me he rejuvenecido, y á vos os envejeceré, Monseñor. ¡El Diablo me lleve si no damos el camelo al buen pueblo de París y no nos hace una ovación por ir desde tan lejos á comprar á la feria de San Germán!

—¡Pardiez! No eres siempre agradable, Peyrolles; pero hoy no puedo ocultarte mi satisfacción. Hagamos bien nuestros negocios, y no olvidemos que nuestra bancarrota no es de las que se solventan con dinero.

Inútil es decir que el factótum había escogido para su amo el traje más rico que tenía el judío: parecía nuevo y flamante. Un largo puñal

damasquinado, sujeto por una cadena de oro que rodeaba su cuello, pendía del cinto. Nada más fácil que disimular otras armas defensivas bajo el amplio vestido.

—¡Voto á Sanes!—exclamó el Príncipe, que se había dejado disfrazar dócilmente.— ¡Hemos convertidos en embajadores! ¡No me extrañaría que cualquier noche el Regente nos invitase á una de sus orgías, en las cuales no haríamos tan mal papel!

—No me agradaría. Á bien que nos mantendremos alejados de él, y valdrá más.

—¿Y éstos? Me figuro que no vas á disfrazarnos á todos lo mismo.

—Hubiera sido muy estúpido. Lo que temo es que á alguno de ellos no le agrade mi elección.

—¡Quisiera verlo! ¡No faltaría más! Cuanta más variedad haya, menos riesgos corremos. Hazlos llamar, y les distribuiremos trajes y papeles. Será un ensayo general á puerta cerrada. En París daremos las funciones.

Los enrodados se quedaron con la boca abierta ante Gonzaga y Peyrolles. Si no les hubieran hablado, no los habrían conocido.

—Señores—dijo el Príncipe,—antes, cuando os convidaba á un baile de máscaras, los disfraces eran sólo para una noche. Ignoro lo que durará esta mascarada, cuya originali-

dad consiste en la flacura de nuestras parejas.

— ¡Dios de Dios!—exclamó el alemán.—
¿Vamos á tener parejas?

—Si, nuestras espadas; y confío en que los acordes de la orquesta los formen los estertores de los agonizantes, porque la comedia que vamos á representar acabará en tragedia.

¡Ay! Así opinaban también los enrodados. Y el montón de disfraces que estaba en un lado de la estancia y que tenían que ponerse, no era muy tranquilizador.

—Para nuestro propósito—indicó Peyrolles—no es conveniente ir aislados, ni menos en grupos: debemos, pues, dividirnos por parejas. No os sorprenda, pues, en qué vais á convertirnos vosotros, los gentileshombres, para que no os quede de vuestra clase más que la dignidad y el valor.

En aquel instante los dominaba la curiosidad. Aquellos misteriosos preparativos los inquietaban vagamente. Como no les permitían discutir, hacían á mal tiempo buena cara aguardando órdenes. Peyrolles fué á asegurarse de que los lacayos no escuchaban, cerró las puertas, y con el tono de quien obedece á un superior comenzó diciendo:

—Ved lo que ha decidido Monseñor:

—Y no creo—interrumpió éste—que opon-

gáis la menor objeción. Conocéis al adversario y lo que se juega; vuestro juego está estrechamente ligado al mío, y comprenderéis que hay que ganar la partida á toda costa.

Los seis hombres aprobaron con una inclinación de cabeza. Gonzaga hizo seña á su mayordomo para que continuara.

—Dentro de un momento vamos á irnos de dos en dos de esta casa, y mañana á la noche nos reuniremos en la bahía de Douvres. De allí iremos á París. Sería una necedad llegar juntos, y ni aun el mismo día. Monseñor y yo llegaremos los primeros, y vosotros nos seguiréis por parejas y escalonados. Los señores de Batz y Oriol llegarán los últimos.

—Muy bien—dijo el Príncipe.—Oriol siempre tendrá tiempo de cometer alguna torpeza.

El gordo negociante no protestó, aunque se le pasaron buenas ganas de hacerlo, y Peyrolles prosiguió:

—Los señores Montaubert y Taranne desembarcarán en Cherburgo; los señores Nocé y Lavallade, en el Havre; los últimos, en Brest; Monseñor y yo en... Pero esto no os importa. Os basta saber que mañana encontréis en Douvres los barcos que os llevarán á vuestro destino. En cuanto hayáis puesto el pie en suelo

francés cada cual tendrá que defender su vida y será responsable de sus actos.

—¿Qué opináis de eso, caballeros?—preguntó Gonzaga.

—Hasta ahora—declaró Montaubert, que era el más audaz de los enrodados—no veo dificultad alguna. La cuestión estriba en cómo entraremos en París sin que nos conozcan.

Peyrolles sonrió con aquella sonrisa suya que crispaba los nervios de todos.

—¡Paciencia!—dijo; y llegándose al montón de disfraces, buscó los de peregrinos: hábitos, sombreros, bordones, &c.—Éstos son para el Barón y para Oriol, que regresarán de una peregrinación á Santa Ana de Auray, y que durante todo el camino tienen que santiguarse ante todas las cruces y capillas que encuentren á su paso, y mendigar en todas las plazas.

—Mendigar—objeto el alemán en su jerga—no es difícil; pero los paternoster... ¿Cómo diablos podré decirlos?

—¡Bah!—replicó Gonzaga riendo.—Hablas en tu idioma, y nadie te comprenderá.

Los dos hombres se doblegaron.

—Debajo podéis ir armados de dagas, y aun de espada; pero tratad de que no os las vean, señores.

Se vistieron. Oriol tenía con el disfraz una cara tan lamentable, que todos rieron.

—Danos la bendición, Oriol—suplicó irónicamente Nocé,—y no olvides que debes perdonar las injurias.

—No os burléis—ordenó el Príncipe—antes de saber en qué vais á convertirnos vosotros. Diselo, Peyrolles.

—Los señores Nocé y Lavallade serán dos excelentes saltimbanquis, y aquí tienen sus trajes completos.

Lavallade hizo un gesto. Mercader ó peregrino podían serlo en rigor; pero el papel de juglar, que se le asignaba hería su dignidad aristocrática. Nocé ya no reía al escuchar la risita burlona de Oriol. No le agradaba el traje de arlequín.

—Mercader—gruñó,—¿no podías hallar nada mejor para dos gentileshombres que esos vestidos, buenos, á lo más, para gentecilla de tu calaña?

Pero á pesar del insultante apóstrofe, tanto él como Lavallade se endosaron el disfraz de saltimbanquis. Bastó para ello una simple mirada de Gonzaga.

Montaubert y Taranne se miraban ansiosos. ¿Qué grotesco papel les asignarían? Los disfraces que había esparcidos en el suelo no eran nada tranquilizadores.

—¿Y nosotros?—preguntó el primero.

Peyrolles tenía conciencia de que le faltaba

el rabo por desollar. Temía á Montaubert, que nunca se había doblegado ante él, y sus protestas, que preveía, le hacían sospechar que podría recibir alguna amonestación nada grata. Ocultó su ironía tomando un tono meloso y adulator.

—Los señores Montaubert y Taranne— dijo— son los más fuertes, valerosos y audaces.

—¡Lo que estás maquinando, vibora, debe de ser muy negro!—gruñó Montaubert entre dientes.

—Necesitáis un papel en consonancia con vuestra energía y vuestra audacia—insistió el mayordomo, esforzándose en dorar la pildora, —y creo haberlo encontrado convirtiéndoos en gitanos españoles, bohémios. Aquí estan vuestros trajes. Pero aún os falta un compañero no menos temible que vosotros mismos.

Por desgracia, ni uno ni otro eran muy sensibles á aquellos manejos adultores, pues desconfiaban de la hipocresía del antipático mayordomo.

—¿De qué se trata?—preguntó Taranne.

—He tratado en vano de comprar un oso vivo: no lo he hallado en Londres; pero es casi seguro que podremos adquirirlo en Douvres; ó si no, vosotros lo compraréis en Cherburgo.

Dijo todo esto con su voz mas dulce, despacio, desconfiando mucho del efecto que iba

á producir. Al levantar los ojos y ver el semblante de Montaubert, cuya exasperación llegaba al paroxismo, se estremeció.

—Inútil es buscar tan lejos: si hemos de exhibir por ahí un oso, queremos que sea Peyrolles.

—¡Y ya nos encargaremos de hacerle bailar!—añadió Taranne.

El aludido no juzgó oportuno encolerizarse, y murmuró:

—Si elegí ese papel para vosotros, fué en interés común, y no por capricho. Á veces un domador no puede impedir que su oso se lance sobre una persona y la ahogue entre sus brazos. Comprenderéis que por esa razón no puedo yo hacer ese papel. ¡Vamos; vestíos, caballeros! Sólo á vosotros aguardamos ya. Voy á tocar los tres campanillazos, y el telón que se alza ahora en Londres se bajará muy pronto en París, después de la tragedia.

III.

Viaje original.

Unos tras otros, como estaba convenido para no llamar la atención, salieron de la casa que Gonzaga alquiló á su llegada á Londres en las inmediaciones de la plaza que hoy lleva el nombre de Grosvenor. El mayordomo había despedido previamente á los dos ó tres criados que los servían.

Salió, pues, el último en compañía de su amo y con la llave en el bolsillo, pues no quería que nadie se enterase de su ausencia hasta que se hallasen lejos. En consecuencia, fueron á alquilar una carroza que los llevase á Douvres, y la hallaron sin gran inconveniente, merced, más que al dinero que ofrecían, á sus disfraces.

Solía acaecer que los mercaderes de Amsterdam y de las ciudades hanseáticas que acudían á Londres para sus negocios eran propietarios y armadores de los buques que los transportaban hasta la desembocadura del Támesis. Sus grandes fortunas les permitían grandes

gastos, y los comerciantes de la capital británica los atendían con singular agrado.

No había, pues, nada de extraño en que dos mercaderes holandeses se hicieran llevar en coche á Douvres; pero no sucedía lo mismo por lo que respecta á los enrodados, transformados en histriones, peregrinos y bohemios.

Toda la banda salió de Londres al caer la noche; y como no eran de temer malos encuentros en el camino, en cuanto pasaron las últimas casas de la ciudad los caballos del coche de Gonzaga emprendieron una marcha rápida. El Príncipe, muellemente recostado en los almohadones, escuchaba á su mayordomo, que hacía rato meneaba locuazmente la sin hueso.

—No niego que la tentativa es atrevida, audaz—decía;—pero todo consiste en hacer bien las cosas. Por mi parte seré prudente y tendré cuidado de prevenir los peligros para llegar al fin sin estorbos; pero quizás me den demasiado que hacer otros.

—¿Lo dices por mí, maese Peyrolles?—interrumpió el Príncipe cambiando de postura para reirse más cómodamente—¡Pardiez! El picaro se las echa de gracioso! Supongo que no tendrás intención de retenerme en tutela.

—Vamos á arriesgar nuestra libertad, Monseñor, y quizás nuestra vida. Suceda lo que

quiera, importa que vos y yo quedemos á salvo, para lo cual sólo veo un medio: hacer que ejecuten los demás, y no tomar parte nosotros sino en un caso indispensable, extremo.

El caballero frunció las cejas: ya sabemos que era valiente.

—Lo que me pides no está en mi carácter. En cuanto á ti personalmente, eres muy dueño de no comprometerte.

—Monseñor, ¿hemos de trabajar para los otros, ó ellos para nosotros?

—¡Voto á cribas! ¿Ya no soy yo el que tengo los hilos?

—Sí, por cierto, Monseñor. Razón de más para que hagamos mover los fantoches—replicó el factótum, acentuando el plural para hacer ver que pretendía su parte en el triunfo y en el botín.

Gonzaga lo advirtió, y se encogió de hombros.

—Sea—dijo, harto ya:—pongamos que somos los dos, tú y yo; pero no comprendo bien lo que podríais hacer sin mí, maese Peyrolles.

—¿No deberíamos continuar vuestra obra si llegaseis vos á desaparecer?

La frase tenía indudablemente doble sentido tácito al ser pronunciada por la boca de un hombre tan pícaro. Felipe de Mantúa lo pensó así, y en la oscuridad del carruaje trató de

ver los ojos de su mayordomo, que fingía mirar por la ventanilla.

—¡Peste!—exclamó por fin.—¿Tendrías por ventura el deseo de que yo desapareciese ó de contribuir á ello? No juegues á quién es más astuto, Peyrolles, y no trates de chocar el barro de que estás formado con el bronce de que yo estoy hecho: te prevengo que será peligroso. Si alguna vez delego en alguien mi venganza, no será en ti, á buen seguro; y menos te confiaré otros poderes.

Todos aquellos hombres habían llegado á tal grado de antipatía, que se desafiaban á veces y se sentían capaces de matarse unos á otros. Sin embargo, si Gonzaga podía prescindir de Peyrolles pasándose con sus *enrodados*, el mayordamo, falto de la protección de su amo, caería indudablemente á merced de la banda, expiando sus insolencias y su duplicidad.

Felipe de Mantúa había adivinado. Desde hacía tiempo el cauteloso é hipócrita factótum combinaba en su pensamiento el modo de continuar la lucha *cuando faltara el Príncipe*, costase lo que costase y exclusivamente en provecho suyo. No por eso dejó de responder melosamente y con fingida humildad:

—Me asombra, Monseñor, que así podáis interpretar mis palabras, cuando conocéis mi

lealtad y abnegación, que tendréis bien pronto ocasión de poner en parangón con las de los otros.

—¿De quién quieres hablar?

—De vuestros gentileshombres, monseñor.

—Mis gentileshombres me obedecen sin razonar, y, en cambio, tú razones con más frecuencia que obedeces.

—Os aconsejo, sin embargo, que los tengáis bien amarrados, sobre todo á Montaubert, Nocé y Taranne, pues los demás sólo hacen bulto.

La palabra del mayordomo fué interrumpida por una brusca sacudida de la carroza; al mismo tiempo apareció una cabeza en el cuadro de la ventanilla, y de su boca salieron las siguientes frases, pronunciadas con la fuerza de la indignación:

—Probablemente á título de granuja, mae-se Peyrolles, es como os contáis por tres; ¿no es así? En todo caso, nuestra abnegación cuesta mucho más barata y es mejor, de mejor ley que la vuestra.

El factótum, aterrado, se había recostado en el fondo del carruaje; el Príncipe echó mano á su daga, y soltó la carcajada antes de empuñarla: había reconocido la voz de Nocé.

—¡Eh! ¿Cómo os halláis aquí para escuchar lo que hablamos?

—¡Pardiez! Hace mucho que estamos acompañandoos Lavallade y yo. No nos gusta mucho viajar á pie, y al ver pasar vuestra carroza y observar que iban vacías las plazas destinadas á los lacayos, nos hemos subido á la trasera.

—Pero ¿cómo habéis podido reconocernos?

—¡Oh! No nos hemos valido de sortilegio alguno; podéis creernos. Los artistas nómadas como nosotros son muy expeditivos. Con mi puñal hice en la cubierta del carruaje un agujero que me permitió oír la voz de Peyrolles y distinguir su nuca, á la que por muy poco no ha hecho cosquillas mi acero.

Y se echó á reír en las narices del aludido, que, molesto y vejado, no se atrevió, sin embargo, á replicar.

—Así pudimos oír todo lo malo que piensa de nosotros este pobre diablo. Ya lo sospechábamos; y le perdonamos de todo corazón, ya que nos permite que le sirvamos de lacayos de ocasión, lo cual da descanso á nuestras piernas.

—Bueno; volved á vuestro sitio: con callarnos, en paz.

—Muchas gracias, Monseñor. En cuanto amanezca os dejaremos, pues no sería conveniente que gentes de vuestra calidad llevasen saltimbanquis por lacayos.

Y dicho esto recobró su sitio junto á Lavallade; pero en vano escuchó: los de adentro

dormían ó parecían dormir. Así recorrieron algunas millas, sin que ni una ni otra pareja pronunciase una palabra. Seguían la ruta que al pasar por Rochester, Chatham y Cantorbery va de la capital al puerto de mar, cuyas bravías costas cantó Shakspeare en su *Rey Lear*. De repente Peyrolles elevó su voz á través de la capota agujereada.

—¡Hola! ¿Qué tenemos delante? Al claror de la Luna me parece ver una escena de Aquelarre. El camino no parece libre. Id á ver lo que pasa, señores.

—¡Voto al chápiro! Id vos, y así os enteraréis por vuestros propios ojos. Así nosotros podremos defender á nuestro señor, cosa que sois incapaz de hacer. De todos modos, sea Satanás mismo ó sus demonios familiares, nosotros, Lavallade y yo, pasaremos adelante: perded todo cuidado.

El mayordomo hizo una mueca maldiciendo entre dientes al insolente. Él les había impuesto su voluntad; pero empezaba á comprender que los enrodados, sobre todo tres de ellos, iban á hacerle pagar cara su tiranía con epigramas é insolencias. Mandó detener el coche y escuchó. Oíanse gritos, votos, imprecaciones, palabras inglesas mezcladas en una jerga incomprendible.

—¡Voto á bríos! ¡Marchemos!—ordenó Feli-

pe. —Estamos armados, y nuestros caballos nos barrerán el camino. ¡Cochero! ¡Al galope, y pasa el coche por encima de esa gente si no se hace á un lado!

El automedonte obedeció. No puede describirse la sorpresa de Gonzaga y sus compañeros al llegar al sitio de la refriega y ver que dos peregrinos, en los cuales reconocieron á sus amigos, montaban á caballo.

Tampoco el Barón y Oriol gustaban de andar mucho á pie, y el segundo sudaba y se reventaba al tratar con sus cortas piernas de igualar el paso de su compañero, preguntándose con ansiedad si podría llegar á Douvres. Para colmo de desgracia, se le había desatado la correa de una de las sandalias, y no siéndole posible arreglársela por la oscuridad, veíase próximo á tener que andar descalzo. Así dejaron atrás la ciudad de Brauley, y un cuarto de hora después oyeron pisadas de caballos. Diéronse con el codo.

—¡Buena solución si pudiéramos apoderarnos de ellos!

—En efecto—replicó el Barón.

—Pero tendrán propietarios, que sin duda no los cederán fácilmente.

—El propietario de un caballo es el que lo monta, no el que lo lleva de las riendas—dijo de Batz filosóficamente.—Agazapémonos en este

matorral, dejémoslos llegar, y de un garrotazo en la cabeza de los hombres los hacemos soltar y nos apoderamos de los caballos.

Quiso la casualidad que no tuvieran que habérselas sino con dos lacayos armados de látigos y que, sorprendidos por el ataque, opusieron débil resistencia, gritando más que luchando. Así, cuando llegaba la carroza de Gonzaga todo había terminado. Los lacayos yacían maltrechos en la cuneta del camino, gritando maquinalmente: ¡Al ladrón!, mientras los falsos peregrinos emprendían á galope hacia Douvres.

El Príncipe adivinó fácilmente lo sucedido.

Cuando los alcanzó hizo detener el coche, y sacando la cabeza por la ventanilla gritó á los dos bribones:

—¿Qué significa esto? ¿Así entendéis vuestro papel? ¿De ese modo pensáis portaros en Francia?

Detuviéronse en seco algo perplejos al oír la voz de su señor; pero al fin el alemán repuso:

—Aún no estamos en Francia, y como ese pícaro, como ese buen señor Peyrolles, quiero decir, dijo que...

—¡Más bajo!—ordenó el Príncipe, que no quería satisfacer la despierta curiosidad del cochero inglés.

—¡Y sobre todo nada de nombres propios! —agregó el factótum.

—Más bajo, y nada de nombres. ¡Bueno! Pues como se nos dijo que éramos responsables de nuestros actos...

—¡Soberbios actos los vuestros! ¡Que lo digan esos dos pobres diablos de lacayos!

—Apostaría á que ese buen santito gordo les ha dado la absolución—dijo Nocé haciéndose ver de sus compañeros.

—No la ha querido—dijo riéndose ruidosamente el Barón.—No somos de la misma religión.

—¿Sabes tú mismo cuál es la tuya?

—La de tomar lo que nos hace falta donde lo encontramos.

—¡Bueno; basta de cháchara! Puesto que ya habéis hecho el mal, aprovechaos y apretad bien el paso. Que no vuelva á veros hasta la hora convenida. ¡Largo! Y tened cuidado; que Montaubert y Taranne que van delante no os vean y les agraden vuestros caballos.

Los falsos peregrinos salieron á galope. Por fortuna, no encontraron en su camino á los *bohémios*. Éstos se habían embarcado en el Támesis hasta Wisable, lo que les ahorraba más de las tres cuartas partes del camino.

Venticuatro horas después de su salida de Londres, á la caída de la noche, todos nuestros

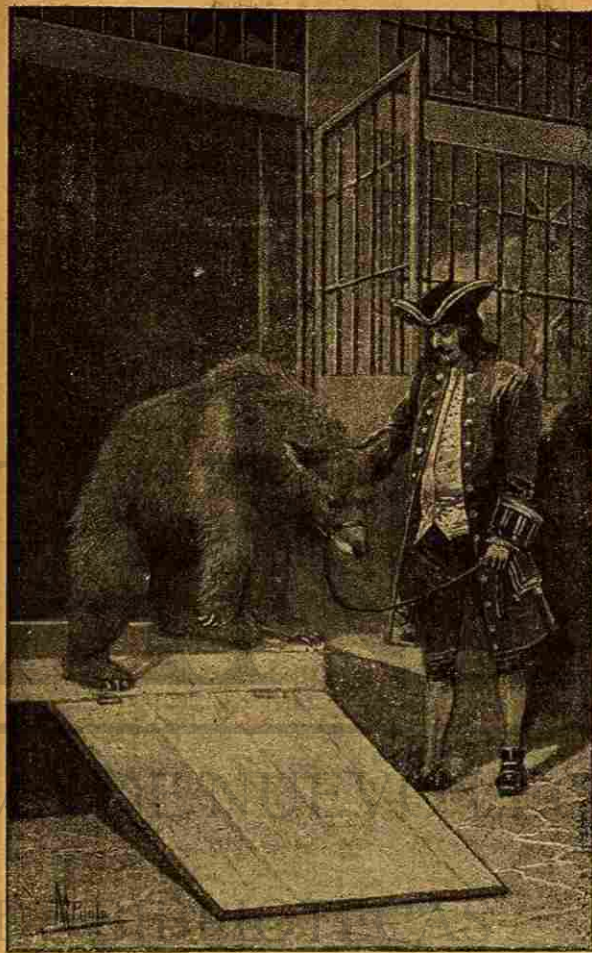
asociados hallábanse en los muelles de Douvre. Peyrolles les buscó pasaje en los distintos barcos que salían al amanecer del día subsiguiente para los puntos indicados, y vendió los caballos robados, con gran pesar de los peregrinos, que pensaban embolsarse el producto. Pero el mayordomo menos pródigo, destinó el producto de la venta á comprar el oso que había de ser compañero de Montaubert y Taranne.

Era difícil de encontrar, y en vano recorrieron la ciudad durante todo el día, acompañados de Peyrolles, que se interesaba mucho por ellos.

— ¡Pobres diablos! — decía. — Han perdido su ganapán que se les ahogó en el Támesis y desearía favorecerlos proporcionándoles otro.

Pero en vano ofreció sumas relativamente importantes. Llegó la noche sin haberlo hallado. Sin embargo, los bribones suelen tener suerte. En la posada de *Dover castle*, donde se alojaba la banda, comían dos hombres que eran los guardianes del único oso que había en la población. Pero no estaba en venta.

Peyrolles los hizo hablar, y supo que un rico muy original y sabio naturalista había dotado á Douvre de una especie de museo en el cual reunió á su costa una docena de animales apocalípticos, que no hacían mal papel por no tener, competidores. El oso era viejo, y había



... sacó el oso de su jaula...

sido exhibido por una tropa de saltimbanquis en casi toda Europa.

Los dos guardianes, muy mimados por sus nuevos amigos, que parecían interesarse mucho por las curiosidades del museo, no tardaron en rodar debajo de la mesa ebrios de ginebra y whisky, y mientras dormían apaciblemente, Peyrolles, que se había apoderado de las llaves, sacó el oso de su jaula y lo embarcó con toda tranquilidad y con el bozal correspondiente, aunque no tenía ganas de morder.

Por poco ocurre una revolución en Douvre al enterarse el pueblo de la desaparición del animal, á quien tanto querían todos y tan embobados contemplaban.

Inútil es decir que Peyrolles se había largado al mismo tiempo que el oso, temiendo que por el hecho de haber buscado con tanto interés un plantigrado durante todo aquel día sospecharan de él y le arrastrasen. Pero todos los enrodados se embarcaron tranquilamente, dispuestos á acudir á la cita en París en la taberna de la calle Guisard, donde habian de encontrarse con Gendry y sus bandidos.

La mar estaba en calma. Felipe de Mantua, tendido sobre almohadones, reflexionaba, con más fe que nunca en su estrella. Recordó que la noche de su primer asesinato el Jorobado le había dicho:

—Si tú no vas á Lagardère, Lagardère irá á ti.

Y era él, Gonzaga, el que iba, dispuesto á la lucha suprema; lucha sin misericordia ni tregua. Era preciso acabar de una vez: ó Lagardère, ó él.

Nunca se había acumulado tantos peligros contra una y otra parte. Hasta entonces todas las maquinaciones fracasaron, pero esta vez hallábase decidido á jugar el todo por el todo, y tenía grandes esperanzas de salir vencedor, confiado en los recursos de su imaginación y en los medios criminales que se preparaba á emplear.

Su mano caía por cima de la borda; aquella mano tan manchada de sangre que no hubiera sido suficientes para lavarla las aguas todas de todos los mares. Y el inmenso globo solar apareció por sobre las olas rojo también, teñido de sangre, tan rojo, que Felipe de Mantua tuvo que desviar la vista de él.

Dentro de algunas semanas, quizás algunos días—pensaba—se alzaría lo mismo en el horizonte; pero llegaría una tarde en que ó Lagardère ó él, Gonzaga, no podrían verle desaparecer por Occidente.

Y por entre sus dientes apretados pasó como con pena esta pregunta envuelta en un suspiro:

—¿Cuál de los dos?

IV

Cocardasse repudia á Petronila.

Mientras acompañado de su factótum Gonzaga se dirigía á marchas forzadas hacia París, mientras los antiguos familiares de la Casa de Oro, siguiendo la mala como la buena fortuna del Príncipe, concurrían por diversos caminos al mismo punto, maese Cocardasse y Amable Passepoil no conseguían consolarse del baño forzoso que tomaron en el albañal de Montmartre.

No era gente que se satisficiera sin tomar venganza; tanto más, cuanto que sabían de dónde partía el agravio y quiénes eran los agraviados, instrumentos viles del miserable que preparó la indigna asechanza de los fosos de Caylus; así como conocían el cuartel general de los malandrines, gracias á las revelaciones de Maturina á su amado Passepoil.

Cocardasse creía lo más lógico ir á aquel cuartel general, al figón de los *Sacamantecas* donde se fraguaban las emboscadas de los mercenarios de Gonzaga; pero Passepoil, que era la misma prudencia, se resistía á ello, y ni aun quería volver al otro bodegón de enfrente.

Con efecto; su pasión por la *Bizca* se había ahogado en el albañal, y allí había nacido otra

de la misma inmundicia de la cloaca, como los fuegos fatuos de los pantanos cenagosos. Y lo mismo que los fuegos fatuos Maturina desapareció sin dejar huella de su paso, á no ser la pasión profunda que encendió en el inflamable corazón del diestro.

No quería, pues, intentar nada hacia la Granja Batelera mientras no tuvieran fuerza suficiente para dar el golpe sobre seguro: cuando regresara Lagardère, los tres solos eran muy capaces de limpiar de bandidos aquel nido.

Su proyecto era razonable; esperar una ocasión que les permitiera castigar á los bandidos con toda seguridad, aunque para ello tuvieran que aguardar el regreso de Lagardère; pero el carácter poco sufrido del gascón no le permitía esperar: ardía de impaciencia, maldecía más que nunca, y juraba que no podía contemporizar. Se consumía por intentar un desquite, sin preocuparse de formar un plan ni de reflexionar acerca de las consecuencias.

—¡Eh, mil diablos!—argüía un día disputando sobre el asunto con su *alter ego* en la cámara que les habían destinado en el palacio de Nevers.—Tu parisiensito tendrá bastante que hacer cuando venga, sin necesidad de mezclarse en nuestros asuntos particulares. Nuestra misión, ¡voto á brios!, es limpiarle el camino para que no tropiece con alimañas.

—Todo eso está muy bien—replicaba apaciblemente el normando;—pero olvidas, mi noble amigo, que sólo somos dos, y ellos son por lo menos cuatro, sin contar todos los demás bribones que les prestarán ayuda. Seríamos vapuleados de nuevo.

—¡Cuernos de Satanás!

—Y quizás algo peor.

—¿Lo crees así, pequeño?

—Estoy seguro. En todo caso, no podríamos presentarnos sino de día y acompañados de alguien, para mayor seguridad.

—¿Y de quién?

—¡Tripas de un venado! Si lo supiera, ya te lo hubiese dicho. Lo más desolador es que no veo quién. No vamos á hacer que nos acompañen los señores de Chaverny y de Navailles.

—¡Mal pecado! ¡Ya lo tengo! Hace mucho que Laho no ha ejercitado el puño, y le gustará descoser las tripas de algún bellaco.

Passepoil se encogió de hombros.

—Antonio no se apartará de mademoiselle Aurora por eso, y hará bien.

—¿Y el pequeño Berrichón? ¿Crees que se negará á ayudar á los viejos?

—No te aconsejo que vayas á pedirle permiso á la señora Francisca. Si le sucediera alguna desgracia al chico, nos lo haría pagar á sartenazo limpio.

—¡No haya miedo, pequeño! Voy á decir dos palabras á Juan María; y si quiere ser de los nuestros, ya arreglaremos después cuentas con su abuela. ¡Vive Dios! ¡Es preciso que el muñeco aprenda á hacer algo con los dos brazos!

El normando reflexionaba. El nombre del niño retrotraía á su mente sucesos remotos. Se pasó la mano por la frente, y murmuró:

—Verdad que es hijo de aquel pajecito que vimos en la hostería *La Manzana de Adán*, en Louron. Aquél no tenía nada de cobarde ni de tímido. ¿Te acuerdas, Cocardasse?

El gascón dió un terrible golpe con el pie en el suelo: no le gustaba que le recordasen las épocas de su vida en que había representado un papel sospechoso.

—¡Calla! ¡Demasiado me acuerdo! ¡Qué de cosas han pasado desde entonces! Pero no hablemos de eso. Basta con que Cocardasse y Passepoil hayan conservado buen ojo, pies sólidos, mano segura y el pellejo poco menos que intacto. Decíamos, pues, que el bribonzuelo arde en deseos de llevar una espada al cinto. Pues bien; no veo por qué no hemos de complacerle.

—¡Es tan jovencito! Y además, francamente, yo no quiero tomar sobre mí tal responsabilidad ante su abuela.

—No te apures. La tomo yo toda. Y si la mosquita no es un gallina, vamos á darle ocasión de que haga sus primeras armas.

Á pesar de todas las contrariedades experimentadas muy á menudo por su mala costumbre de escuchar detrás de las puertas, Juan María no pudo corregirse por completo de tal vicio. Opinaba, y no sin razón, que era el mejor medio para enterarse de muchas cosas que no iban á confiarle, lo cual hacía que no escarmentase.

Como los diestros no tenían costumbre de hablar bajo, hubo de enterarse de sus escapatorias, sin jactarse de sus averiguaciones ni tratar de vender el secreto de sus maestros y amigos. Escuchando, como de costumbre, haciéndose todo oídos, acababa de enterarse de la conversación de Cocardasse y Passepoil, cuyo final hemos transcrito. Y no hay que decir que creía mucho más lógico y convincente el razonamiento del gascón que el del normando. Así, pues, no pudiendo resistir á la tentación, entró muy pronto en la cámara.

Á decir verdad, y á despecho de las objeciones de Amable, Berrichón no era ya un niño. Todavía tenía algo de esas trazas de bobo y torpe peculiares á los adolescentes que se han desarrollado muy pronto; pero estaba hecho un mozo sólido y fuerte. Al extremo de sus flacos brazos oscilaban dos puños enormes como gran-

des martillos de mango demasiado largo, no daban ganas de experimentar los efectos de su pesadez. Sus muchas correrías por las calles de París y su práctica de la esgrima habían desarrollado también la agilidad y el vigor de sus piernas, condiciones todas que, dada la ocasión, podían hacerle representar muy bien el papel de un hombre.

Aunque penetró en la estancia espontáneamente y con pleno conocimiento de causa, asustado y perplejo por su audacia, permaneció silencioso durante algunos segundos. Luego, recobrando súbitamente la serenidad exclamó, como si le asombrase encontrar allí á los dos diestros:

—¡Á propósito! ¡Buenos días! Yo os creía de pesca.

—¡De pesca!—replicó el gascón.—Ya sabes que tengo horror al agua, bribonzuelo.

—Bueno; al agua clara, ya lo sé—contestó el pilluelo metiéndose las manos en los bolsillos.—Pero al agua turbia...

Los dos hombres se ruborizaron al oír esta alusión á su última aventura, y el nieto de la Francisca se apresuró á decir, para no darles tiempo de interrogarle acerca de cómo se había enterado del percance:

—¿Y de qué tratábais, maestros, que os veo tan serios?

Satisfecho de ver al hombrecito tratar otro tema más agradable, el gascón respondió con su habitual fanfarronería:

—¡Eh! Precisamente se trataba de ti. Dejé anoche clavada en el vientre de un bellaco mi Petronila, y no he tenido tiempo de ir á ver si está allí todavía. La de mi valiente Amable siguió idéntico camino, y necesitamos proporcionarnos otras. Ven con nosotros, Berrichón, y nos ayudarás á escoger.

Juan María, como se supondrá, no se hizo rogar. Los tres se dirigieron hacia los barrios de la Universidad, donde muchos mercaderes vendían tizonas, sables, estoques, dagas, puñales, espadas y otras armas.

Indudablemente era la primera vez que se veía á los diestros por las calles de París sin que al andar les azotara las pantorrillas una vaina. Así parecían dos palominos desplumados vivos á quienes se deja en el corral y que corren á esconderse avergonzados.

—¡Vive Dios! ¡Petronila me hace mucha falta! ¡Es casi como el que se queda viudo! ¡Apretemos más el paso, ¡cuernos de Lucifer!, porque los brazos están pidiéndome vapulear á todos esos ganapanes que nos miran como á bestias raras!

En aquel tiempo Rousseau el joven, que algunos años más tarde había de ser el mejor

esgrimidor de París, se preparaba á fundar su Academia, y tenía en el muelle de los Agustinos una tienda muy bien surtida, y reputada como la en que se vendían las armas mejor templadas. Algunos aseguran que probándolas él mismo llegó á adquirir tanta destreza y pudo hacer de su hijo y de su nieto los excelentes maestros de esgrima de los príncipes é infantes de Francia. Gloria que costó cara al último, pues en la época del Terror no le perdonaron que perteneciese á una familia que de padres á hijos había enseñado á manejar la espada á los miembros de la casa Real, y fué juzgado y sentenciado á muerte. Por cierto que uno de los jueces, bromeando por excepción en aquellos tiempos, le gritó desde su sitial:

—¡Anda; pára ésta, Rousseau!

No pudo pararla, y murió en el cadalso.

Nuestros dos diestros, que conocían hacia tiempo al abuelo, se fueron derechos á su tienda.

—¡Mil rayos!—exclamó al verlos.—¡Si son Cocardasse y Passepoil! ¿Tenéis la intención de haceros ermitaños, que no lleváis espada al cinto?

—¡Mal pecado!—gruñó el tolosano frunciendo el ceño.—Eso es precisamente el objeto de nuestra visita, amigo. Nuestras espadas no tienen tiempo de enmohecerse; pero á veces se

quedan dentro del cuerpo que tocan. Quise ensartar tres de una vez, y vi que para tenerlos en el asador había que dejarlos atravesados, y... ¡ahí tienes!

Rousseau sonrió. Sabía lo que había que rebajar de las fanfarronadas gasconas; pero no por eso fingió menos creerle.

—¡De mano maestra! Pues si Passepoil sigue tu ejemplo, ¿qué va á quedar para nosotros? No hay que matar muchos así, pues nuestro comercio se arruinaría.

—¡No tengas miedo! ¡Cochina suerte! Cuantos más de esos bribones se matan, más brotan diariamente. Pregunta por gusto al pequeño cuántos hemos despachado en España.

Iba á lanzarse á hacer un fantástico relato de sus proezas allende los Pirineos; pero Rousseau no le dejó tiempo: su réplica de mercader no era menos precisa y pronta que su réplica de esgrimidor.

—Á propósito de España, Cocardasse. Justamente tengo lo que necesitas: una hoja magnífica, legítima de Toledo, flexible como un junco, larga como una alabarda. Ignoro quién es el demonio que la forjó; pero apostaría á que la cazoleta es del Cincelador. Para cualquier otro que no fueses tú valdría un dineral.

Rousseau no creía decir tanta verdad; pues la espada que ofrecía al gascón era una de las

primeras forjadas y cinceladas en Pamplona por Lagardère cuando éste trabajaba para criar y mantener á Aurorita. Si no era obra tan acabada como las del famoso Cincelador, que ya se vendían á peso de oro, no dejaba de estar admirablemente templada. Los ojos de Cocardasse se iluminaron intensamente.

—¡Dios de Dios!—exclamó.—¡Este juguete en la mano del hijo de mi padre es como si la armaran de un rayo! Antes de ocho días la cazoleta estará roja por la sangre como una amapola.

Diciendo esto la encorbaba, la blandía y daba tajos y reverses á enemigos imaginarios, murmurando:

—¡Ligera como una pluma...; bien templada! ¡Cuernos de Satanás! ¡Mi sueño dorado! No me pidas mucho por ella, pues si no pudiera comprártela, ó me atravesaría el pecho con la hoja, ó te la robaría.

Rousseau la había adquirido por una miseria, y si bien hubiera podido venderla más cara á cualquier aficionado, no quiso privar al gascón de una satisfacción tan poco costosa, y le pidió un precio razonable, que el diestro aceptó inmediatamente.

—¿Y tú, Passepoil, necesitas algo sólido y de prueba? Tengo lo que necesitas: una excelente espada que esta mañana mismo han ve-

nido á venderme, y que ha debido de hacer brillantes campañas. No he hecho más que ponerle vaina. Mirala por gusto.

Apenas la mostró, cuando Cocardasse se llevó la mano á los ojos para restregárselos:

—¡Sangre de Cristo! ¡Pero si es mi Petronila!

—¡Vaya!

—¡Te lo juro! Si estuviera en otras manos que las tuyas, el que la tuviera pasaría un mal rato.

—Sin embargo, yo la he pagado, y bien— repuso el armero riendo;—y si la quieres, tendrás que pagarla tú también.

—¿Quién diablos puede haberla vendido?

—Una especie de mendigo mal encarado que me dijo haberla hallado en los alrededores de la *Granja Batelera*. ¿Es por allí por donde la dejaste con los pobres diablos ensartados?

—¡Voto á bríos! ¡El bellaco me la robó!

—¡Cómo! ¿Te dejas robar la espada, Cocardasse?

Rousseau sonreía irónicamente al ver el semblante del gascón, que denotaba una gran confusión, por no tener malditas las ganas de explicar cómo se había separado de su tizona. Passepoil, regocijado también, buscaba entre las armas del mercader la suya, por si acaso había ido á parar allí; sin aludir al suceso, pues no de-

seaba que á su vez se burlasen de él. Por fin eligió una que creyó la mejor, y la compró.

Mientras tanto Cocardasse, perplejo, tenía una espada en cada mano. De una parte tenía cariño á Petronila; de otra veía que era la hoja española más excelente, superior: llegó á lamentar no poder llevar las dos, una á la derecha y otra á la izquierda. El mercader comprendió sus vacilaciones y el partido que de ellas podía sacar; así, dijo:

—Quizás haya un medio de arreglar las cosas. Me parece que tu antigua compañera vendría como anillo al dedo en el cinto de ese joven que mira con tanta codicia mis tizonas, y al cual podrías enseñar lo mucho que vale Petronila. Si es camarada tuyo, así tendrás ocasión de ver continuamente á esa *felona* en la faena.

Berrichón se estremeció de esperanza y de júbilo. Verdad que se hubiera contentado con una espada cualquiera: ya era bastante para él; pero ceñir el acero que había llevado el valiente tolosano era una honra que superaba á todas sus ilusiones. El gascón permanecía caviloso, triste, como el juez que se ve obligado á sentenciar á un pariente querido. Sin embargo, una palabra de las pronunciadas por el mercader le había herido en lo vivo.

—¡Felonal — repitió, acariciando al anti-

guo instrumento de sus hazañas.—¡Ay de mí! ¡No lo hubiera sospechado nunca de vos antes de vuestra traición! ¡Felona! La palabra es dura, pero justa. Como la mujer de César, la espada de Cocardasse no puede ser sospechosa.—Y con voz doliente y gesto de soberano justiciero añadió:—Con el derecho que todo marido ultrajado tiene para castigar á su señora esposa, querida mía, por esta falta sin precedente ¡os repudio!...

Después examinó á Juan María de alto á bajo, de frente y de perfil, como para asegurarse de que era digno de ceñir la ilustre tizona castigada tan cruelmente por una sola infidelidad, y con tono solemne y voz capaz de conmover á las mismas paredes, si fueran susceptibles de conmoverse las piedras, exclamó:

—¡Pichón!—y levantó el acero sobre la cabeza de Berrichón, que aguardaba ansiosamente la decisión del diestro cual si fuera á armarle caballero. — ¡Yo te la confío! Cuando hayas matado con ella tantos bribones como ha traspasado en mis manos, podrás irte solo de Norte á Sur, de Oriente á Poniente, como lo hace Cocardasse sin temor alguno. ¡Juan María: con sólo llevar esta espada al cinto, ya eres valiente! En cuanto la desenvaines tus adversarios se echarán á temblar.

Á pesar de semejante arenga y de la entere-

za de ánimo que probaban sus palabras, el buen gascón no experimentaba menos un grande y sincero dolor al separarse para siempre de su brillante compañera. Passepoil creyó oportuno auxiliarle para que persistiera en su resolución y le dijo con su habitual dulzura:

—Te duele separarte de ella: lo comprendo. Pero piensa que te ha sido infiel.

—¡Una sola vez!

—¡Tripas de un ciervo! ¡Basta y sobra con una vez! El hecho es que ha pasado por manos que no eran tuyas. ¿Vas á flaquear?

—¡Mal pecado! ¡Hace tanto tiempo que la bautizamos juntos! ¿Te acuerdas, pequeño?

—Eso indica que se ha hecho ya vieja.

—Y que debemos proceder á bautizar la nueva. Aguardad, amigos: voy á cerrar la tienda, y la bautizaremos. Yo seré el padrino.

—¡Vive Dios! ¡Tenéis razón! ¡Ya es hora de beber!—replicó el gascón, súbitamente tranquilo y resuelto.

Instantes después hallábanse en una taberna vecina, y la ceremonia debió de cumplirse á conciencia, pues duró cerca de dos horas. El vino clarete corrió por la cazoleta y por la hoja, y se necesitaba un caso como aquél para dejar Cocardasse que el zumo de la vid se malgastara tan tontamente.

—¡Cuernos de Satanás!—exclamó.—¡Maña-



Cuando una vez en la cocina quiso hacer á su abuela...

na el bautismo de sangre! Berrichón, cuida bien á mi vieja y no la escatimes los golpes.

Tanto bebieron que al salir sentía Juan María pesada la cabeza y débiles las piernas.

Pero estaba muy ufano de ceñir espada, y se apresuró á exhibirla ante su abuela. Al entregársela el diestro le había dicho:

—¡Ya eres valiente!

Y Berrichón, ayudado por los vapores del vino, no temía á nadie.

Sin embargo, la primera condición para llevar espada es tener las piernas sólidas, y el pobre muchacho, ¡ay!, no las tenía por culpa del vino. Así, cuando, una vez en la cocina, quiso hacer á su abuela una reverencia caballeresca que copiaba de su maestro Cocardasse, la espada se le enredó entre las piernas, y fué á dar de bruces á los pies de la cocinera midiendo el suelo.

La señora Francisca le levantó de una furiosa bofetada.

¡Ah! ¡No era aquélla la vía gloriosa por la cual debía llevarle *Petronila!*

V

En el avispero.

Durante varios días los dos maestros y su discípulo no pudieron poner en ejecución su proyecto.

En primer lugar, la abuela rehusó terminantemente que convirtieran á su nieto en *espadachín*. La buena mujer tenía horror á la gente de espada: recordaba que su hijo, el antiguo paje del duque de Lorena, murió peleando, y la emprendió furioso contra Passepoil, que aguantó el chubasco con la cabeza baja y sin chistar.

Entretanto Juan María fué á suplicar á Aurora y á Cruz que intercedieran por él ante el marqués de Chaverny para que le autorizase á llevar espada, permiso que aquél le concedió en buena y debida forma. La señora Francisca no aceptó la decisión sin murmurar; pero el nieto no se curó de ello, y habría rechazado el parentesco del mismo rey de Francia, por tenerlo en poco, la noche que le ordenaron escoltar á las dos damas á quienes el Marquesito llevaba al palacio de la duquesa de Saint-Agnan.

La prolongada ausencia de Lagardère inquietaba á todos, y su pobre novia apenas podía soportar la separación. Por tal motivo, y de

acuerdo con la duquesa viuda de Nevers, el Marqués, para no dejar á la joven tanto tiempo á solas con sus pensamientos, pensó en proporcionarle distracciones, aunque sin olvidar las medidas de prudencia recomendadas por el Conde.

Tenía que ser muy difícil á sus enemigos hacerles daño y apoderarse de Aurora entre aquella guardia de honor que le formaban Chaverny y Navailles, Cocardasse y Passepoil, Laho y Berrichón; toda gente que le era adicta en cuerpo y alma.

Fueron, pues, á la casa de la de Saint-Agnan, que era para ellos una amiga, y visitaron también á algunas otras damas de la corte, todas las cuales se ingeniaban para calmar las inquietudes de Aurora, festejándola á porfía y lamentándose con ella del retraso de su matrimonio. Al cabo llegaron á parecerle agradables estas distracciones, que daban nuevo giro á sus pensamientos; tanto más, cuanto que oía con gran frecuencia cantar alabanzas de su novio.

Los dos diestros hallábanse satisfechos y ufanos con su papel. Sin embargo, en los momentos en que el incienso no subía por sus narices al cerebro, mareándolos, no dejaban de pensar en la humillación que habían sufrido á la orilla del albañal de Montmartre, y se enrababan por no haber podido vengarse todavía.

Echaban de menos un poco de libertad. Fué, pues, de gran júbilo para ellos el día que Chaverny les anunció que tenían libre tarde y noche, pues se quedaba en casa mademoiselle de Nevers.

—¡No haya miedo, pequeño! ¡Dentro de un rato vamos á reirnos unas miajas!

Poco después se dirigian los tres hacia la *Granja Batelera*, sin plan determinado, pero muy alegres y decididos.

Al llegar á la puerta de Richelieu, Cocardasse reconoció al jefe del puesto, que era el mismo de la noche de su baño en el albañal, y le presentó á su amigo Passepoil, vivo y sonriente, aunque le creyeron muerto, y á Berrichón, muy orgulloso de trincar con guardias franceses.

—En caso de que os tendieran algún nuevo lazo por ahí—le dijo el sargento,—tratad de enviarnos alguno que nos avise. La mayoría de mis hombres tendrían sumo gusto en darse una vuelta por esos sitios para ver lo que ocurre. Son diversiones que hacen menos largas y aburridas estas guardias.

—Muchas gracias por vuestra atención—repuso el gascón estrechándole la mano.—Cuando el pequeño y yo tocamos el violín, el baile de bribones no suele durar mucho, ¡cuernos de Lucifer!

Al pasar por el puente del Albañal no pudieron menos de lanzar ambos amigos una mirada al líquido turbio é infecto; pero no creyeron oportuno comunicarse sus impresiones en presencia de su discípulo, que caminaba entre ellos con aires de conquistador y echando mano á cada paso al puño de su tizona para asegurarse de que no se había trasladado de sitio. Ardía en deseos de desenvainarla.

Precisamente la *Bizca* estaba en la puerta de su figón, y no dudando que iban á él en línea recta, se levantó y corrió á echarse en brazos del normando, el cual la rechazó tan rudamente, que la hizo dar cinco ó seis pasos atrás y apenas si pudo sostenerse en pie. La figonera le contempló estupefacta. Le habían cambiado á su adorador.

—¡Hola!—interrogó el gascón—¿No estarán por casualidad en tu casa los dos lobatos, comadre?

—No, no he vuelto á verlos; pero que no sea obstáculo para que entréis, señores míos.

—Si será. Precisamente porque no están no entraremos. Apenas tenemos el tiempo justo para buscarlos en su guarida; y si tienes algo urgente que decirles, creo que sería el momento de hacerlo, pues podría suceder que antes de una hora queden sordos y mudos hasta el Juicio final.

—Me tiene sin cuidado—gruñó ella, que sólo sentía perder á aquellos dos buenos clientes.—Y si esos pillos os han faltado en algo...

—De algo de eso se trata—dijo á su vez Passepoil.—Pero dime, amiga: ¿no has vuelto á ver á Maturina?

Al oír esta pregunta estalló como un trueno la cólera, largo tiempo contenida, de la figonera.

—¡Valiente pécora! ¡Una vagabunda, una mendiga que recogí por caridad! ¡Tú sabes bien dónde está, puesto que se fué contigo, y me has desdeñado por esa sirvienta, por esa moza corrompida!

Amable se divertía.

—Muchas gracias por tus recuerdos. Sin embargo, si ves á Maturina, no te olvides de decirle que muero de amor por ella.

Todo el fango existente en el corazón de la *Bizca* se desbordó en impetuoso torrente por sus labios, lanzando á la faz del normando un alud de injurias y palabrotas. Cocardasse reía á carcajadas, y Berrichón aprovechó la ocasión para excitar más á aquella megera con sus burlas.

—¡Oh! ¡Qué cara! ¿Te has lavado la cara esta mañana? ¡No lo parece!

Pero los diestros tenían algo más que hacer que complacerse en prolongar aquella escena cómico-burlesca, y dejando que la figone-

ra los insultase á su placer se dirigieron con paso tranquilo hacia la taberna de los *Sacaman-tecas*.

—¡Oh, oh!—exclamó Berrichón al contemplar el rótulo y los emblemas pintados sobre la puerta del figón de los espadachines.—¡Esa muestra no está hecha para atraer á las gentes del clero!

—Sin embargo—objetó gravemente Cocardasse,—más de cuatro han hecho y harán aquí actos de contricción..., si les dan tiempo.

Desde el umbral lanzó el gascón una ojeada á la sala, que estaba vacía; pero el tabernero se apresuró á acudir, impidiéndoles la entrada.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?—preguntó bruscamente

—¡Voto á sanes, pequeño! ¿Pues no pregunta quiénes somos?

—He oído, mi noble amigo.

—Bueno, ¿y qué responderías tú?

Y sin esperar la respuesta de su amigo, dijo al tabernero:

—¡Parroquianos, buen hombre! En cuanto á lo que queremos, es beber. ¡Deprisa, pues, y de lo mejor!

El hombre no se movió, y se afirmó sobre sus piernas abriéndolas como un compás. Sus anchos hombros sobre los cuales descansaba un

cuello de toro, tocaban los dos montantes de la puerta, y obstruían el paso.

—¡No se entra!—dijo.

—¡Veremos! ¡Passepoil!

—¡Cocardasse!

—¿Puede ese bribón impedirnos el paso?

—¡Caramba! Depende...

—¿De quién, pequeño?

—De nosotros.

Rióse el gascón de la salida, aunque acos-
tumbrado á las de su compañero, y dirigiéndose
al figonero dijo:

—Ya has oído al pequeño. Así, pues, si no
quieres quitarte de ahí, no haya miedo: yo te
quitaré de un revés.

Berrichón estaba encantado del giro que
tomaba el asunto; aquel muchachote, antes tan
tímido como parlanchín é irreflexivo, querien-
do mostrarse á la altura de las circunstancias,
tuvo una idea de pilluelo parisiense. Metió la
cabeza rápida é inesperadamente por entre las
piernas del tabernero, se incorporó de pronto, y
el pobre diablo cayó de espaldas como una rana
en medio de la taberna:

—¡Bravo, Juan María!— exclamó Cocar-
dasse.—¡Entiendes al pelo eso de abrir las
puertas!

Mientras tanto el figonero, que por lo pronto
respondía al nombre de Cabocha (había cambia-

do tantas veces, que ya no recordaba el verdade-
ro), se levantó echando espuma por la boca y
empuñando una daga. Fué como si tocaran á
zafarrancho de combate. Los criados mudos
que constituían el personal del figón corrieron
á ponerse al lado de su amo como perros de
presa, alargando la cabeza y enseñando los
dientes. Los diestros habían desenvainado sus
tizonas igual que Juan María, en previsión de
un ataque serio de otros adversarios; pero no
viendo más que aquellos tres brutos, Cocardas-
se los miró con supremo desdén, y dando un
cintarazo á la mesa gritó con voz tonante:

—¡Atrás, perros! ¡Ira de Dios! ¿Desde cuándo
se me hace aguardar? ¡He pedido vino!

Una puerta del fondo se abrió, y dos cabezas
asomaron.

—¿Qué barullo es éste? ¿Quién se atreve á
penetrar aquí sin mi permiso?

—¡Ta, ta! ¡Tanto se me da de tu permiso
como de la barba de Carlomagno, buen mozo!
Cocardasse entra donde se le antoja, y á nadie
da cuentas de lo que hace.

—¡Cocardasse! ¡Si, pardiez! ¡Es él!—dijo el
interlocutor inesperado mostrándose por en-
tero.

No era otro que Blancrochet; el ilustre Blan-
crochet, gran maestro en el figón de los *Saca-*
mantecas y jefe supremo, dictorial, absoluto de

todos los bravos de profesión, espadachines y asesinos. Tras él aparecía su teniente Daubri.

Los dos diestros no los conocían más que de fama; habían oído muchas veces hablar de ellos en términos poco lisonjeros. Asombráronse, pues, al ver que Blancrochet se acercaba á ellos con las manos extendidas como para estrechárselas, y diciéndoles:

—¡Maestro Cocardasse, maestro Passepoil! ¡Bienvenidos, camaradas! ¡Á ver! ¡Que nos sirvan de beber! ¡Estos caballeros van á hacernos la honra de trincar con nosotros!

—¡Calle!—murmuró Berrichón, envainando á regañadientes.—Parece que hemos entrado. ¡Luego se puede entrar!

Cabocha le asestó una mirada furiosa, y Blancrochet por su parte, mirando de alto á bajo á aquel chiquillo que se permitía reflexiones irónicas, añadió:

—Sí, joven. Se puede entrar cuando se han hecho pruebas de valor y destreza espada en mano, y tú no me parece que te hallas en ese caso.

—¡Un poco de paciencia; todo llega en el mundo!—repuso sin turbarse Juan María.

—Á menos que te claven la lengua al primer lance. Por lo pronto, se te recibe en compañía de nuestros buenos amigos Cocardasse y Passepoil; pero si estuvieras sólo, hallarías la puerta cerrada.

—¡Ja, ja, ja! ¡Pregúntale al gordo ése, por gusto, cómo me las arreglo yo para abrirlas!

—Bueno; siéntate, y déjanos hablar á los hombres. ¡Vaya, amigos; decidme lo que nos proporciona la honra de vuestra visita! ¡Valiente Cocardasse! ¡Galante Passepoil!

Aquella amistad tan cacareada por el bravo era muy sospechosa al normando, que, lejos de creerse honrado con tal compañía, temía que su indiscreto amigo, tan sensible siempre á la adulación, cayese en la red y soltase la sin hueso más de lo debido. Cuando no había empuinado mucho el codo, la locuacidad del gascón tenía un regulador: la rodilla de Amable, que chocando con la suya le advertía que iba á decir alguna tontería.

Pero entonces gozaba Cocardasse de toda su lucidez, y no le mareaban las adulaciones de Blancrochet, que, conociendo su flaco, se las prodigaba como una granizada. Consciente de la necesidad de ser prudente, quiso dejar á su amigo la responsabilidad de la conversación.

—¡Bueno!—dijo.—Dirigios á Amable, porque yo tengo la garganta seca, y hasta que apure un jarro ó dos me sería imposible hablar. Anda, pequeño; da una prueba de tu elocuencia á estos señores.

—Está bien. Sois tan buenos amigos, que

los pensamientos del uno son indudablemente los del otro.

—¡Á ver! No os han mentido al asegurároslo. Cocardasse y Passepoil son propiamente como Orestes y Pilades.

—No los conozco—replicó el espadachín, cuya ciencia se limitaba al manejo de la espada, y creyó que los dos amigos legendarios serían dos maestros que él no tenía el gusto de conocer.

El gascón, poco más instruído que él, no se creyó obligado á darle un curso de Historia.

—¿Venís aquí con frecuencia, maese Blancrochet?—preguntó á quemarropa al normando.

—Todos los días á estas horas podéis verme aquí, si queréis. Nos reunimos un buen número de valientes esgrimidores, como vos y yo, para hablar de nuestras cosas, y nos honrariáis mucho si quisiérais ser de los nuestros.

—¡Ah! ¿Y quién es el jefe de esa respetable asociación?

—Vuestro servidor en persona. Nadie tiene derecho á entrar aquí sin mi permiso; y si vosotros estáis aquí, caballeros, es porque merecéis ser recibidos como amigos siempre y cuando queráis.

—Muchas gracias. Indudablemente usaremos de vuestra atenta invitación. Mientras tanto, ¿podéis decirnos los nombres de los principales compañeros vuestros á quienes tendremos el gusto de encontrar por aquí?

—¿Y para qué?—preguntó el bravo con desconfianza.

—Sencillamente, para saber si encontraremos entre ellos antiguos conocidos que nos será grato volver á ver.

—Aguardad al anochecer, y los veréis á todos ó casi todos, con excepción de cuatro ó cinco á quienes no conocéis.

—¿Quiénes son?

—Gualter Gendry, Gruel, llamado el *Balle-na*. Dos antiguos!...

—¡Vive Dios!—exclamó Cocardasse.—¡Precisamente desearíamos vivamente saludar á esos bravos hoy mismo!

—¡Pardiez! ¡Ya lo creo!—interrumpió el normando.—¿Y decís que no tendremos el gusto de verlos esta noche?

Blancrochet dió un codazo disimuladamente á su segundo. Estaban, como se verá y explicará más adelante, al corriente de lo sucedido en el albañal de Montmartre; pero no querían darse por enterados.

—Vienen algunas veces; pero puedo aseguráros que no estarán aquí esta noche. Sin em-

bargo, ¿quién os impide ir á buscarlos á otra parte?

—¿Adónde?

—Apenas son las dos de la tarde. Pues bien; yo sé que á las cuatro deben de estar en las intermediaciones de la puerta de Montmartre, y nosotros también.

Cocardasse se puso en pie y exclamó:

—¡Mal pecado! Allí nos encontraremos todos; y estoy seguro de que os agrada la conversación que tengamos con ellos, maese Blancrochet.

Una hora después separábanse de sus problemáticos amigos, asegurándoles que no faltarán á la cita.

—¡No haya miedo!—dijo Cocardasse cuando se hubieron alejado del figón.—¡Conozco á algunos que no necesitan preocuparse por la cena de esta noche!

—¡Ya los tenemos!—decía al mismo tiempo Blancrochet.—Ve á prevenir á Gendry que esos imbéciles vendrán por sí propios á meterse en la boca del lobo.

VI

Las intenciones de Blancrochet.

Las Memorias del marqués de Souches nos hacen saber que la palabra *bravo* no es del todo francesa; quizás quería decir con ello que una gran cantidad de esa gente pertenecían á nacionalidades extranjeras, siendo alemanes, italianos, españoles, suizos y de otros países. En el curso de nuestra narración nos hemos tropezado con varios ejemplares de muestra: Saldaña, Pinto, Giuseppe Faenza, Staupitz, el barón de Batz, Palafox, etc. Sea como fuere, los describe en los siguientes términos, nada lisonjeros:

«Este término—dice—no es del todo francés correcto; pero se usa muchísimo para significar á las gentes que hacen profesión y mercancía de su espada, poniéndola al servicio del mejor postor para empresas buenas ó malas; y se designa con ella más propiamente á los pícaros y personas de mala vida.»

Calcúlese el aspecto que tendrían las calles de París en aquella época, considerando que J. de Bruge, en su famoso libro *Arte de la esgrima*, publicado en 1721, afirma que más de diez mil bravos asistían á las salas de armas y ejercitaban la mano fuera de ellas.

bargo, ¿quién os impide ir á buscarlos á otra parte?

—¿Adónde?

—Apenas son las dos de la tarde. Pues bien; yo sé que á las cuatro deben de estar en las intermediaciones de la puerta de Montmartre, y nosotros también.

Cocardasse se puso en pie y exclamó:

—¡Mal pecado! Allí nos encontraremos todos; y estoy seguro de que os agrada la conversación que tengamos con ellos, maese Blancrochet.

Una hora después separábanse de sus problemáticos amigos, asegurándoles que no faltarán á la cita.

—¡No haya miedo!—dijo Cocardasse cuando se hubieron alejado del figón.—¡Conozco á algunos que no necesitan preocuparse por la cena de esta noche!

—¡Ya los tenemos!—decía al mismo tiempo Blancrochet.—Ve á prevenir á Gendry que esos imbéciles vendrán por sí propios á meterse en la boca del lobo.

VI

Las intenciones de Blancrochet.

Las Memorias del marqués de Souches nos hacen saber que la palabra *bravo* no es del todo francesa; quizás quería decir con ello que una gran cantidad de esa gente pertenecían á nacionalidades extranjeras, siendo alemanes, italianos, españoles, suizos y de otros países. En el curso de nuestra narración nos hemos tropezado con varios ejemplares de muestra: Saldaña, Pinto, Giuseppe Faenza, Staupitz, el barón de Batz, Palafox, etc. Sea como fuere, los describe en los siguientes términos, nada lisonjeros:

«Este término—dice—no es del todo francés correcto; pero se usa muchísimo para significar á las gentes que hacen profesión y mercancía de su espada, poniéndola al servicio del mejor postor para empresas buenas ó malas; y se designa con ella más propiamente á los pícaros y personas de mala vida.»

Calcúlese el aspecto que tendrían las calles de París en aquella época, considerando que J. de Bruge, en su famoso libro *Arte de la esgrima*, publicado en 1721, afirma que más de diez mil bravos asistían á las salas de armas y ejercitaban la mano fuera de ellas.

La ciudad era un palenque cerrado. En las calles se asesinaba á la gente por dinero, por venganza, por robarlas; y en las vías más anchas y frecuentadas, en los bulevares, *verbi gratia*, oíase con frecuencia, y lo mismo al mediodía que á media noche, el chis chás de los aceros. Á veces varios bravos se acuchillaban entre sí simplemente por vanagloria ó fanfarronería, y el espectáculo diario de lances parecidos deleitaba sobremanera á los vagos y papanatas de la capital, no obstante lo acostumbrados que estaban á presenciarlo.

No se curaban de ordenanzas y vetos, y la policía era impotente para hacerlos cumplir. M. Machault con sus agentes no podía luchar con aquellos diez mil espadachines que sacaban al aire sus aceros por un quitame allá esas pajas veinte veces cada día. Como pelear entre sí no les reportaba provecho alguno vendían su espada al que la pagaba mejor, y operaban por grupos ó cuadrillas poco numerosas para no tener que repartir entre muchos el dinero recibido por sus hazañas.

Así es como hemos visto á Gendry y sus tres acólitos trabajar por cuenta de Gonzaga, sin averiguar si la causa era buena ó mala, ni informar á ningún colega del asunto, ni preocuparse más que de la ganancia que Gualter había de repartir, y de la cual conta-

quedarse con la parte del león y tirar todavía algún pellizco decente, si no en la del *Ballena*, por lo menos en la de los debutantes Ibo de Juján y Rafael Pinto. Sin saberlo, haciendo estos cálculos se parecía un poco al cándido personaje de Lafontaine que se apresura á vender la piel del oso cuando todavía no lo ha cazado.

Sin embargo, no dejaba de comprender que estaba lejos de poder hacer aquel reparto: fracasó el golpe en el baile de Saint Aignan, y Lagardère había desaparecido como por encanto; á Aurora, demasiado bien guardada, no podía pensarse en arrebatarle ni una cinta del vestido; el *Ballena* se había echado encima un nuevo adversario, quizás no depreciable; Cocardasse y Passepoil salieron sanos y salvos de un lazo diestramente combinado, en el cual otros muchos habrían dejado el pellejo. Tal era la situación.

Cuando Gonzaga y Peyrolles llegaron á París, su primer cuidado fué ponerse á la busca de los cuatro bandidos, á quienes no tardaron en hallar.

—¿En qué estamos?—preguntó el mayor-domo.

Gualter, muy mohino, hubo de confesar que todo estaba por hacer, y que hasta ignoraba el paradero de Lagardère. Felipe de Mantua tuvo un violento arrebató de cólera.

—¿En qué habéis empleado, pues, el tiempo y el dinero?—preguntó:

Gendry tuvo que contar minuciosamente todas sus tentativas abortadas, ponderando mucho los peligros corridos por él y por sus acólitos, y haciendo resaltar su abnegación y su mala suerte. La desaparición de Lagardère preocupaba hondamente á Gonzaga. No era admisible que, constándole que él había escapado de España, el Conde se quedase en aquel país en vez de apresurarse á reunirse con su novia.

—¿Qué opinas?—preguntó en voz baja á su factótum.

—Que quizás nos haya seguido á Inglaterra—suspiró éste.

—¡Imposible! Se nos hubiera mostrado de algún modo.

—No se muestra sino cuando quiere y en el momento propicio. No me sorprendería que nos preparase alguna trastada. Desconfiemos de él más que nunca.

—Con eso no adelantará nada nuestro negocio.

—Hemos llegado á tiempo, puesto que no se ha celebrado el matrimonio. Nuestro primer cuidado debe ser impedir que se celebre.

—¿Y si la casualidad nos hubiera librado

de nuestro enemigo y sus huesos yacieran en algún precipicio de los Pirineos?

La frente del Principe irradió de satisfacción con tal esperanza; pero no tardó Peyrolles en aguarle la fiesta, atrayéndolo á la realidad.

—Mientras no tenga en mis manos su cráneo, con las pruebas fehacientes de que es el suyo, diré: Vive, y nos acecha.

El coloquio teniase un poco aparte de Gendry y sus acólitos, que estaban hablando con varios bravos, muy sorprendidos de ver en el figón de los *Sacamantecas* á aquellos mercaderes holandeses, cuyos nombres aseguraba ignorar Gualter. Peyrolles llamó á los cuatro hombres, y reuniéndolos en un rincón les reprochó de nuevo que no hubieran hecho aún nada, si bien en términos mesurados, por temor de que denunciasen al teniente de policía su presencia en París. El factótum sabía cómo se manejan conciencias de pícaros, y que, humillando á un hombre á quien se paga, se le convierte en el más peligroso enemigo.

—Hay que proceder deprisa—dijo á su vez Gonzaga.—Poned diez, veinte hombres si hace falta para el negocio; pero hay que acabar. No faltan buenas voluntades y espadas prontas á venderse. Dinos las que están aquí en venta y cuáles son entre ellas las mejores.

Gendry no trató de protestar: su fracaso

hasta entonces le había hecho perder algo de su aplomo. Hizo una seña á Blancrochet y á Daubry para que se aproximaran, y los presentó al Príncipe.

—Entiéndete con ellos—dijo éste á su factótum.—Diles lo que tienen necesidad de saber, y nada más.

Y empezó á pasearse por la sala, siguiéndole con la vista media docena de espadachines sentados á una mesa en la pieza vecina que le contemplaban ansiosamente. Blancrochet comprendió que aquella curiosidad podría molestar al flamante extranjero y que convenía hacer el vacío en torno de su conferencia.

—¡Un momento!—exclamó.—Hay aquí demasiadas orejas para escuchar y ojos para ver.

Y dirigiéndose á los bebedores les dijo en un tono que denotaba su dominio:

—Señores, quizás os convenga mucho iros á dar una vuelta por el Puente Nuevo. Va á llegar el invierno muy en breve, y debéis pensar en proveeros de capas.

Todavía no se había perdido entonces la costumbre de acudir al famoso Puente á escuchar los gritos de los vendedores ambulantes de libros y objetos menudos, oír los discursos de los charlatanes, reírse con las ocurrencias de los juglares, presenciar los ejercicios de los titiriteros, y aprovecharse del descuido de

los papanatas para robarles capas y bolsillos.

Los clientes del figón no eran los últimos para estas faenas, y en esto seguían el ejemplo de muchos gentileshombres que vivían así, pues pocos eran los que tenían los escrúpulos del señor de Esternod, á quien el temor al castigo impedía cometer esas raterías, si hemos de dar crédito á sus versos:

*«Iba pedestremente, como caduco anciano,
luciendo mi peluca por calles y por plazas,
y maquinando siempre algún golpe de mano
que, aun cuando me costase esfuerzo sobrehumano,
concluyera en un verbo con mis merquinas trazas.*

*Sentía muchas veces impulsos muy vehementes
de arrebatar, ó capas flamantes, ó bolsillos,
como á mi lado hacían buen número de gentes;
pero me detenían los mil inconvenientes
que tiene, con frecuencia, obrar como los pillos.*

¡Ah, si no hubiese sido que había policial...»

Los clientes del figón de los Sacamantecas no la temían, y se apresuraron á desalojar la sala. Este acto de autoridad fué llevado á cabo, principalmente, con el objeto de conquistar la confianza de Gonzaga y Peyrolles. Blancrochet se sentó en cuanto los bandidos se hubieron marchado y dijo tranquilamente:

—Podéis hablar como si estuvierais en vuestra casa. Ya no hay nadie.

El mayordomo indicó con un gesto á Ca-bocha y á sus criados.

—Ese es mudo por conveniencia y por necesidad: los otros lo son de nacimiento. Os escuchó.

La conferencia fué larga. Al principio Peyrolles, que nunca podía prescindir de sus costumbres hipócritas y pérfidas, comenzó con digresiones, rodeos y medias palabras, presentando el negocio nada más que en líneas generales; pero el bravo le interrumpió secamente:

—No nos entendemos, caballero. La facilidad de palabra que poseéis parece que se os hubiera concedido con el único fin de disfrazar vuestro pensamiento. Y debo advertiros que si esperáis de mí absoluta fidelidad y abnegación, es preciso que habléis con claridad y franqueza.

Gonzaga escuchaba, atraído un tanto por el semblante de aquel bandido, que no parecía ser uno de tantos. Entonces dijo:

—Está bien; díselo todo. Pero tú no olvides que me respondes del secreto con la cabeza.

El espadachín le miró con altivo desdén.

—Si no tenéis confianza, aún estáis á tiempo de callaros; pero el que aquí, donde yo soy el amo, dude de mi palabra, no saldrá sino con los pies hacia adelante.

—¡Déjate de fanfarronadas!—gruñó Gonzaga.—¡No sabes á quién hablas!

El pícaro sonrió, y repuso frotándose sus manazas una con otra.

—¡Error, príncipe mío! ¿Creéis que no lo adiviné? Hay gentes, Monseñor, que no tienen derecho á hablar fuerte en las inmediaciones del Palacio Real. Vos hubiérais podido tenerme en contra; pero habéis tenido el talento de que sea de los vuestros... lo que es mucho más conveniente para todos. Mas para ello es necesario que por una y otra parte juguemos á cartas vistas.

Gonzaga aprobó, seducido por la desenvoltura y energía del bravo, y Peyrolles no titubeó en declarar los nombres de ambos, puesto que habían sido conocidos, y contar por qué razón se ocultaban disfrazados. Dióle la lista de los *enrodados*, le indicó sus disfraces y el modo de hallarlos, y convinieron en que todas las noches iría él mismo ó enviaría á alguien para saber lo que habían hecho durante el día y acordar lo que debía hacerse al siguiente.

—Las jornadas son largas—dijo Blancrochet—sobre todo cuando se saben emplear bien. Gendry y yo necesitaremos vernos con frecuencia para concertar acciones aisladas ó comunes, y celebraremos frecuentes entrevistas en diversos sitios de París. Por lo que toca á vos, envia-

réis aquí á alguien ú os enviaré yo cada dos horas un mensajero de mi confianza á fin de teneros al corriente de lo que ocurra. Ese proceder tendrá la ventaja de evitaros idas y venidas sospechosas por estos andurriales. ¿Os conviene?

—Eres un hombre precioso, y no perderás nada.

—Hay que juzgar á las gentes por sus actos y no por sus palabras—replicó altivamente el bandido.—Por lo que hace al precio, tengo plena confianza en que será justo y cabal, porque me reservo el derecho de fijarlo en absoluto, y, al final, si os parece que os cuesta caro, será porque la obra estará muy bien hecha.

En seguida pidió á Gendry explicaciones para enterarse de á qué altura se encontraban respecto al asunto, y el ex-sargento le contó minuciosamente cuanto había hecho. Así se comprende que al día siguiente, al llegar al figón los dos diestros les indicara el punto donde había quedado Blancrochet citado con los demás bandidos que intervenían en el atentado.

—Esos dos hombres nos estorban mucho, indicó Peyrolles.—Son dos perros de presa fieles, que sólo pueden servirnos para indicarnos el escondite de su amo. Antes de matarlos, convendría hacerles hablar.

—No hablarán, aunque lo sepan; pero creo que ignoran en absoluto dónde está Lagardère.

—Si fuera en el otro mundo—pensó Gonzaga,—sería una obra de caridad enviarlos á reunirse con él.

El mayordomo echó en la mesa varios puñados de oro.

—Ahi tenéis para los primeros gastos. Esta noche os daré á conocer nuestro domicilio. No perdáis tiempo, pues los minutos son preciosos.

Y al lado de su amo regresó á París. Por las calles la muchedumbre miraba á aquellos dos personajes tan extraña y ricamente vestidos, que paseaban sin rumbo fijo y se detenían de vez en cuando como si visitasen por primera vez á París.

Alquilaron una habitación en la calle de los Fosos de San Germán, cerca del Café Procopio, al cual les daba acceso su calidad de extranjeros, sin despertar por ello la curiosidad. En aquel establecimiento se reunían literatos y cómicos, gente fácil de abordar, poco investigadora por índole, y, por añadidura, muy propicia á charlar mucho, sin exigir confidencias en cambio. De esa manera creían poder ponerse al corriente de cuantas novedades ocurrieran en la corte y en la ciudad.

Una casa discreta que tenía por rótulo *El Escritorio*, habitada principalmente por inofensivos literatos, fué la elegida por Peyrolles. Nadie hu-

biera pensado en buscar en semejante sitio (tres habitaciones para los dos y un solo criado á su servicio) al muy noble y rumboso Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga, y su factótum y condenado consejero.

Aquella misma tarde se habían instalado, aguardando á los bohemios y su oso, los titiriteros y los peregrinos, á quienes alojarían en los distintos barrios en que creyeran más conveniente su presencia.

En resumen, el Príncipe y su mayordomo iban á poder disponer de las siguientes fuerzas: los seis enrodados, Blancrochet y Daubri, con seis hombres más; Gendry, el *Ballena* y sus dos acólitos. En total, dieciocho hombres: con ellos dos, veinte, todos resueltos, sin conciencia ni escrúpulos.

En cambio, contra aquella fuerza, Lagardère sólo podía oponer á Chaverny, Navailles, los dos diestros, Antonio Laho y el jovenzuelo Berrichón. Verdad que él solo valía por quince; pero se hallaba ausente, y sería fácil acabar con los demás, á quienes les faltaba el alma y la cabeza. Como si las cosas se arreglasen á gusto de Gonzaga, al día siguiente, según sabemos, se metían *motu proprio* en la boca del lobo tres de los seis adversarios: Cocardasse, Passepoil y Juan María.

Ya sabemos que habían decidido ir en bus-

ca de Gendry y de sus hombres á la puerta de Montmartre, y que, en su impaciencia, ni siquiera aguardarían á ser provocados, provocando ellos, con su afán de vengarse del baño en el albañal.

El plan de Blancrochet era permanecer tranquilo y dejar á los dos diestros y á su gallito luchar con Gendry y sus acólitos en combate regular, que tendría muchos espectadores imparciales, ignorantes de los antecedentes y dispuestos á favorecer á los que, al parecer, usaban simplemente el derecho de legítima defensa.

Si sus amigos las veían mal dadas, intervendría con su teniente y sus seis bravos hasta que los dos maestros de esgrima mordiesen el polvo.

Al dirigirse á la cita entre sus dos amigos Juan María estaba muy lejos de figurarse que su primer lance iba á ser tan serio y tan famoso, que una hermosa protestante, convertida luego al Catolicismo por el P. Cotton, Ana Margarieta Petit, esposa de Dunoyer y madre de la Pimpette amada por Voltaire, transmitiría á las edades futuras en sus *Cartas históricas y galantes* el relato épico «Combate de la Puerta Montmartre.»

Lo que demuestra que la gloria puede estribar alguna vez en las patas de mosca garabateadas por la pluma de una mujer.

VII

El combate de la Puerta Montmartre.

Madame Dunoyer, aunque fácil de emocionarse y muy propensa á ello por su carácter sentimental, no hubiera cambiado su sitio aquel día por una butaca de la Ópera.

Con efecto; al teatro podía asistir cualquier noche, y, en cambio, el espectáculo gratuito que se le proporcionaba era de los que hacen época en una existencia y rara vez gozan los humanos.

Y que le agradó sobremanera lo demuestra muy claramente la carta que dedicó al lance; es decir, la primera hoja de ella, pues las demás se las merendaron los ratones dentro de una maleta vieja que legó en herencia á un académico. Éste, respetando, más que el tiempo y los roedores, la prosa de su bella antecesora, recogió precisamente los restos de la interesante epístola y los publicó.

He aquí lo que contenían:

«Ocurrió bajo las ventanas de nuestra cámara un combate terrible y sangriento, en el cual Blancrochet y Daubri, los más famosos bravos de París, cayeron muertos después de una resistencia vigorosa y heroica.

«Eran las cuatro de la tarde.

«Todos los miraban pelear sin tratar de separarlos; lo que me sorprendió mucho, pues vengo de Bruselas, donde la gente es más caritativa y por la menor riña se pone todo un barrio en movimiento.

«En París son más calmosos, y dejan á los hombres que se maten como se les antoje. M. Lubiére d'Orange, M. de Roucoulle y mi tío Cotton hallábanse asomados á nuestras ventanas contemplando el lance, y admiraron la valentía de uno de esos dos bravos, que se defendió él sólo contra sus cuatro enemigos, de los cuales sólo uno le dió una estocada que le hizo caer de espaldas junto al cadáver de su camarada. Transportaron á los dos á casa de un cirujano...»

Es todo lo que nos resta de la carta.

En las dos destruidas páginas siguientes se hablaba sin duda de los dos diestros, de su discípulo Juan María y de ese cuarto combatiente, que conoceremos luego.

Las pocas líneas trascritas nos demuestran suficientemente que la lucha mereció la atención de altos personajes y, por lo tanto, que no careció de importancia.

Veamos ahora como si leyéramos por encima del hombro de la hermosa cronista lo que acaeció.

Hacia las tres de la tarde cuatro hombres estaban adosados á la tapia de la Puerta Montmartre, y hablaban en voz baja para no ser oídos por los transeuntes, picaros y vagos, que se estacionaban por aquellos sitios.

Eran Gendry y sus acólitos.

El jefe daba sus últimas instrucciones, ya sabedor de que los dos diestros iban á buscarle.

—No sé quién será ese pollito que va con ellos; pero de ese no debemos preocuparnos. Pronto se le despachará; en un periquete nos veremos libres de él. Yo atacaré á Cocardasse, ayudado por Juján; tú, *Ballena*, tienes sobre Passepoil la ventaja de la estatura, y no has de tardar en hacerle morder el polvo.

—¿Y yo?—preguntó Rafael Pinto.

—Tú, maniobrarás de modo que tomes por el flanco á uno ú otro de los dos maestros, ocupados en atender el frente. Sin embargo, por ningún pretexto has de herirlos por la espalda. Se pondría en contra nuestra todo el público que asistirá al espectáculo, y entre los cuales no faltarán temibles aficionados.

—Si les parece mal, cargaremos contra ellos—gruñó el *Ballena*.

—¡De ningún modo! Hay que dar al combate toda la apariencia posible de lealtad, á pesar de ser nosotros superiores en número y

precisamente por ello. Por otra parte, se defenderán bastante bien para que la partida parezca igual, y no nos forjemos la ilusión de ganarla con facilidad. ¡Conozco á esos malditos, que tienen el Diablo en el cuerpo!

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando divisaron á unos cien pasos á los tres compañeros que llegaban.

—¡Aquí están! ¿Os habéis enterado bien? ¿Habéis comprendido mis órdenes?

—¡Me tiene sin cuidado!—repuso el *Ballena*.—¡Su piel no vale mucho á estas horas!

Si se hubiesen tomado el trabajo de consultarlos sobre tan delicado punto, seguros estamos de la opinión en contra de Cocardasse, que adelantaba con ese paso especial de la gente de espada, que tiene la costumbre de doblar las rodillas para tenderse.

Las guías de sus bigotes, muy tiesas y levantadas, casi tocaban el ala de su fieltro, y con la mano derecha las retorció más, mientras con la izquierda apoyada en el pomo levantaba su nueva tizona, la contera de cuya vaina amenazaba subir á la altura del hombro.

Indudablemente la corporación de los portadores de espada, podía enorgullecerse de contar en su seno con maese Cocardasse. Desde que comía á dos carrillos y vestidos decentes reemplazaron sus andrajos, muchas miradas fe-

meninas, pasando sobre la cabeza del enamorado Amable, iban á clavarse en la del gascón admirativamente. Al verle andar con tal marcialidad y aspecto de mata moros, infinidad de verduleras, vendedoras de pescado, maritornes, mozas de posada, cocineras y hasta hidalgos, se detenían para contemplarle. Y los que gozaban de fineza de oído pudieron oír más de cuatro veces exclamaciones como éstas, murmuradas casi inconscientemente.

—¡Caramba! ¡Qué hombre más hermoso y arrogante!...

Maese Passepoil, cuyo flaco como sabemos era el bello sexo, lo observaba y en ocasiones decía melancólicamente:

—¡Qué lástima! Si yo tuviese la figura, el gesto y ademanes de Cocardasse ó éste mi amabilidad y mis dulces y amorosos sentimientos. ¡qué hombre más completo formaríamos!

Pero no había remedio; Cocardasse no hacía caso del efecto que causaba en las mujeres. Marchaba pues á su paso y con su gallardía natural, cuando de pronto irguió la cabeza: acababa de distinguir al enemigo.

—¡No haya miedo, pequeño!—murmuró con aquella voz que hacía temblar los vidrios cuando ponía en ella sordina.—La caza está ahí, esperando que la ensarten para asarla.

Gendry y su gente estaban á la sombra del

monumento resguardados de los rayos del sol, aunque ya declinaba, y de espaldas, aparentando no haberlos vistos.

El gascón, haciendo sonar sus espuelas, se acercó á ellos simulando no conocerlos tampoco.

—¡Eh!—exclamó.—¡Todos tenemos derecho á la sombra! ¡Á mí me hace falta toda la largura de mi espada al extremo de mi brazo y en redondo. ¡Sangre de Cristo! ¡Aquí no hay lugar para siete!

—¡Razón de más para que te largues!—gruñó Gendry.

—¡Calle! ¡El bellaco pretende faltarme al respeto! ¡Sabe, villano, que gentileshombres como mi amigo y yo no queremos tacto de codos! Teniais la sombra hasta este momento; pues desde ahora la quiero para nosotros. Así, pues, ¡largo!

Passepoil le miraba muy tranquilo y sonreía con su socarrona sonrisa de normando. Berrichón, con la mano en el puño de su espada, ardía en deseos de principiár el combate. Juján, que le miraba con impertinencia de alto á bajo, no estaba muy satisfecho, y opinaba que, contra el parecer de Gendry, había que tomar en cuenta á aquel barbilampiño.

El *Ballena*, imponente de fuerza bruta, se había apoyado en el muro, y pegado á él, se-

mejaba una gigantesca estatua. Parecía tan insensato derribar á aquel coloso, como echar por tierra á puñetazos la Puerta de Montmartre.

Comenzaba á formarse corro. Los papanatas y vagos comprendían que iba á haber estocadas tras aquella provocación insustancial, y aguardaban el espectáculo.

Cocardasse sacó la espada, describió con la punta una raya que encerraba todo el espacio de sombra, y luego se quedó ante los espadachines con tal actitud de desafío y de insulto, que el público se entusiasmó y prorrumpió en bravos.

—¡Mal pecado!—exclamó con voz retumbante.—¡Si dentro de tres minutos no estáis los cuatro fuera de ese círculo trazado con la punta de mi espada, Cocardasse os hará salir de cabeza!

Gualter se encogió de hombros.

—Si quieres sombra—repuso burlescamente,—no falta á media noche en el albañal de Montmartre.

Los ojos del gascón lanzaron rayos.

—¡Y también en el otro mundo, Gualter Gendry! Tú que atacas á las gentes de noche y por sorpresa, no debes de tener muchos bríos de frente y á la luz del Sol. ¡Vive Dios! Mírale un poco por gusto, recréate con su hermoso resplandor, pues dentro de unos minutos ya no le verás más.

Sólo faltaba una palabra para que salieran al aire los aceros, y el gascón iba ya á pronunciarla, cuando reflexionó que podía hacer algo mejor. Con la punta de la espada cogió el fieltro de Gendry de la cabeza de su propietario y lo hizo volar fuera del límite.

—¡Sangre de Cristo!—exclamó.—¡Puesto que quieres quedarte en la sombra, no necesitas para nada el sombrero!

Un cuarto de segundo después los adversarios estaban frente á frente, cuatro de un lado y tres de otro.

Gendry y los suyos no osaron permanecer de espaldas á la tapia, por temor á ser clavados como buhos, y comenzó la lucha bajo el pasaje. Así era imposible atacarse por los lados. La multitud cerraba los dos extremos del corredor, y para salir de él los más fuertes tendrían que pasar sobre los cuerpos de los más débiles.

Comenzó el combate.

Los juramentos de Cocardasse repercutían en los ecos de la bóveda, y cuando se tendía á fondo ocupaba él sólo más de la mitad de la longitud del palenque. Luchaba él contra el capitán de la cuadrilla, el normando contra el Ballena, y Berrichón hacía frente á Juján y á Pinto.

Llovían los tajos y las estocadas; pero eran

parados con tal precisión, que más que un duelo parecía un asalto en una sala de armas.

No era justo que Juan María, el menos práctico y hábil de los tres, hiciera frente á dos adversarios; tanto más, cuanto que con la imprudencia propia de los principiantes se descubría con frecuencia. Rafael Pinto lo observó en seguida, y se dispuso á aprovecharse de ello y acabar con su contrincante por medio de un golpe á lo Jarnac (1), que seguramente el mozalbete no sabría parar.

Pero contó sin Cocardasse, que vigilaba á su discípulo, parte por afecto y parte por ver cómo su antigua *Petronila* redimía sus culpas.

El diestro no tardó mucho en adivinar el proyecto del italiano, y de un violento revés desvió la espada de Gendry, que amenazaba su pecho, y propinó á Pinto una soberbia estocada que le atravesó el brazo hasta el hombro.

—¡Chúpate esa, pichón!— le dijo riendo.—

¡Ya tienes para un mes antes de poder rascarte la oreja!

(1) Jarnac (Guido) fué un capitán aventurero de la época de Francisco I, que, batiéndose en duelo con La Chatagnerie, le inutilizó dándole un imprevisto y formidable tajo en la rodilla. Desde entonces los franceses llaman *coup de Jarnac* á cualquier tajo ó estocada imprevista y decisiva, sobre todo si se aparta un tanto de las reglas del duelo caballeresco. (N. del T.)

La multitud aplaudió estrepitosamente el golpe y la salida, y habiéndose igualado las fuerzas, la lucha prosiguió más viva.

El *Ballena* tenía furiosos arranques.

Cada vez que se tendía impetuosamente á fondo, todos esperaban que pulverizase á su adversario; pero no sucedía nada: Passepoil, ágil y avisado, no se dejaba tocar el pelo de la ropa.

El coloso, mucho más alto que él, le amenazaba sin cesar en la línea alta, y el normando comprendió que sería un tonto no aprovechando el espacio que le dejaban; mientras Gruel amenazaba atravesarle la garganta, se encogió y metió la mitad de su hoja en el muslo de su adversario, que lanzó un grito de rabia y se retiró á la pata coja.

La situación era grave para los dos adversarios, únicos que quedaban en pie todavía, una vez libre del suyo el normando.

Por tres veces ya, Berrichón había rasgado el colete de Ibo.

Si Passepoil se hubiese vuelto contra él, no habría tenido ni para un diente. Pero su dignidad de maestro se lo vedó.

No necesitando su auxilio Cocardasse, que estaba tranquilo y fresco como si diese una lección, quiso ver cómo salía de apuros Juan María.

—¡Bravo, pequeño!— exclamó.— ¡Un poco

más alto..., pára á la derecha..., tiéndete! ¡Muy bien, pero demasiado tardel! ¡Esto te valdrá como diez años de academia!

Cocardasse continuaba jurando y gasconeando.

Juján estaba pálido, y Gendry había dejado de sonreír.

Por el modo como el diestro le estrechaba veía Gualter que se hallaba á merced suya, y que si no le ponía de una vez fuera de combate, era porque se complacía en fatigarle y prolongar su agonía. Pensaba con amargura que no disfrutaría del oro de M. de Peyrolles, y que Blancrochet saldría ganancioso con ello. ¿Dónde estaría Blancrochet?

Gendry miró con ansiedad en torno suyo, le descubrió entre la multitud, y le hizo una seña implorando ayuda. Le agradaba que el bravo le descargase de una parte del furor del gascón, mientras Daubri se las entendía con Passepoil.

Los dos compadres comprendieron que ya era tiempo de intervenir y se adelantaron, diciendo el primero:

—¡Alto ahí, y abajo las armas un instante! Tanto veros manejar los hierros me ha hecho sentir ganas de estirar los brazos.

Passepoil le miró recelosamente, no dudando que se pondría de parte de Gendry.

—Eres muy dueño de ponerte en guardia, y no creo que tengas que ir á buscar muy lejos con quien conversar.

—Justamente, estaba pensando lo mismo, señor Passepoil. Pero ante todo quiero campo, y no tenéis mucho en este tubo; máxime cuando los gritos de Cocardasse serían capaces de derribar la puerta. Venid un poco más á la plaza, donde tendremos más espacio, y sobre todo más aire.

Los diestros, que se hallaban mal en aquel sitio, el cual no habían elegido ellos, por cierto, no hicieron objeción alguna.

—¡Mal pecado! — exclamó Cocardasse. — ¿Tenéis ganas de que os vean mejor morir? ¡Pues tendremos un placer en satisfaceros!

Los espectadores siguieron á los duelistas al nuevo terreno elegido, y formaron inmenso círculo alrededor de ellos.

—¡Cuernos de Satanás! — dijo apaciblemente el gascón al ver que Daubri se ponía contra él al lado de Gendry. — ¡Gracias por la atención, mocito! Sabes que el aire libre despierta el apetito, y te apresuras á ofrecerme doble ración. No importa; ya aclararemos un poco las filas. ®

—Antes te conviene aclarar la voz, pues indica que tienes algo de miedo — exclamó con fanfarronería el teniente de los *Sacamantecas*.

—¿De veras? Sólo por eso vas á tener el honor de desfilár el primero—le replicó prontamente el gascón con su peculiar petulancia.

—Estamos perdiendo el tiempo—dijo el normando,—y, lo que es un crimen de lesa galantería, se lo estamos haciendo perder á las hermosas damas que nos contemplan, y que tienen vivos deseos de vernos trabajar. ¿Estáis ya, señores?

Cruzáronse de nuevo los hierros.

Lo que hasta allí se había visto era juego de niños comparado con la lucha que empezaba.

Con excepción de Berrichón y Juján, todos eran consumados maestros en la esgrima.

Entre los espectadores había espadachines viejos que nunca habían visto cosa semejante, y jóvenes que hablarían mucho tiempo del combate que presenciaron en el bulevar Montmartre, y lo contarían cien veces á sus hijos,

Los aceros despedían chispas, y sus vibraciones llegaban claramente á los oídos de los espectadores, atentos y silenciosos.

Gritos, votos é imprecaciones que brotaban de los labios espumeantes, se mezclaban y confundían.

De pronto Daubri cayó con la garganta agujereada según las reglas de la estocada adoptada por Cocardasse, que, no obstante la

lección de Lagardère, no se creía muy seguro para asestar la famosa estocada de Nevers.

—¡Cuernos de Satanás!—aulló el gascón triunfante.—¡Ya te anuncié que tú serías el que abrieses la marcha! ¡Ahora te toca á ti, Gualter Gendry!

Éste ya no se preocupaba de atacar, y ponía sus cinco sentidos en detenderse.

En cuanto á Passepoil, tenía bastante que hacer con Blancrochet, que pasaba por una de las mejores espadas de París.

Entre estos dos adversarios no había gritos ni frases.

El combate, encarnizado y silencioso, se libraba igual, en términos que no podía predecirse quién obtendría la victoria.

La ex - Petronila estaba en buenas manos.

Berrichón se servía de ella tan diestramente, que su adversario no tardó mucho en escupir dos muelas, y lanzando sangre por la boca se dejó caer pesadamente cuan largo era.

Al mismo tiempo la espada de Gendry se rompía por junto á la empuñadura.

—¡Anda á buscar otra, bellaco!—le gritó el gascón.—¡Entretanto, vamos á arreglar el negocio de este otro!

Blancrochet se encontró frente á frente con dos terribles adversarios, y las simpatías de los espectadores en contra.

Hasta entonces habían visto á los diestros luchar contra enemigos superiores en número: nadie, pues, pensó en protestar contra las dos espadas que amenazaban al bravo, que fué quien se metió en lo que no le importaba, y que al ver acercase á Cocardasse se juzgó perdido.

Pero era hombre de recursos, y dando un silbido llamó á los seis hombres de su cuadrilla, que no sospechó poder necesitar, y que se encontraban en reserva, por si acaso, mezclados entre la multitud que presenciaba el épico combate.

Los seis malandrines acudieron espada en mano á colocarse frente á los dos maestros de esgrima. Alzóse un murmullo entre los espectadores.

Pero en resumidas cuentas, ¿qué les importaba que hubiera unas cuantas víctimas más? Así la lucha resultaría más interesante y animada. Un espectáculo que amentaría agradablemente su emoción.

Por eso, pues, saludaron con aplauso á los nuevos campeones.

VIII

El que no aguardaban.

—¡Un instante! ¡Un momentito, señores!— dijo con voz agria y delgada un retaco de hombre, todo encogido y haraposo, que se adelantó hasta colocarse en medio del círculo.

No tenía muy buen aspecto que digamos con su traje andrajoso de montañés pirenaico. Sus alpargatas estaban llenas de lodo; sobre su arqueada espalda unas alforjas parecían contener algo vivo, según los movimientos regulares de la tela.

No era precisamente ¡orobado, pero sí seguramente contrahecho, y quizás inútil para todo, como no fuera para provocar la admiración burlesca de las mujeres y los chicos.

—¡Quítate de ahí, engendro!— le dijo Blancrochet dándole un empujón con el hombro para rechazarle hacia la rueda que formaban los espectadores.

Todos esperaban ver rodar al pobre diablo, y lanzaron una exclamación de sorpresa al verle firme como una roca en su puesto, y que, en cambio, el bravo se llevaba la mano al hombro haciendo un gesto, como si se hubiera lastimado por el choque.

Hasta entonces habían visto á los diestros luchar contra enemigos superiores en número: nadie, pues, pensó en protestar contra las dos espadas que amenazaban al bravo, que fué quien se metió en lo que no le importaba, y que al ver acercase á Cocardasse se juzgó perdido.

Pero era hombre de recursos, y dando un silbido llamó á los seis hombres de su cuadrilla, que no sospechó poder necesitar, y que se encontraban en reserva, por si acaso, mezclados entre la multitud que presenciaba el épico combate.

Los seis malandrines acudieron espada en mano á colocarse frente á los dos maestros de esgrima. Alzóse un murmullo entre los espectadores.

Pero en resumidas cuentas, ¿qué les importaba que hubiera unas cuantas víctimas más? Así la lucha resultaría más interesante y animada. Un espectáculo que amentaría agradablemente su emoción.

Por eso, pues, saludaron con aplauso á los nuevos campeones.

VIII

El que no aguardaban.

—¡Un instante! ¡Un momentito, señores!— dijo con voz agria y delgada un retaco de hombre, todo encogido y haraposo, que se adelantó hasta colocarse en medio del círculo.

No tenía muy buen aspecto que digamos con su traje andrajoso de montañés pirenaico. Sus alpargatas estaban llenas de lodo; sobre su arqueada espalda unas alforjas parecían contener algo vivo, según los movimientos regulares de la tela.

No era precisamente ¡orobado, pero sí seguramente contrahecho, y quizás inútil para todo, como no fuera para provocar la admiración burlesca de las mujeres y los chicos.

—¡Quítate de ahí, engendro!— le dijo Blancrochet dándole un empujón con el hombro para rechazarle hacia la rueda que formaban los espectadores.

Todos esperaban ver rodar al pobre diablo, y lanzaron una exclamación de sorpresa al verle firme como una roca en su puesto, y que, en cambio, el bravo se llevaba la mano al hombro haciendo un gesto, como si se hubiera lastimado por el choque.

El hombrecillo dejó á Blancrochet el tiempo necesario para recobrar el equilibrio, y quitándose la boina dijo socarronamente:

—Más vale ser engendro que cadáver; y opino que vos lo seréis antes de mucho, no obstante vuestra gentil presencia. Precisamente de eso era de lo que quería hablaros.

—Tenemos cosas más importantes que hacer—replicó el bandido furioso.—¡Largo de aquí, mochuelo, si no quieres que te atraviese con mi espada!

El andrajoso montañés lanzó una risita burlona.

Sin duda no admitía más que amenazas bien apoyadas; y qué caso iba á hacer de un hombre cuya primera fanfarronada tuvo resultado tan nulo?

El Fierabrás á quien obedecían sin chistar tantos bravos probados no podía tolerar que se burlasen de su augusta persona, y menos siendo un pigmeo el que lo intentaba.

Dirigióse, pues, hacia su interlocutor decidido á darle una lección severísima.

Pero querer y poder son dos cosas distintas. Y esto no se le ocurrió siquiera pensarlo al soberbio espadachín.

El recuerdo del reciente choque, sin embargo, debiera haberle-hecho más prudente.

Quando llegó al sitio donde un segundo

antes hallábase el pobre diablo, no le halló; estaba encaramándose sobre los hombros de Cocardasse, que se debatía furiosamente.

Con aquel nuevo actor, cuya debilidad era patente, la tragedia parecía que iba á convertirse en sainete.

Todos rieron, y algunos aplaudieron.

Sin embargo, aunque el ágil montañés se había encaramado, no era muy fácil sostenerse sobre los hombros del gascón, que se sacudía como un perro mojado, echando sapos y culebras por la boca:

—¡Cuernos de Satanás!. ¿Quieres bajar de una vez, gusano?

Sin duda no le gustaba hacer de San Crisóbal, cuya historia, por otra parte, ignoraba, al diestro; pero su furia se apaciguó de repente como por encanto, y el rostro expresivo, y ceñudo entonces, del tolosano se dilató con íntima satisfacción.

Para ello había bastado que el hombrecillo pronunciase dos palabras al oído de Cocardasse:

—«¡Aquí estoy!», había dicho, é inmediatamente se operó tan brusco cambio. ®

—¡Bah!—dijo soltando una carcajada en las barbas de Blancrochet.—Si el pobrete halla el sitio á su gusto, no veo por qué hemos de impedirle que se quede un rato. Lo que pica

un poco mi curiosidad es saber qué va á hacer.

—Simplemente, dirigir un discursito á esos señores, y al respetable público que tendrá la amabilidad de oirme. Seré breve, perded cuidado... aunque no faltará á quien le pese.

É inclinándose por encima de la cabeza del gascón como si fuera la barandilla de su improvisada tribuna, saludó á la concurrencia.

—Estáis batiéndoos, ó vais á batiros. ¡Muy bien! El duelo es noble cuando se pelea por una causa buena; pero ¿lo es la vuestra? Nadie lo sabe entre los que os verán pelear, y conviene que lo sepan.

—¿Qué te metes tú, mosquito en lo que no te importe? —gruñó Blancrochet.

—El mosquito pica y saca sangre. Cuando clava su aguijón en las orejas de los burros, éstos rebuznan. Pero necesito que se callen para que yo pueda hablar, porque he de decir algo muy interesante.

—¡Sí, sí, que hable! —gritaron los circunstantes divertidos.

—Pues bien; digo que entre los que tienen la espada en la mano hay bandidos. ¡Ea, señoras y caballeros; un escudo de plata, el último que me queda, al que adivine de qué parte están los bandidos!

Y enseñó la moneda al público cogiéndola

con el índice y el pulgar. Los espectadores reían de buena gana.

—¿Nadie quiere ganarlo? Bueno; voy á ayudaros un poco. He dicho bandidos, y añado que han vendido su espada. Observad que no hablo de su conciencia, pues no creo que la tengan. De todos modos, yo que os hablo no daría por ellas un cuarto, ni aun una acción de M. Law. ¡Adivinad! ¿No adivináis? Pues los conoceréis bien pronto, porque Dios, de quien á menudo hablan mal los que son incapaces de reconocer su justicia, se servirá de aceros leales para desenmascarar á los vendidos. Perecerán todos, aquí, á vuestra vista.

Los circunstantes se estremecieron vivamente.

—¿Va á durar mucho esta farsa? —preguntó Gendry á Blancrochet, ya armado con la espada de Ibo de Juján, y colocándose al lado del jefe de los *Sacamantecas*.

—¡Déjale! —insinuó éste.—Maese Cocardasse no se enfada porque ese mono se haya montado en sus hombros. Así gana unos momentos más de vida.

Una presión de piernas advirtió al gascón que no respondiese. El engendro se encargaba de hacerlo por él.

—¡Je, je! —prosiguió el hombrecillo.—¡Ya veremos quién va á hacer aquí más triste figu-

ra! Los que han vendido su espada, señores, tienen el dinero en el bolsillo. ¿Por qué haces gestos? ¿Quién de los dos es el mono ahora?

Risas estrepitosas. Algunos comenzaron á guasearse.

—¡Chist! ¡No os riáis! El dinero que tienen en el bolsillo los bandidos no les servirá para nada; ¡para nada!

—¿Por qué?—preguntó alguien.

—¿Pues no lo he dicho ya? Porque van á morir aquí mismo, y...

—¡Basta!—gritó Blancrochet.

—¡Acabemos!—dijo Gendry, que se sentía turbado á pesar suyo.

Cien voces salieron de la multitud:

—¡Dejadle hablar! ¡Que hable! ¡Habla, pequeño!

El hombrecillo, quitando el chambergo á Cocardasse, lo presentó hacia abajo á los bravos, y dijo socarronamente:

—Vaciad vuestros bolsillos: el dinero que os han dado para cometer crímenes será repartido entre los pobres. En el Infierno tenéis crédito suficiente para no necesitar un cuarto. ¡Un buen movimiento, señores espada-chines, corta-bolsas, asesinos y bravos de profesión!

»Dadlo todo: por una vez en la vida sed caritativos, y quizás Dios os lo tenga en cuenta;

pero apresuraos, porque dentro de cinco minutos, de diez á lo sumo, ya será tarde, y vuestros escudos estarán manchados con vuestra sangre, ¿No queréis? Bueno, viles lacayos de un amo que no tardará en satisfacer también sus deudas. Apresuraos á ponerlos bien con Dios encomendándole vuestra alma.»

Su voz tenía un timbre tan extraño, que todos se estremecieron. Blancrochet y Gendry se miraron. Tras ellos los seis bandidos aguardaban impasibles la orden de atacar. Cocardasse los miraba con desdén, confiado en la poderosa ayuda que iba á prestarles el hombre á quien sólo él y Passepoil habían reconocido. En aquel instante los dos diestros no hubieran pestañeado ni cejado lo más mínimo ante veinte adversarios, y tenían en la punta de la lengua, cosquilleándoles, un nombre para hacer temblar á sus adversarios, nombre que no pronunciaban, por comprender que alguna necesidad habría de callarse. Berrichón, que no sospechaba nada, después de haber asistido impasible á la agonía de Juján, buscaba con la vista otro adversario que le conviniese.

En cuanto al hombrecillo, una vez dichas las últimas palabras saltó ágilmente á tierra, y recogiendo la tizona de Daubri, se puso en guardia, exclamando:

—¡Se acabó! Somos cuatro, y vosotros ocho.

Que cada uno de mis compañeros elija su adversario, y yo me las entenderé con los cinco restantes.

La concurrencia se sobresaltó. Aquel hombreillo tomaba colosales proporciones.

Sería mentir acusar de cobardía á los espadachines; pero, si no temor, algo de aprensión tenían, algo como vago presentimiento de que el lance iba á ser mucho más grave de lo que suponían.

Gualter Gendry se resistía á creer que aquel fuese Lagardère. Aunque la actitud soberbia de los diestros constituía para él una prueba, se esforzaba en dudar, temiendo que le abandonara todo su valor; pensaba que el gascón y el normando no habrían podido contenerse, sobre todo el primero, al reconocer á su señor.

En cuanto á Blancrochet y sus satélites, no habían tenido nunca que ver con el Conde; á los dos diestros los conocían sólo de fama—que creían muy exagerada—y no tenían por qué temblar. Pusieronse, pues, en fila sin más emoción que la que embargaba á toda la multitud, la cual enmudeció como obedeciendo á una consigna, y por tercera vez comenzó el sangriento y rudo combate.

Pero uno de los combatientes valía por ocho. Los movimientos de su acero eran tan rápidos é imprevistos, que apenas se cru-

zaron los hierros, uno de los bandidos cayó muerto con una estocada entre los dos ojos. Era uno de los dos hombres que se juntaron á Blancrochet y Gendry para atacar al misterioso contrahecho. Los dos jefes palidieron intensamente cuando el segundo fué muerto del mismo modo, y vieron á Cocardasse despachar á otro y á Passepoil acabar con el cuarto. La partida era ya igual.

Hasta entonces nadie había pronunciado una palabra. El sitio asemejábase á un pequeño campo de batalla. Nunca se había visto combate igual en el bulevar de Montmartre, y es seguro que si hubiera aparecido la policía, los espectadores la habrían ahuyentado á linternazos para no perder espectáculo tan interesante. Felizmente, los polizontes, como de costumbre, no pensaban en parecer por aquellos andurriales.

Los clientes del figón de los *Sacamantecas*, habituados á entendérselas, por lo común, con pacíficos burgueses, no concebían aquella manera de pelear, y se aturdían de ver constantemente la punta de la espada amenazándolos entre los dos ojos. Á tal extremo, que al equilibrarse las fuerzas uno de los acólitos de Blancrochet, no teniendo para hacerse matar las razones que su jefe, trató de esquivarse.

Por desgracia, el círculo era tan compac-

to, la multitud hallábase tan apiñada, que el fugitivo, lejos de encontrar paso, fué rechazado al centro de la liza con indignación de los espectadores, que, ebrios de sangre, querían verla correr más. Era el adversario de Berrichón. Juan María corría tras él gritando:

—¿Cómo es eso? ¡Nada de bromas, amigo! ¡Eres el segundo cadáver que me he propuesto hacer esta tarde, que es la de mi estreno en el campo! Así, pues, no vale escaparse. ¡Vamos á seguir nuestra interesante charla; hazme el favor!

El bandido no le escuchaba. Daba vueltas al círculo buscando una salida, aterrado y loco. Por un instante tuvo la idea de abrirse paso con su espada, matando ó hiriendo á cuantos se le pusieran por delante, aunque fueran mujeres. Pero Juan María adivinó sus intenciones, y pinchándole en los riñones le dijo:

—¡Eh, tú, ganapán! ¡Te advierto que aunque no quiero matarte por la espalda, como amenazas ó hieras á alguien del respetable público te ensarto con mi acero, y puedes encomendarte á Satanás!

Como consecuencia de esta caza fantástica se acordó tácitamente una tregua entre los combatientes. El lado grotesco del suceso desaparecía ante lo que tenía de terrible: una vida humana acorralada y en el último extremo.

Los adversarios se observaban sin atacarse, y, agitados por diversos sentimientos, miraban de reojo al infeliz perseguido, con las facciones horriblemente descompuestas por el terror, que le prestaba agilidad sorprendente.

Insultado, escarnecido, rechazado por todos los espectadores, el miserable no tuvo más remedio que resignarse á hacer frente á su adversario, y lo hizo con los labios cubiertos de espuma y los ojos desencajados, como jabalí en el último apuro.

Entablóse entre ellos desesperada lucha, y Cocardasse, que estaba con los brazos cruzados, creyó de su deber animar á su discípulo.

—¡Bravo! ¡Ya es tuyo; pichón! ¡Cuidado con los golpes traicioneros! ¡Tírate á fondo, al corazón!... ¡Caramba, pequeño!... ¡El bribón ha saldado ya sus cuentas!

En efecto; el bandido acababa de caer con los brazos extendidos y lanzando un grito terrible al ser atravesado su cuerpo de parte á parte por la antigua espada de Cocardasse.

Los espectadores concentraron toda su atención en el hombrecillo contrahecho, súbitamente transformado en héroe, que se batía contra Blancrochet y Gendry.

Al religioso silencio de antes sucedieron gritos de furor y frases alentadoras: le exaltaban y animaban, insultando á sus adversa-

rios, cuya ciencia, reducida á estocadas traidoras y desleales, se estrellaba ante el golpe de vista, la destreza y la impasibilidad del misterioso personaje.

Passepoil había tendido en tierra al último de sus adversarios.

No quedaban ya más enemigos de los doce que poco antes acudieron para asesinar á los dos maestros de esgrima, que los dos que luchaban con el supuesto montañés, y el hombrecillo se divertía jugando con ellos como un gato con un ratón.

La frente de los espadachines destilaba frío sudor.

Los diestros y Berrichón no intervenían, seguros de que no tenían necesidad de hacerlo, y limpiaban tranquilamente sus espadas.

El tolosano dijo á JuanMaría:

—¡Bien, pichón! ¡Estoy satisfecho de tí! Pero fíjate bien, abre el ojo y aprovecha de la lección que nos está dando ese...

—¡Tripas de un ciervol! ¡No verás con frecuencia otra como esa!—murmuró Passepoil.—
¡Observa con atención!

Los dos bergantes eran de primera fuerza, sobre todo Blancrochet.

Hasta entonces aquellos bravos habían expuesto la vida, y apenas sacaron de la refriega algunos arañazos.

Á la sazón comprendían que jugaban su partida suprema y que iban á morir de una estocada entre los dos ojos.

—¡Truenos y rayos!—gruñó Gendry. ¡Este aborto es el diablo en persona á no ser que sea...!

—¡Toma mi firma!—interrumpió el con trahecho.

Y Gualter cayó á tierra con los brazos extendidos.

—¡La estocada de Nevers!—exclamó Blancrochet, cuyo bronceado rostro se tornó lívido, porque sabía ya quién era su temible adversario.

—¡Vive Dios!—dijo burlonamente Cocardasse.—¡Al bellaco le ha sucedido lo que al pastor de la fábula! Tanto llamar «al lobo» la otra noche en el albañal de Montmartre... Al fin le ha visto las orejas, y no lo contará.

El maestro de los *Sacamantecas* se convenció de que estaba perdido y de que sólo le quedaba el recurso de matar á su adversario al mismo tiempo que él moría.

¡Quimérica esperanza!

La lucha fué ruda: el último choque, espantoso; pero el resultado no podía ser otro.

El ilustre Blancrochet, la mejor espada de París, se desplomó como masa inerte sobre el cadáver de su teniente Daubri.

Como cayó de espaldas, el sol poniente envió á su frente uno de sus últimos rayos, un rayo rojo que iluminó por un momento el negro agujero abierto entre ceja y ceja por la espada del hombrecillo.



FIN DEL TOMO II

INDICE

	Páginas.
VIII. Después de la fiesta.....	7
IX. Pesquisas nocturnas.....	14
X. En el figón.....	25
XI. Maturina.....	33
XII. El lazo.....	38
XIII. El secreto del albañal.....	49
XIV. ¡Brava moza!.....	64
XV. Amor sincero.....	74

TERCERA PARTE

El miedo á las jorobas.

I. Proyecto atrevido.....	91
II. Mascarada.....	105
III. Viaje original.....	118
IV. Cocardasse repudia á Petronila.....	138

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO HELLER"
 Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Como cayó de espaldas, el sol poniente envió á su frente uno de sus últimos rayos, un rayo rojo que iluminó por un momento el negro agujero abierto entre ceja y ceja por la espada del hombrecillo.



FIN DEL TOMO II

INDICE

	<u>Páginas.</u>
VIII. Después de la fiesta.....	7
IX. Pesquisas nocturnas.....	14
X. En el figón.....	25
XI. Maturina.....	33
XII. El lazo.....	38
XIII. El secreto del albañal.....	49
XIV. ¡Brava moza!.....	64
XV. Amor sincero.....	74

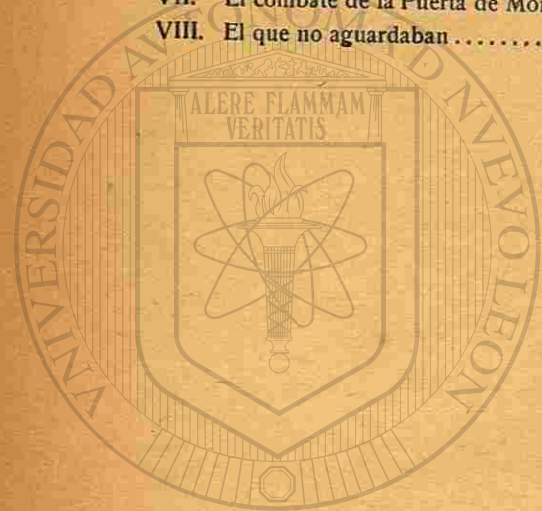
TERCERA PARTE

El miedo á las jorobas.

I. Proyecto atrevido.....	91
II. Mascarada.....	105
III. Viaje original.....	118
IV. Cocardasse repudia á Petronila.....	138

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO HELLES"
 Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

	<u>Páginas.</u>
V. En el avispero.....	158
VI. Las intenciones de Blancrochet.....	161
VII. El combate de la Puerta de Montmartre.	174
VIII. El que no aguardaban.....	189



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

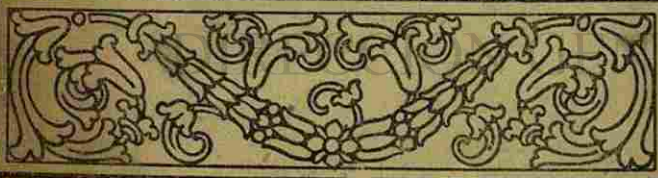




EN LA MISMA COLECCIÓN

NOVELAS DE GRAN INTERÉS

- | | |
|---|--|
| DAUDET
Tartarin de Tarascón. | SAINT PIERRE
Pablo y Virginia. |
| DAVIDSON
Dorina.
La mujer de Rómulo
Wissart.
El precio de una vida. | SIENKIEWICZ
La familia Polaniecki
(dos tomos).
SILVESTRE
Rosa de mayo. |
| DICKENS
El hilo de oro.
El eco de la tormenta.
Oliverio Twist.
Premio y castigo.
David Copperfield (tres
tomos). | SOCÍAS
Celia.
SOUVESTRE
Memorial de familia.
El médico de San
Roque.
Un filósofo en el tomo
una guardilla.)
El pastor de hombres.
El rey del mundo (tres
tomos).
La gota de agua. |
| P. LEBRUN
Un tío a pedir de boca.
El simpático Cascarra-
bias. | TONY RÉVILLON
El proscrito. |
| POLO Y PEYROLÓN
Alma y vida serranas. | VAST-RICOUARD
Conflicto entre dos amo-
res. |
| PONT-JEST
De princesa a modelo | |
| PRADELS
Agencia matrimonial. | |
| R. DE RAHAVANEZ
Pasiones. | |



U A N L

TÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ERAL DE BIBLIOTECAS



